



CALLY  
MAJUNA

RAÚL  
GARBANTES

# CRIMEN DISCRETO

CONSULTORIO CRIMINAL 2

# CRIMEN DISCRETO

---

CONSULTORIO CRIMINAL

LIBRO DOS

CALLY MAJUNA

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2024 Cally Majuna y Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com  
[www.autopublicamos.com](http://www.autopublicamos.com)

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

### **La historia del cuaderno negro III**

Eva Bell volvió a gritar, sintiéndose atrapada en una red macabra. No había nada en el cuaderno negro de casa, ni en el sobre del banco de la ermita. ¿Qué había estado haciendo su marido, Renart? ¿En qué se había metido para que alguien causara el accidente en el que murieron él y su hija Eloise? ¡Todo era culpa suya! ¡Su maldita culpa!

Vita sintió las lágrimas correr. Estaban tibias, a diferencia del ambiente de la ermita, que era un témpano.

Escuchó un ruido detrás; volteó. No vio nada. La madera de los bancos crujió dos veces. El último crujido produjo un eco, o al menos eso le pareció a Vita.

Con el cuaderno en las manos, caminó hacia la salida de la ermita. Quería salir, escapar, olvidarlo todo. ¿Cómo podría desembarazarse de la obsesión que la había vuelto a atrapar? Creía que estaba mejor, ya que había vuelto a atender pacientes en su consultorio psiquiátrico y poco a poco recuperaba cierta normalidad.

Lo sucedido en Ávila —los homicidios cometidos por un asesino serial—, aunque trágico, le había devuelto sentido a su vida. Se sentía dueña de grandes habilidades; la imaginación, sobre todo, y después, mucho más allá, su capacidad analítica. Eso era lo que Vita hacía mejor: imaginar y analizar. Pero el trágico pasado de muertes y obsesiones por culpa de Renart, no la dejaba escapar.

¿Por qué alguien la citaría en ese lugar, para nada?

Comenzó a pensar que todo había sido un juego, una broma cruel. No le permitirían conocer la verdad. Había alguien perverso y retorcido detrás de aquello y del accidente en el cual perdieron la vida su marido y su hija.

Se dijo que podía sentarse en algún banco a esperar. Pero tenía la impresión de que esperaría para siempre y nadie acudiría.

Caminó y se detuvo junto a la primera fila de bancos más cercana a la puerta y tocó uno de ellos. Sintió la madera áspera. Se imaginó a sí misma como ese objeto, como esa naturaleza muerta, como un resto de lo que antes fue un árbol lleno de vida, savia y color.

«Vita, deja de imaginar cosas tan macabras», se dijo.

Tuvo la tentación de sentarse a esperar, otra vez.

«Si pudiera creer que algo bueno va a pasar, que alguien vendrá y me explicará qué hacía Renart. Si solo pudiera creer...».

Pero no podía.

Retiró la mano del banco, dio un paso más y se detuvo en medio del espacio vacío, cerca de la puerta.

Entonces volvió a escuchar un ruido, pero esta vez estuvo segura de que algo se había movido, de que alguien se encontraba allí. En ese momento sintió miedo. Hasta entonces no se le ocurrió pensar que la habían citado allí para matarla a ella también.

Asustada, pensó que se había fallado a sí misma, conspirado contra su propia sobrevivencia porque no había medido el riesgo. Estaba tan obsesionada por saber la verdad sobre Renart que había olvidado su propia seguridad. Y en realidad era inútil. Nada le devolvería a su hija.

Entonces, escuchó una puerta chirriar. Parecía provenir del área detrás de la sacristía. Había pensado que aquella pequeña ermita solo tenía una entrada...

Esperó.

No correría. ¿Para qué? Saber la verdad la había llevado allí y era hora de conocerla. La

verdad sería un alivio para ella, aunque después pasara lo que pasara.

Un hombre apareció. Llevaba un arma y le apuntaba, aunque no era un desconocido. Ella lo había visto una vez, con Renart. Nunca supo su nombre, y cuando le preguntó a su esposo quién era, él no le había dado detalles. «Alguien que conocí». Solo eso había dicho, pero ella en ese momento supo que estaba mintiendo.

Vita estaba segura de que era el mismo hombre. Era muy delgado y algo desgarrado; además, el aspecto de su cara y su cabeza era singular; con un rostro en forma de diamante y una cabeza voluminosa. El pelo rojizo. Todo en él hacía que pareciera un zorro. No le había gustado ese hombre cuando lo vio y ahora sabía por qué.

Él se acercó a Vita, caminando con pasos apurados y sin dejar de apuntarla.

«No va a matarme, ya lo habría hecho. Parece de los que podría disparar sin inmutarse», pensó.

Permaneció en silencio. El hombre tampoco decía nada. Solo se escuchaban sus pasos aproximarse. Se detuvo a menos de un metro de Vita.

—¿Por qué me ha citado aquí? ¿Qué sabe del accidente de Renart y mi hija? —preguntó en voz muy alta. Sus palabras retumbaron en la ermita. El hombre la miró y apuntó a su cabeza—. Sé quién eres. ¡Te he visto con mi marido! —completó Vita, ahora en un tono más bajo.

El hombre dibujó una sonrisa sarcástica y luego disparó.

# PARTE I

---

*PERCIBÍA LUCES intermitentes y voces indistintas. No sentía su cuerpo.*

*Luego se durmió. Soñó que el hombre de la ermita iba a dispararle, pero al último segundo se arrepintió. Ese sujeto al final bajó el arma, se secó unas gotas de sudor y dibujó una mueca parecida a una sonrisa, como si todo se tratara de un juego. Se dirigió a la puerta de la ermita y la dejó sola. Ella lo vio irse y quedó envuelta en un llanto profundo. Entonces se dio cuenta de que el hombre sí le había disparado, pero ella no había sentido ningún dolor. Terminó tumbada sobre el piso helado de la ermita junto al cadáver de su esposo, que de repente apareció.*

*Unos granos de arena se posaron en sus labios y entraron otros a su boca. No podía moverse, o no quería hacerlo hasta que algo bueno pasara y la consolara. Le dolía la cabeza. De repente se dio cuenta de que Renart no estaba muerto. Lleno de rabia, se abalanzó sobre ella. La estaba ahogando, su cuerpo le aprisionaba el tórax, y comenzaba a perder el aire. En ese momento, cuando iba a dejar de respirar, sobre ella voló una gaviota. Eso la hizo olvidarse de todo. La vio alejarse hacia arriba, muy arriba, y luego solo se distinguía como un arquito negro con un punto blanco en medio.*

*«¿Cómo podía haber una gaviota dentro de una ermita en la montaña?». El mar estaba muy lejos de aquel lugar. A Eloise le gustaba el mar, sobre todo la Costa Brava, y el pueblo de casas blancas, Canyelles...*

*Renart desapareció y ella apareció en la playa de Canyelles. Admiraba junto con Eloise un inmenso mar color turquesa. Por eso tenía arena en los labios..., porque estaban tumbadas, y reían.*

*Despertó y escuchó otra vez las voces irreconocibles. Por fin pudo comprender algo de lo que decían:*

*—El doctor Boscredon... —afirmó una mujer. Tenía una voz agradable.*

*Por un momento comprendió que el hombre de la ermita le había disparado y ahora se hallaba en manos de médicos. Seguía sin sentir su cuerpo, pero tenía consciencia. ¿Cómo era posible? Ese hombre debió haberle disparado a la cabeza.*

*Después comenzó a confundirse, a pensar con dificultad. Pero no estaba asustada, no sentía dolor. Era como si de repente se hubiese desembarazado de su cuerpo, que era solo un pedazo de ella, pero no el más importante. Adentro había otra parte más fuerte, otra que se sabía salvado del disparo y que se mantenía íntegra. Su cabeza, sus recuerdos, su consciencia. Había tenido la sensatez de llenarse del recuerdo de Eloise siendo feliz en su lugar preferido, en lo que podían ser sus últimos momentos de vida.*

*«Pensaría en esa playa junto con su hija, hasta desaparecer por completo...».*

VITA DESPERTÓ.

Se hallaba en una habitación de hospital.

Vio a un hombre y a una mujer. Él se acercó a la cama. Era un hombre atractivo, con ojos de un color celeste poco común, y el pelo negrísimo.

—Soy el doctor Víctor Boscredon. El neurocirujano jefe que ha estado a cargo de su caso, doctora Eva Bell. Es usted una persona afortunada. Está fuera de peligro, pero debe tomarse las cosas con calma —manifestó.

Vita comprendió que el hecho de que estuviera viva era algo excepcional. Pudo percibir la emoción que ese hombre estaba manejando. Su «caso», como él lo había llamado, le daría más fama de la que de seguro ya tenía, reflexionó.

—¿Cómo...? —comenzó a preguntar.

—¿Cómo pasó todo esto? ¿Cómo llegó aquí? Es normal que tenga muchas interrogantes. Yo le responderé todo lo que desee, y aquí está Lorena Castillo, una excelente profesional que la asistirá y le ayudará en lo que quiera saber. Pero eso será después. Ahora debe descansar y no agitarse. Nos vimos en la necesidad de intervenirla, practicamos una cirugía lo más rápido que pudimos una vez que se desinflamó el tejido. Sin embargo, hay un pequeño fragmento de bala alojado en su cabeza. Hemos investigado lo suficiente para determinar que es mejor no extraerlo.

—¿Voy a sufrir efectos...? ¿Voy a padecer secuelas que...? —preguntó Vita.

—Eso tendremos que irlo mirando. Puede que padezca algunos olvidos, que se ponga un tanto irritable, que a veces le cueste expresarse o tartamudee un poco. Pero no creo que vayan a afectarse de forma significativa el resto de sus funciones cerebrales. Y ahora mismo lo está demostrando. Usted me comprende y es capaz de comunicarse conmigo. Es una persona consciente.

Vita quiso mover la posición del espaldar de la cama. Buscó el dispositivo para ello y, al encontrarlo, lo pulsó.

Boscredon y la mujer esperaron y se miraron unos segundos. Parecían comprobar que el área de coordinación motora funcionaba a la perfección, tal como habrían esperado.

—Por ahora no debe levantarse. Podría marearse. Es mejor tomarlo todo sin apuros. Ahora queremos saber si desea que le avisemos a alguien sobre su estado.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde el ataque?

—Tres días —respondió Boscredon, tajante.

Vita ya esperaba algo así. Sus conocimientos de medicina le habían permitido calcular las

horas de atención, intervención y recuperación de la consciencia tras un evento como ese, si todo salía bien.

—¿Cómo llegué aquí? —preguntó.

—Gracias a Maurice Scott. ¿No recuerda haber estado con él el día del ataque? ¿Usted recuerda lo ocurrido? —preguntó Boscredon con interés.

Vita tuvo la impresión de que su presencia allí estaba motivada desde el principio a hacerle esa pregunta. El neurocirujano jefe de aquel lugar parecía pensar que ella podría sufrir amnesia. Incluso le dio la impresión de que eso era lo que estaba deseando.

—LO RECUERDO TODO PERFECTAMENTE. También quién soy —respondió.

Lo que no dijo fue que no tenía idea de por qué Maurice Scott —a quien había conocido en unas circunstancias algo especiales hacía ocho meses y quien ocupaba un alto cargo en el Centro Nacional de Inteligencia— había dado la alarma sobre su ataque, porque él no estuvo en la ermita.

—¡Excelente! ¡Estupendo! Estoy seguro de que su recuperación será rápida. Ahora la dejaré con la doctora Lorena Castillo y avisaré al señor Scott que todo marcha bien —dijo Boscredon. Un mechón de pelo cayó sobre su frente en ese momento.

Luego sonrió de una forma un tanto exagerada. Acto seguido, salió de la habitación. Vita lo vio moverse con destreza. Se quedó mirando la puerta una vez cerrada. Pensó que sería un buen personaje para sus novelas. Uno atractivo, y también un poco siniestro.

Por otro lado, ya había comprendido la profesión de la doctora Lorena Castillo. De seguro era psiquiatra. Eso significaba que la evolución de la intervención médica iba bien y que ahora debían hacerse cargo de las secuelas psicológicas que quedaban cuando alguien se sabía víctima de un ataque mortal, cuando se debía estar muerto, pero contra las probabilidades, seguía vivo.

—Así que es usted psiquiatra —dijo Vita en voz baja.

—Sí. Lo soy. Al igual que usted —respondió la mujer.

Arrastró una silla liviana que había cerca de la ventana de la habitación y la dispuso muy cerca de la cama.

—¿Puedo sentarme para que conversemos solo un poco, unos minutos? Luego la dejaré descansar porque no quiero fatigarla, y ya después, cuando retome la normalidad, podremos hablar con más detenimiento —propuso.

—Puede —respondió Vita.

Solo en ese momento pensó en su apariencia. Llevó sus dos manos, con suavidad, a la cabeza y sintió una venda, pero de menor tamaño de la que habría imaginado. Se hallaba en el lado izquierdo, en la parte media del cráneo. También sintió su cuero cabelludo a los lados de la venda.

—Cualquier otra persona habría hecho eso antes. Tiene usted un gran control sobre la realidad. Sangre fría. Eso es una gran virtud en estos casos —dijo la psiquiatra.

Vita puso sus manos sobre la cama y prestó más atención a su interlocutora. Era una mujer de unos cuarenta años, de contextura menuda, de facciones discretas, de baja estatura. Su voz distorsionaba ante esa imagen. Esta era poderosa, casi seductora. Más bien de tono grave, y

bastante ronca. Se dijo que debía ser muy capaz en su profesión. Ya había percibido que se encontraba en un buen lugar, en uno que Maurice Scott había escogido para que salvaran su vida.

«¿Cómo habría hecho Scott para saber del ataque en la ermita?».

«¿Es que la estaba siguiendo?».

«¿Por qué?».

—¿TAMPOCO ha preguntado dónde está? —completó Lorena Castillo.

—Eso no es importante. Estoy en un centro médico donde han sabido qué hacer conmigo, por lo tanto, sé que estoy a salvo. Usted debe ser tan buena en su trabajo como debe serlo Víctor Boscredon, aunque seguramente esté menos interesada en exponer su cargo o «jefatura», si la tuviera —razonó Vita.

Lorena Castillo sonrió. Sabía a lo que se refería, a la común vanidad de muchos hombres de la profesión que les imponía la necesidad de dejar claro que eran quienes tomaban las decisiones, y anunciar la «brillantez» de su posición de mando.

—Estamos en el Hospital Universitario La Conciliación. El Departamento de Neurocirugía de este lugar es de los mejores de Europa.

Vita lo sabía. Había escuchado antes sobre las virtudes de ese lugar.

—¿Cómo ha sido posible que...? Perdón..., acabo de olvidar lo que iba a preguntarle —dijo Vita, y luego se quedó callada.

Se puso tensa.

—No se preocupe. Es normal. El cerebro también necesita ejercitarse. Usted ha pasado por un evento traumático y ha sobrevivido, y su cerebro lo sabe.

Vita asintió.

—Pues creo que no tengo mucho trabajo contigo, Eva. Haré un informe. No necesitas acompañamiento psicológico ni psiquiátrico. Sé reconocer a alguien que se hace cargo de las situaciones. Lo único es que, si notas alguna cosa fuera de lo normal en cuanto a cualquier cosa de tu pensamiento o tu cuerpo, me gustaría que me llamaras. Te lo agradecería —dijo.

—Gracias. Lo haré. Lo que en realidad quiero es irme de aquí.

—Yo también lo querría —confesó la psiquiatra.

Vita sintió que en esa confesión había algo más que un simple deseo de empatizar y abandonar el hospital, algo común entre todos.

Luego se dijo que su hambre de ficción, su deseo de inventarse cosas, tal vez ahora que un fragmento de bala se había alojado cerca de su cerebro, había aumentado, porque la creatividad se ubicaba en el hemisferio derecho y el razonamiento analítico en el izquierdo. Siendo así y considerando que el objeto había «incursionado» en el lado analítico, tal vez ahora el otro hemisferio «hiciera todavía más de las suyas».

Se despidió de la doctora dándole las gracias por la concesión que hacía sobre no seguir molestándola con preguntas y evaluaciones, y la vio irse de la habitación con paso tranquilo,

mucho menos imponente que el de Boscredon.

Pensó que eso era Lorena Castillo, una mujer que irradiaba tranquilidad, sosiego. Algo difícil de conseguir en estos días, y una de las mejores cartas para ser una buena psiquiatra.

ESPERABA que de un momento a otro apareciera Maurice Scott. Tenía mucho que explicarle.

En ese momento entró una enfermera. Una mujer corpulenta, que llevaba el pelo recogido en una coleta. Era sonriente. Le entregó unos objetos que le pertenecían.

Se trataba de su bolso de mano. Lo habían rescatado del interior del coche accidentado.

La mujer habló del clima, de lo «frío que se estaba poniendo Madrid». También subió las persianas para que ella pudiera ver al menos las copas de los árboles.

—¿Desea que le alcance algo de su bolso? —preguntó.

—No..., sí, perdón. Mi móvil debe estar allí —respondió Vita.

La enfermera, llamada Ana, rebuscó y se lo entregó.

Vita lo tomó y lo encendió. Miró la pantalla. No había ningún mensaje, ni nada importante.

Revisó, como lo hacía siempre y por costumbre, las noticias. Luego accionó la cámara del iPhone y, poniéndola en forma de espejo, miró su rostro. Su melena castaña había desaparecido, y ahora la silueta de su cabeza se mostraba desnuda. Nunca se había visto a sí misma de esa manera. La idea que llenó su pensamiento fue «eres una sobreviviente».

—Ya veo que usted no es de las que piensan que en las clínicas no se pueden usar móviles. Claro que en el área de Terapia Intensiva están prohibidos. En ese lugar todo está prohibido. El doctor Varmus es..., pero no importa, eso está muy lejos de aquí —dijo la enfermera y luego calló durante unos segundos. Parecía estar recordando algo desagradable. Después continuó hablando del clima de Madrid.

Vita puso el móvil en la mesita de junto. Allí donde también había una botellita de agua.

—Así que usted es una mujer con suerte. Dios quiere que continúe haciendo lo que sea que hace. ¡Así es! —exclamó Ana con una sonrisa de nuevo.

Vita no se creía una mujer con suerte. Haber perdido a su hija y a su marido de la forma como lo hizo era razón suficiente para querer morir. Pero lo cierto era que ahora deseaba continuar viviendo. Al menos hasta desentrañar la verdad sobre el hombre que la había «asesinado» sin lograrlo.

La enfermera comenzó a cantar. Su voz era agradable, un tanto aguda.

«No hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo...».

Lo hacía mientras le administraba un medicamento vía intravenosa y luego confirmaba que el otro medicamento que goteaba desde la botellita dispuesta en el soporte estuviese cayendo a buen ritmo.

«Es que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amiga...».

Ana se despidió y se fue, no sin antes decir que, para cualquier cosa que necesitara, pulsara el dispositivo de llamada.

Transcurrieron pocos segundos y la puerta volvió a abrirse. Vita pensó que Ana había olvidado algo, pero no fue así.

Maurice Scott acababa de entrar en la habitación.

—ME ALEGRO de que estés bien, Eva.

Esas fueron sus primeras palabras.

Lo vio más delgado y con el pelo un tanto más largo. De resto, seguía siendo el mismo Maurice Scott que había conocido y que le había ofrecido cazar a un asesino sin conocerla siquiera.

—Contra todo pronóstico —respondió ella, intentando animarse.

—No lo creas. En el mundo hay una interesante lista de personas que han sobrevivido a ataques de este tipo. La he mirado. En Venezuela supe de un caso de una niña de menos de seis meses de nacida que recibió un impacto de bala en la cabeza y sobrevivió. Todo es cuestión de suerte —completó—. Muchas de las cosas dependen de la suerte, aunque esa sea una idea mal vista por muchos.

Maurice tomó asiento en la misma silla que Lorena Castillo había ocupado antes. Esta se situaba al lado izquierdo de la cama.

—¿Qué hacías en la ermita? —preguntó Vita con voz determinada. La interrogante más bien parecía una acusación.

—Te seguí —confesó él.

—¿Por qué?

—Porque sabía que estabas en peligro.

Vita lo miró, interrogante.

—Tengo que serte sincero. Tu marido Renart se corrompió y comenzó a vender secretos del Ministerio, y a aliarse con gente muy peligrosa. Luego quiso salirse de eso y ellos no le dejaron. Nos dio información sobre asuntos de interés nacional, pero estos sujetos lo descubrieron. Hemos acabado con esa célula internacional que compraba secretos y los vendía al mejor postor. Países con Gobiernos de dudosa moralidad, como imaginarás, y prácticamente están liquidados, pero aún queda algún miembro operando. No conocemos su identidad. Este teme que, habiendo sido Renart tu marido, tú consigas algo que delate su identidad. Eso es lo que creemos.

—¿Cómo «conseguiría» yo algo de Renart? ¿A qué cosa te refieres exactamente? Ni siquiera sabría lo que buscar... —manifestó.

—Yo lo sé y tú lo sabes, pero ellos no. Puse vigilancia a tu casa y descubrimos el envío del «cuaderno negro». Ese es el símbolo del grupo. No sé qué significa, pero es como una sentencia de muerte el recibirlo. Estos sujetos no solo son mercaderes de información, también tienen ínfulas de grupo ideológico, o algo así. La ideología de la destrucción de la seguridad. A otros

sentenciados también les han enviado cuadernos negros sin nada escrito. Ese envío, en tu caso, coincidió con una operación velada que nos hizo atrapar a una banda que espiaba información del Ministerio de Defensa. No puedo decirte nada más. Ya te he contado mucho. Yo tengo en mi poder el cuaderno que dejó el sujeto que te disparó.

—¿Y tú desde cuando sabes que mi hija fue asesinada solo por el hecho de haber subido al coche con Renart? —preguntó Vita.

—No podía decírtelo —justificó Maurice.

—¿Qué hacías tú en la ermita?

—Te encontré tendida en el suelo... Tu coche tenía un dispositivo de seguimiento instalado. Te seguía con discreción, pero de repente el coche se detuvo en medio de la vía. Esperamos, cuando lo encontramos, lo vimos accidentado. Te busqué, seguí un rastro de sangre. Ya lo demás lo sabes.

Hizo una pausa. Miró su cuero cabelludo desnudo.

Luego continuó.

—¿Viste al hombre que te disparó?

—Claro que le vi. Y no era la primera vez. En una oportunidad habló con Renart. Yo fui a su oficina, y él estaba allí.

—Cuando te recuperes, te mostraré varias fotografías de algunos «candidatos». Aunque creo tener una idea de quién puede ser.

—Puedo hacerlo de una vez. Estoy bien. Como comprenderás, me interesa que quien me hizo esto pague —expresó Vita.

Maurice asintió y la miró con cierta admiración.

—A ti te pasa algo más. Te hiciste cargo de todo. Te mueves con algo de culpa en relación con lo que me sucedió... —sugirió Vita en voz más baja, como hablando para sí misma.

—Es verdad. Me parece que lo que queda del grupo criminal del que te hablé sabe que me acerqué a ti con el caso de Helena Mayo, y por eso encendí las alarmas en ellos, o en él. Por eso consideran que eres una persona de interés, o más bien, de peligro para ellos, por la relación que entablé contigo.

—Entonces te echas la culpa de lo que me pasó. Lo entiendo.

—Cambiano de tema, me parece que lo que queda de ellos no se mueve con mucha lógica. Cuando estas organizaciones se desmiembran, comienzan a actuar de manera errática. Lo que creo es que, dado los golpes que han recibido y como ya hemos acabado con la operación en España, solo queda alguien por allí sin saber muy bien qué hacer y cómo hacerlo.

—¿El hombre que me disparó?

—No. En quien estoy pensando sería incapaz de ensuciarse las manos. El hombre que te disparó debe ser uno de sus empleados.

—Pelirrojo, con la forma de cara de diamante, alto y desgarrado —describió Vita.

—Lo veremos en las fotos —respondió Maurice.

Luego pareció pensativo.

Vita se quedó reflexionando. No le gustaba la idea de ser carne de cañón. Tampoco estaba dispuesta a vivir con miedo.

—Me alegra que estés bien. Vas a reponerte. Por ahora estás vigilada. Incluso aquí, aunque de manera discreta. Cuando salgas, me dirás si quieres cambiar por completo de vida, irte a otro país de la Unión mientras atrapamos a quien ordenó tu asesinato. Porque vamos a atraparlo. No lo dudes.

Maurice se levantó.

—Cuando te vi allí tendida, en medio de las luces de esas velas, pensé que habías muerto...  
Hizo unos segundos de silencio.

—Ahora me voy. No quiero que el gran Boscredon me amoneste —culminó, en un intento de broma.

Vita nunca había visto a Maurice Scott hacer una broma. Lo conocía poco y a la vez mucho. No tenía dudas de que era un sujeto confiable con quienes apreciaba e implacable con sus adversarios. Pero algo le preocupaba. Ahora estaba segura de que había adelgazado y también notó ciertas ojeras en su rostro.

Se despidió de él. Maurice tocó su mano y luego se fue.

Cuando se quedó sola, se dijo que lo que acababa de escuchar era muy grave. No lo de la corrupción de Renart, eso de alguna manera ya se lo esperaba, y no sabía a ciencia cierta por qué. Tal vez porque siempre supo que Renart era un hombre ambicioso. Eso al principio le parecía sexi, pero luego comenzó a parecerle peligroso. Por culpa de Renart su hija había muerto. Sintió una punzada entre las costillas. Ahora odiaba más que nunca a quien fue su marido. Intentó calmarse. El pasado ya no podía cambiarse.

Luego, al calor de la noche en soledad en la habitación número 535 del Hospital Universitario La Conciliación, Vita pensó que si esta oferta de irse a otro lado se la hubiesen hecho unos meses antes, la habría tomado sin chistar.

Hubiese elegido una nueva vida en París y hubiese conocido —y luego asesinado— a la mujer de la rue Poliveau, a la amante de Renart.

Ella, al menos en la imaginación, también se había convertido en una asesina. Sabía que podía hacerlo muy bien. Para eso habían servido años escuchando a los especialistas forenses referirse a los detalles de las escenas de los crímenes que investigaban. Fue su trabajo, y gracias a este, sabría cómo hacer para no dejar rastros y que nadie jamás pudiera atraparla. Lo único que la había separado de ese plan fue justamente el deseo aún mayor de castigar a quienes asesinaban a buenas personas, como Helena Mayo.

De alguna manera, Eros había ganado, por ahora, la batalla a Tánatos en su interior. La pasión por construir había sido mayor que la compulsión por destruir. Y eso era lo que la había salvado.

VITA DURMIÓ UNAS HORAS.

Un ruido la despertó.

Alguien abrió la puerta de su habitación, pero en lugar de entrar, se mantuvo tras de ella y luego volvió a cerrarla. Supuso que fue una persona que buscaba otro cuarto, quien se había dado cuenta del error.

Sintió sed. Miró la botella de agua y la tomó. Bebió. Volvió a dejarla sobre la mesa.

No experimentaba nada de dolor. Eso le comenzó a parecer algo extraño.

Tal vez necesitaba de esa sensación para convencerse de que en realidad se había salvado, de que estaba viva. Recordó a Ana y su creencia de que Dios la quería viva para algo. Se dijo que lo bueno de las personas que tienen fe es que lo inexplicable al final termina alcanzando una explicación maravillosa. Sintió envidia de Ana, la enfermera. Lo que ella hubiese dado por ser una persona más simple, menos racional y creyente de explicaciones maravillosas.

En ese momento se abrió con brusquedad la puerta de la habitación. Una mujer apareció. Se trataba de una mujer alta y muy hermosa. Vestía como si acabara de salir de una sala de operaciones, con una bata quirúrgica y unos guantes.

La tosquedad con que la puerta se abrió indicaba que ella —la mujer— la había empujado con las rodillas o mediante un puntapié, que tal vez accionó el picaporte antes con el codo, para no tocarlo y no contaminar los guantes.

Tenía el cabello negrísimo y la piel blanca. Su pelo estaba suelto, lo cual habría sido impensable si en realidad fuese una cirujana saliendo de una sala de operaciones. Sus labios estaban pintados de rojo granate.

—¡Tiene que ayudarme! ¡Lo que aquí está pasando con Varmus es horroroso! He tenido que vestirme así para poder llegar hasta aquí, para colarme entre los cirujanos, porque ya ha acabado la hora de visita...

La mujer entró en la habitación y corrió directo hacia la cama.

—¿QUÉ sucede? —alcanzó a preguntar Vita.

—El doctor Varmus me preguntó cuáles medicamentos toma. Yo le respondí, aunque a él no parecía importarle mi respuesta.

La mujer se detuvo cerca de Vita, hizo una pausa y luego continuó.

—Al día siguiente pasé a verlo a la sala de cuidados intensivos. Por fin me dejaron pasar. Vi que Nicasio, mi marido, empeoraba. ¿Cómo una simple operación se había vuelto tan peligrosa? Eso me pregunté, espantada. Tanto que sentí náuseas al verlo así.

La mujer se tocó el pecho, a la altura del diafragma. Parecía una actriz representando un papel trágico.

—Fue cuando comencé a sospechar —completó.

—Siéntate —le pidió Vita.

Ella obedeció. Sin embargo, dejó las manos levantadas, con la punta de los dedos hacia arriba, ambas. Mostraba lo que entonces para Vita fueron unos horrendos guantes negros y brillantes. Jamás había visto guantes quirúrgicos de ese color.

—¿Qué comenzaste a sospechar? —le preguntó a la recién llegada.

—Que algo malo pasaba —dijo ella con simpleza.

—¿Qué? —Quiso saber Vita.

—Una enfermera que apareció en un rincón de la sala de terapia intensiva me produjo un escalofrío. Nicasio entonces me habló. Me dijo, somnoliento, que había visitado nuestra casa y que el canario no tenía comida. Le dije que era imposible que hubiera salido, porque estaba hospitalizado. Lo que dijo lo atribuí a los medicamentos. Ellos hacen que uno delire.

La mujer cerró los ojos unos segundos. Luego los volvió a abrir. Vita vio el maquillaje que llevaba sobre los párpados, era oscuro y verdoso.

—El doctor Varmus nos escuchó. Ese hombre es como una pantera, silencioso y al acecho. Me dijo en voz baja: «Él sí fue a tu casa, porque se desdobló. He visto su alma deambular. Eso significa que morirá pronto y ya no podré hacer nada. Le he puesto todo lo necesario, pero no me está resultando...». ¡Se me congeló la sangre! La sala y esos horrendos monitores y sus pitidos, todo se movía a mi alrededor como un océano que iba a tragarme. ¡Tengo que sacar a mi marido de este lugar y tú tienes que ayudarme! ¡Él es una buena persona!

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Cómo te podría ayudar? —preguntó Vita.

—Dicen que eres una enviada, que las personas con tu suerte son especiales. Estás viva, y es imposible que lo estés. ¡Te han disparado a la cabeza, por Dios! ¡Tienes una misión, y no puedes

postergarla así sin más! ¡Tienes que ayudarme y salvar a Nicasio!  
Cuando dejó de gritar, se levantó de la silla con furia.

LA MUJER DESAPARECIÓ.

Vita la había imaginado. Sabía que el accidente dispararía la aparición de los personajes imaginarios que desde la muerte de Eloise y de Renart habían poblado su mundo, y la habían conducido a escribir novelas de ficción sin éxito alguno.

Terminó escribiendo para sí misma, para no perder la cordura y no para que alguien la leyera. Pues esos personajes de ficción que se alimentaban de su subconsciente le habían ayudado a resolver los sangrientos crímenes de Ávila. Luego habían disminuido su aparición cuando retomó el cauce de su vida rota y volvió a abrir la consulta, porque entonces los problemas reales de personas de carne y hueso ocupaban su interés. Pero ahora, tal vez producto del ataque, parecían haber vuelto con más intensidad.

Vita se preguntó a qué obedecía ese personaje, el de esa mujer. ¿Qué era lo que su subconsciente intentaba transmitirle?

«Mujer, bella, alterada, preocupada por la salud de su marido. Y sobre todo, con una cabellera hermosa, azabache, sana». «Tal vez sea una forma de representarme a mí misma, de proyectarme con una melena bellísima enfrentada ante un sistema peligroso, como mecanismo de defensa para reafirmarme que aunque no tenga pelo y mi apariencia haya cambiado, sigo siendo fuerte. Lo del amor hacia Nicasio no lo entiendo. Ya nada me une a Renart, aunque sí que lo quise mucho...».

Vita intentó apartar al personaje ficticio y distraerse. No tenía sueño, por lo que tomó el móvil y comenzó a navegar en internet. Buscó las noticias de El País. Leyó alguna que le interesó sobre política, también sobre la ciudad. Habían descubierto un cadáver de un chico de diecisiete años en el parque del Oeste. Había sido atacado a machetazos. Se hablaba de una lucha de bandas cuyos miembros residían en un barrio del suroeste, que se había salido de control. La ciudadanía exigía acciones contundentes contra los criminales. Algunos culpaban a los migrantes ilegales, y esa discusión había llegado hasta el Palacio de las Cortes. Otros, a la inacción de los agentes policiales. También había quienes acusaban el lento proceder de los cuerpos de emergencia para salvar la vida del chico.

Vita suspiró.

Temía que el caos que poco a poco iba tomando fuerza en la ciudad, en el continente y en el mundo, de repente lo engullera todo. Como si los argumentos para respetar el orden y la vida de los demás fuesen cada vez menos importantes o estuvieran amenazados por algo invisible que avanzaba.

Pensó en que era diciembre y que tal vez por eso la sensación que estaba sintiendo mejoraría con la gente en la calle, de compras, con los banquetes, y sobre todo con los niños ilusionados que podrían verse a diestra y siniestra revoloteando, con la mente en los regalos. Sí. Todavía había cosas pequeñas a las que aferrarse. Se sintió envejecida, como miembro del club de personas que piensan que todo tiempo pasado siempre fue mejor.

Siguió leyendo noticias. Encontró algo sobre el clima. Se esperaba una tormenta de nieve en gran parte del país. Solo se salvarían algunos lugares del sur y los territorios insulares.

A Vita le gustaba la nieve, en cambio, a Eloise le gustaba el mar. Siempre fueron como el agua y el aceite. Pensó en su hija.

¿Sería por eso que en medio del delirio, al borde de la muerte, ella había visto una gaviota? ¿Es que la gaviota era el símbolo de la Eloise contenta y enamorada del mar?

Sintió varias lágrimas correr por sus mejillas. Eloise la rompía y la recomponía cada vez que la recordaba.

En ese momento, el móvil vibró.

«QUERIDA EVA. Me he enterado de lo que te ha pasado. Espero que estés bien. Por favor, responde este mensaje. He ido al hospital, pero no me permitieron verte. Solo quiero saber que estás bien. Abrazos. Eugenia».

Vita sonrió.

Se trataba de su asistente cuando trabajaba en el consultorio forense, y también de una buena amiga. Ella sabía que Eugenia había fantaseado con ella alguna vez y que le atraía sexualmente, pero nunca la hizo sentir incómoda y siempre respetó su orientación sexual. Era una buena amiga. La mejor que se podía tener.

«Hola, Eugenia. No te preocupes. Hace falta más de una bala para acabar conmigo. Cuando salga de aquí, te avisaré. Además, últimamente he atendido algunos pacientes en casa y me gustaría saber si te interesaría trabajar para mí de nuevo en algún lugar que podría rentar. Pero ya hablaremos. Cariños. Eva».

De inmediato, recibió un emoji agradable como respuesta. Continuó mirando el móvil y de repente una noticia acaparó su atención de tal forma que olvidó hasta dónde se hallaba.

Un hombre que ella conocía había muerto. Se llamaba Carlos Grimmer.

«El cuerpo del especialista forense retirado Carlos Grimmer ha sido hallado en las inmediaciones de un edificio en construcción en el sur de la ciudad. Parece tratarse de un suicidio. Se estima que se precipitó desde lo alto...».

Vita recordó a Carlos Grimmer llegar alterado a su consultorio, cuatro años atrás. Llegar tembloroso y decir que «no podía más». Ella no lo había visto así antes de aquel día. En la sesión anterior le había hablado del asesinato de Pía Vallejo. Era un caso que investigaba como forense. Luego dejó de ir a las consultas y después supo que pidió la baja en el Departamento Forense. Pensó que había sido porque un colega y amigo de Grimmer (muy buen amigo por lo que relataba en las sesiones), llamado Claudio Fallas, se acababa de suicidar y eso lo había afectado mucho. El suicidio de Fallas fue un caso muy sonado en la opinión pública, y algunos programas de noticias generaron la matriz de opinión de que con el tiempo los horrores que los forenses tenían que investigar eran de tal nivel de crueldad que ya aquello estaba haciendo mella en sus psiquis, en la de muchos trabajadores policiales y forenses. Eran los mismos programas amarillistas que afirmaban que el mundo se estaba yendo al traste.

Recordó que cuando murió el amigo de Grimmer, Claudio Fallas, fue cuando él se alteró en su consultorio y dijo que «ya no podía más».

Pero también recordó algo más, dos cosas. Una fue la razón por la que la periodista —no

recordaba su nombre— había dicho que Claudio Fallas se había desequilibrado. Esto fue por un caso en el cual una mujer había asesinado a su hija, y Fallas acudió a analizar la escena. Fue el caso de la que luego bautizaron como «la nueva vampira del Rabal» porque aquello había sucedido en el Born, en Barcelona. Se sugirió que el impacto de la escena dantesca de la criminal vicaria de Barcelona había sido el detonante del suicidio del amigo y colega de Grimmer, Claudio Fallas. Sin embargo, ella nunca trató ni conoció a Fallas. Solo sabía de él por lo importante que era para Grimmer, según recordaba de las sesiones.

Se dijo que era muy extraño que ahora Grimmer se hubiese suicidado también, tal como hizo su amigo años atrás. Pero lo que más la extrañó fue el otro recuerdo que en ese momento emergió a su consciencia.

CARLOS GRIMMER le había confesado que no soportaba ver cuerpos destrozados en las escenas de crimen. Le enfermaba verlos convertidos en amasijos de carne, huesos y sangre. Decía que prefería trabajar con casos de «muertes azules». Ella recordaba bien esa conversación, porque gracias a la descripción de Grimmer, decidió investigar sobre el miedo a ruborizarse y terminó concluyendo que él sufría de un temor diferente: el miedo a caerse o basofobia. Grimmer sentía pánico a romperse los huesos y a que su cuerpo quedara destruido, un miedo que venía de una experiencia traumática de su infancia: se había caído de un puente y se fracturó las piernas en varios lugares.

¿Cómo era posible que un hombre con basofobia eligiera tirarse desde una gran altura como forma de suicidio? No lo veía claro. Era bien cierto que ya no estaría allí para mirar su cuerpo desecho, pero de todas maneras no lo consideraba lógico. ¡Grimmer sabía que su cuerpo iba a destruirse! Teniendo los conocimientos que tenía, podía haber procurado acceso a algún fármaco que le produjera una «muerte azul», tal como él la describió.

Vita buscó en su correo. Tenía la misma dirección electrónica desde hacía al menos quince años y no se había dado a la tarea de borrar los correos viejos. Le gustaba contar con ese historial porque era como parte de su vida desde que se graduó y comenzó a especializarse en tratar personas que de forma cotidiana se enfrentaban con las escenas de muerte. Así que buscó allí en su correo electrónico, escribiendo el nombre de Grimmer. Tal vez contara con suerte y encontrara algunas notas sobre sus consultas. Si no, podría preguntar a Eugenia, pero no quería molestarla. Ya lo había hecho una vez con el caso de Helena Mayo.

Aparecieron varios correos en la siguiente hora de búsqueda, y uno rindió nueva información. Ella había escrito un archivo en Word que se envió a sí misma, llamado «C.G.»:

«Grimmer hoy me habló del aumento de la tasa de suicidio en España y me dijo, entre otras cosas, que jamás se suicidaría de forma violenta, que odiaba las precipitaciones, que todos en el Departamento lo sabían y por ello intentaban no enviarlo a esas escenas. Pero la escena de Pía Vallejo tuvo que analizarla él porque no había nadie más de guardia. Le resultó muy inquietante. Ha comenzado a preguntarse si ya no sirve para ese trabajo...».

Vita se sintió cansada de repente. Tal vez había pensado demasiado en Grimmer, pero es que deseaba comprender su muerte; ¿se había afectado por Pía Vallejo o por Fallas? Tendía a pensar que la vez que llegó deshecho a su consultorio había sido por la muerte de Claudio Fallas, ¿pero por qué también recordó la escena de Pía Vallejo?

Dejó el móvil a un lado, y la cabeza comenzó a dolerle. Se dijo que había exagerado en la

lectura, dejándose llevar por las noticias y la muerte de Carlos Grimmer.

Unos minutos después, logró conciliar el sueño, no sin antes reclamarse a sí misma el hecho de no priorizar su salud antes que sus obsesiones de descubrir la verdad.

TRANSCURRIÓ una semana desde que Vita recuperó la conciencia. Por fin le dieron el alta el día 10 de diciembre.

Durante ese tiempo le hicieron varios exámenes y logró levantarse sin marearse, moverse de manera normal e ir recuperando fuerzas. Se sentía bien y el funcionamiento de su cerebro se desarrollaba sin novedad.

Vio a Lorena Castillo un par de veces más y a Boscredon casi a diario. También a Ana y a Julia, otra enfermera que solía visitarla en la habitación. Esta última no era tan expresiva ni tan alegre como Ana.

Había hablado con Eugenia en un par de ocasiones y el día antes de marcharse recibió su visita. Se alegró mucho de verla tan bien. Parecía una mujer feliz. Le dijo que contara con ella siempre que quisiera abrir un nuevo consultorio porque nunca tuvo una jefa tan especial.

Todo parecía ir tomando de nuevo un buen cauce. Maurice la había vuelto a visitar y volvió también a plantear la posibilidad de que se ausentara por un tiempo de Madrid. Vita no aceptó la oferta. Maurice convino en que permanecerían vigilándola para garantizarle seguridad. Vita miró el portafolio de fotografías que Maurice le mostró para que reconociera al hombre que la había atacado, pero su foto no estaba allí. El sujeto no estaba registrado en los archivos del CNI.

Aquella mañana del 20 de diciembre resultó fría pero soleada. Sin embargo, para Vita era el día más maravilloso. ¡Por fin dejaría el hospital! No le gustaban para nada, desde chica. Una vez su padre la llevó a hospitalizarse por un problema en el ojo. Para ella aquello fue un espanto. Lo vivió como si fueran varios días, aunque en realidad solo fueron horas. El único consuelo que obtuvo fue que su padre le compró un oso de peluche, que siempre quiso mucho. Al despertar, luego de la intervención, el oso, un panda con cuerda, estaba junto a ella. La música del juguete la arrullaba en las noches de insomnio, porque desde siempre fue una niña imaginativa, y apenas descansaba su cabeza en la almohada la fantasía se apoderaba de su mente.

Los hospitales la deprimían, con su atmósfera fría y despersonalizada, como si todo estuviera al servicio de un sistema impersonal que devoraba cualquier rastro de humanidad. Mientras cruzaba la puerta para escapar de ese lugar, lo entendió, de golpe. A la mujer de la melena. Esa mujer que había acudido a ella, buscando desesperadamente ayuda para salvar a su esposo. Se llamaba Nicasio.

El nombre resonó en su mente, como si hubiera estado esperando para salir a la superficie. Su oso de peluche también se llamaba Nicasio.

¿Por qué no lo había recordado antes?

¿Es que su cerebro había cambiado desde la bala?

CUANDO VITA RECIBIÓ el sol y el viento en la cara, sintió placer. Le hacía falta experimentar esa sensación. Había comprado por Amazon un sombrero y Ana lo había recibido. Así que Vita salió del hospital con el sombrero en la cabeza, pero luego, en medio de las escaleras que conducían a la puerta principal del hospital, se lo quitó. Quería que el sol la bañara y sentir el frío. No supo las razones exactas, pero agradeció estar viva, como nunca antes lo había agradecido.

Un niño se quedó mirándola. Él también iba calvo. Al verle la cabeza rapada, pareció pensar que era como él y le sonrió.

Ella también lo hizo, inundada de ternura. El chico llevaba en su mano izquierda un coche rojo de juguete. Vita lo miró un segundo. Se dijo que todos necesitábamos algo que fuera solo nuestro en lo que apoyarnos cuando nos asustábamos, cuando enfermábamos.

—Soy Felipe Antonio Medina Molina —dijo el pequeño.

—Y yo, Eva Bell, mucho gusto —respondió ella.

—¿Bell, como las campanas en inglés? ¿Te llamas Eva Campana? —preguntó el chico con un brillo de sorpresa y agrado en los ojos—. ¡Me gusta!

Eva sonrió.

El padre del chico le tomaba la otra mano. Eva lo miró por un momento. Sabía lo que iba a encontrar en su mirada.

Luego ellos siguieron el camino hacia la entrada del hospital.

Vita se quedó mirándole y deseó que se recuperara. Lo deseó con mucha fuerza. Luego escuchó voces, saludos entre varias personas, palabras sueltas. Al menos —pensó—, está en un buen lugar, en uno donde saben hacer las cosas.

Tomó un taxi que acababa de dejar a alguien y dijo la dirección de su piso en el barrio Ciudad Lineal. No tardó ni doce minutos en llegar, pero el trayecto se le hizo eterno. Nunca había deseado tanto volver a casa. No había dudado en rentar ese ático, porque el lugar la inspiraba, era tranquilo, y contaba con dos terrazas que mostraban edificios modernos por un lado y casas antiguas por el otro. En el medio podía verse una instalación militar abandonada y arbolada, y en las mañanas y las tardes podía escuchar los pájaros que allí anidaban y descansaban. Al mirar la bandada de lo que para ella eran gaviotas, sobre la terraza, se hacía a la idea de que el mar estaba cerca. Aunque en materia de pájaros, su preferida era la urraca triste; la blanca y negra.

Lo que más le gustaba de la terraza de la habitación era que el vecino del ático de junto tocaba deliciosamente el violín; ya le había escuchado en varias oportunidades hacerlo, y eso le

regalaba a la terraza un aire de romanticismo y tragedia interesante e inspirador para sus escrituras. Pero ahora, aunque su piso hubiese resultado un antro, se moría por llegar a él. Todos esos días en el hospital le habían bastado para extrañar su casa. Nunca pensó que lo haría de ese modo tan intenso.

Cuando llegó por fin, se descalzó y miró su reflejo en el espejo circular que había colgado en la pared junto a la entrada. Se quitó el pequeño sombrerito negro que se había vuelto a poner en el taxi. Su cuello se veía mucho más estilizado que antes y, después de todo, la calvicie no la hacía lucir tan mal. Podría por un tiempo mantener el cabello corto y con eso cambiar de imagen. Tal vez fuera lo que correspondiera ante lo que le había sucedido; exponer físicamente que le había pasado algo que significaba un antes y un después en su vida. Que eso se notara en su apariencia, que era una sobreviviente.

Dejó el sombrerito en el perchero y también el abrigo. Se quitó la bufanda y la puso sobre el abrigo.

Caminó hacia el salón y se tumbó en el sofá. Allí durmió hasta casi las dos de la tarde.

Calentó una crema de espárragos que había congelado hacía quince días, y la devoró. No se sintió satisfecha al terminar de tomarla y preparó un sándwich con atún y tomate.

Volvió a sentir sueño, pero prefirió meterse en la bañera. Allí se relajó y descansó a gusto. Luego se puso el camisón rosa ya descolorido y se sentó en el sillón de la sala.

Había varias cosas que deseaba hacer. Una era escribir una novela con el doctor Varmus de personaje principal, asesino en serie con delirio de ser Dios. También quería saber más sobre el suicidio de Carlos Grimmer y entender cómo alguien con basofobia se hubiese suicidado precipitándose a tierra. Pero, más que nada, deseaba encontrar lo que Renart podría haber guardado en casa. Esto preocupaba al hombre que seguía cometiendo delitos en la oscuridad, el mismo que no habían podido detener y que estuvo involucrado en los actos de espionaje de Renart para enriquecerse, según le había contado Maurice.

Vita había guardado varias cajas con las cosas de Renart, pero no había vuelto a miraras. Renart la había defraudado, traicionado su confianza, y por eso lo que deseaba era olvidarlo. Lo último que quería era llorar su muerte mirando objetos que la hicieran recordarlo.

Claro que primero había deseado matar a su amante, pero eso ya era historia para ella. Ahora toda su sed de venganza había tomado un nuevo rumbo: la necesidad de descubrir más sobre ese sujeto que casi la mata, no solo por esa razón, sino porque tuvo que ver con el accidente de coche.

Ella siempre supo que ese maldito cuaderno negro tenía un significado relacionado con el accidente en el cual su hija Eloise había muerto. Pero en aquel momento no pensaba bien, estaba destruida. Ahora era diferente.

Se levantó y, decidida, caminó hacia la habitación donde guardaba las cajas desde que se mudó al piso.

Comenzó a buscar una por una, a moverlas y cambiarlas de lugar hasta dar con las que estuviesen rotuladas: «Cosas de Renart». Cada vez que leía «Habitación de Eloise», el corazón le dolía, pero lograba sobreponerse.

Dio con una de las cajas que buscaba. La sacó de la habitación y la llevó consigo hasta el salón. Allí se sentó sobre la alfombra de cuadros blancos y negros junto a la caja, y comenzó a sacar uno a uno los objetos que contenía.

No encontró nada de interés.

Fue por la segunda caja. El mismo resultado.

Hasta que, cuando estaba vaciando la tercera, encontró un libro y, dentro de él, una fotografía

de Renart joven junto a otros chicos en un primer plano. Todos tendrían unos veinte años a lo sumo. Y uno de estos chicos le resultó una cara conocida, pero impensada...

¡No era a quien esperaba hallar junto con Renart!

¡ERA CARLOS GRIMMER! Estaba segura.

Dio la vuelta a la fotografía. Tenía una leyenda.

«De cacería en Campo de Montiel con Carlos, Agustín y Javier. Un ojeador, el camarero y el guarda. 1991».

Vita pensó en lo absurdo que ahora le resultaba haber estado tan atraída por Renart en el pasado. A todas luces, desde que tenía veinte años, era un clasista taimado. Se tomaba una foto con sus amigos y el resto de los empleados de la jornada de caza, pero a estos era incapaz de llamarlos por sus nombres.

Más allá de ese brote de crítica hacia quien fue su marido, recordó otra cosa: Renart practicaba caza intensiva, y ahora rememoraba que Grimmer hacía lo mismo.

Los recuerdos venían a Vita como trozos que caían de repente, provenientes de una misma cosa, pero que se precipitaban sobre ella por pedazos y no en conjunto. Ahora recordaba que aquella experiencia traumática de Grimmer de la caída del puente había sucedido en un episodio de caza durante su juventud, no cuando era un niño.

Estaba confusa; quería escarbar más en su memoria, pero no encontraba las piezas completas del puzle. Lo cierto era que Renart había conocido a Grimmer y habían ido de caza juntos.

Continuó buscando en la caja, pero no encontró nada que llamase su atención. Era la última con las cosas de Renart.

Arregló el desorden en el salón y en la habitación, y al terminar se acostó en el sofá a pensar. Sentía que todo en su pasado se interconectaba y que tenía que ver con Renart y su maldita idea de beneficiarse con la venta de información que Maurice le había confesado.

¿Pero dónde diablos estaba ese dinero?

En manos de la mujer de París, se respondió.

Pero eso no le interesaba. Ella se valía por sí misma, y aunque sí que había perdido nivel de vida cuando dejó la casa en Chamartín y se mudó al piso, no le interesaba tanto el dinero como a Renart.

Lo que comenzó a motivarla cada vez más, como un efecto de bola de nieve, era descubrir por qué Carlos Grimmer nunca le dijo que conocía a su marido. Por qué no se lo comentó. De hecho, recordaba que ellos se habían visto una vez en el consultorio. Renart había ido por ella para cenar y Carlos Grimmer salía de ahí. Se habían encontrado en la salita donde sus pacientes solían aguardar y donde Eugenia ubicaba el escritorio. Ella le presentó a Renart a Carlos Grimmer y su marido le había estrechado la mano. Ninguno de los dos dio muestras de

conocerse, y eso era sumamente extraño.

¿Estaría inventando recuerdos? ¿Sería que Renart y Grimmer nunca se habían encontrado en su consultorio y todos esos recuerdos estaban en su imaginación?

Se dijo que más importante que la muerte de Grimmer debía resultarle descubrir aquello por lo que Maurice Scott creía que querían asesinarla. Aquello que en teoría guardaba Renart y podría conducir a saber la identidad de otro traidor, de ese alguien que vendía información sobre temas de seguridad nacional.

¿Dónde podría guardar su marido algo así?

¿En realidad lo guardaría?

VITA SE QUEDÓ dormida en el sofá.

Despertó con un intenso dolor de cabeza. Tomó las pastillas que le habían recetado para cuando eso sucediera. Entonces, cuando dejaba el vaso en el lavavajillas, se acordó de repente que existía otra caja más pequeña que había embalado al final de la mudanza con algunas cosas de Renart, con objetos que guardaba en el taller de carpintería que tenían en casa. Renart era aficionado de la ebanistería.

¿Dónde diablos estaba esa caja más pequeña?

Una idea la iluminó. Creía saber dónde podría estar. Se dirigió a un pequeño armario que había en el corredor que separaba el salón de la habitación que ocupaba Vita. Sacó varias cobijas y cobertores, también una caja de madera con algunos productos para planchado. Y allí, bajo una colcha rosa, estaba la caja.

Vita deseaba encontrar algo importante. Los latidos de su corazón se aceleraron.

La tomó y la llevó consigo al salón. La puso sobre el sofá y se sentó. La destapó. Lo que había guardado allí eran objetos pequeños. Una figurita de cascanueces que Renart le había hecho a Eloise cuando era chica. La recordó la primera vez que la vio. Sintió una punzada en el corazón y en las sienes. Su hija siempre iba a dolerle. Apretó con fuerza la figura y cerró el puño de su mano izquierda. Luego la dejó de lado.

Había también un cuaderno con anotaciones de medidas. Era la letra de Renart. Una secuencia de números. ¿Sería eso lo que temían? ¿Eran los dígitos de una cuenta bancaria o de otra cosa importante?

Vita apartó el cuaderno y lo puso sobre la mesita de junto al sofá. Luego lo miraría con más detenimiento.

Continuó escarbando en la caja. Sacó un pequeño set de herramientas de trabajo; destornilladores con puntas de diferentes formas, algunos clavos y varias piezas de plástico. Luego de sacar las herramientas, vio que solo quedaban en la caja dos objetos de tela. Uno de ellos era una especie de guardapolvo que Renart había comprado a Eloise para que ella fuese su ayudante en el taller. Por eso lo había guardado. Vita odiaba a Renart, pero los objetos que guardó tenían también que ver con Eloise. Recordó a su hija con el guardapolvo puesto y sonrió. Esta vez no le dolió su recuerdo, sino que la llenó de ternura. Pensó que se quedaría con eso y lo guardaría en el cajón de su habitación. Había que aferrarse a las cosas que le hacían bien a uno. Era lo que decía a sus pacientes, y ya era hora de aplicar el consejo a sí misma.

Sacó el último objeto de la caja. Se trataba de un guante de trabajo.

A Vita le extrañó. ¿Por qué uno solo?  
Entonces notó que pesaba más de lo debido.  
Había otra cosa en su interior.

UN MÓVIL.

Uno que ella no había visto antes.

Lo encendió.

El aparato iluminó su pantalla. Debía marcar el código de seguridad. Escribió el año de nacimiento de Renart. Ella sabía que era el código que él normalmente utilizaba: 1971.

Renart para ella era predecible. Además, si mantenía el móvil oculto, si era un teléfono para sus secretos y había procurado mantenerlo siempre en el taller, ya con eso se daría por satisfecho en cuanto a su seguridad. Su marido sabía que ella no entraba a ese lugar.

El móvil mostró la pantalla inicial después de que pulsó los cuatro dígitos.

Era una foto de una playa. Buscó en mensajes de WhatsApp. Nada apareció. No lo empleaba para comunicarse con nadie por esa vía. Luego buscó en el historial de llamadas. Había un único número registrado. Varios mensajes entrantes y salientes.

Lo primero que pensó Vita era que estaba ante el mecanismo de comunicación entre la amante y su marido. Pero de inmediato se dio cuenta de que no era así. No tenía nada que ver con eso. Buscó el primer mensaje. Se trataba de uno entrante.

«Es hora de que me devuelvas el favor que te hice ya sabes cuándo. Nunca te pedí nada, y sabes que siempre te apoyé con lo de ocultar el cuerpo en Fuenllana. Pero ahora necesitamos que se detenga la investigación azul. Ya lo hemos hablado. Haz lo que haya que hacer».

Ante este mensaje, Renart respondió:

«Tu palabra contra la mía, Carlos».

«Sabía que dirías eso. Pero tengo pruebas. Mira este *link*. Con esto y las noticias sobre la desaparición ese año, alguien puede atar cabos. Además, tengo el cuerpo».

Vita pulsó el *link*. La condujo a una página inexistente.

Continuó leyendo.

«¿Por qué lo dices ahora? Así no puedo confiar en ti. Además, tú también irías preso».

«No hablemos de confianza. No es tu lado fuerte. Si no haces lo que te pido, será peor para mí. Prefiero enfrentar el caso del pobre diablo a lo otro».

«Veré qué puedo hacer».

Allí acabaron los mensajes.

VITA LEYÓ y releyó los mensajes una y otra vez.

No podía asegurar que quien respondía fuese Renart. Después de todo, lo único que le afirmaba que ese móvil le pertenecía a él era el código de seguridad, pero así como ella lo sabía, alguien más pudo haberlo sabido.

¿A qué se refería eso de la investigación azul? ¿Cuál cuerpo? ¿Un cadáver? ¿Qué era lo que había pasado en Fuenllana y de qué favor hablaban?

Apagó el móvil. Guardó los objetos, a excepción del guardapolvos de Eloise, de la libreta con los números y del móvil. Llevó la caja a su lugar y volvió al salón.

Pasó las siguientes horas buscando información sobre Fuenllana en las redes. Buscó «Desaparición + Fuenllana» en Google. Solo encontró algo que le llamó la atención.

«La Fundación Santo Tomás de Villanueva ha denunciado la desaparición de un *homeless* al que se conocía con el nombre de Magnus. Acampaba en la localidad de Fuenllana al sureste de la provincia de Ciudad Real, en la altiplanicie del Campo de Montiel junto a la cabecera del Arroyo del Tortillo. La última vez que le vieron fue cerca de la carretera CM-412 que une Villanueva de los Infantes con la localidad de Fuenllana».

Vita vio que la noticia era de 1991. Se trataba de una página escaneada del diario parroquial Santo Tomás, colgada en el Facebook de alguien llamado Marina Pesce. Esta persona parecía actuar en favor de las personas sin hogar. Con el paso del tiempo, había continuado exponiendo noticias y haciendo llamados a la solidaridad para aquellos que no contaban con familia, ni con recursos económicos.

Vita comenzó a atar cabos y el resultado al hacerlo no le gustó. La fecha coincidía con la leyenda de la fotografía de Renart. También el lugar.

¿Y si el favor al que su paciente Carlos Grimmer se refería, suponiendo que fuera él el de los mensajes, tenía que ver con algo que le pasó, o le hicieron a ese hombre Magnus? ¿Es que Renart había tenido que ver con esa desaparición y Grimmer fue su cómplice?

Vita dejó el teléfono a un lado. Se dijo que escarbar en el pasado no le traería ningún beneficio. Menos ahora que estaba convaleciente y lo que tenía que hacer era enderezar su vida.

Ya daban las ocho de la noche. Tomó una decisión. Dejaría al maldito Renart fuera de juego. También a Carlos Grimmer. Por ahora, Maurice, que era una de las pocas personas con las que contaba, se estaba encargando de que no le sucediera nada más. Si el hombre zorro pretendía terminar lo que había iniciado, el propio Maurice le haría frente. Deseaba con locura agarrar al último eslabón de los criminales. Estaba segura. Ella a lo de ella; mirar hacia adelante.

Tomó de nuevo el móvil y llamó al Hospital Universitario La Conciliación. Pidió la comunicación con Oncología Pediátrica. Quería saber cómo estaba Felipe Medina.

A LA MAÑANA siguiente había quedado con Eugenia para ir a ver varios consultorios que se rentaban. Iban a verse a las diez en la calle del Príncipe de Vergara 46, en el barrio de Salamanca. Vita decidió ir al lugar andando, tomó la Línea 21 en dirección al paseo del Pintor Rosales y luego caminó unas calles hasta Príncipe de Vergara. Quería empaparse de los ruidos urbanos, de las voces, de la gente. Aquella mañana fría fue como un bálsamo para Vita.

Llegó a la esquina frente al consultorio y miró la hora. Faltaban veinte minutos, así que decidió entrar en una cafetería que vio muy mona. Le provocaba un café y un cruasán. Había escuchado que aquel lugar brindaba la mejor pastelería de Madrid. Entró y se dispuso a mirar los pasteles exhibidos. Escuchó la puerta abrirse y cerrarse tras ella. También sintió una ráfaga de viento. Sin saber por qué, volteó y reconoció a quien se hallaba allí.

—¿Malta? —exclamó.

Al mismo tiempo, la mujer recién llegada dijo:

—¡Eva...! Oh, querida, escuché lo que te pasó. Las cosas corren como pólvora en este mundillo de ciudad. Me preocupé, pero supe que habías sobrevivido. Ven aquí, cariño... —dijo y luego la besó en las mejillas.

—Soy dura de matar —convino Vita.

—¡Pero qué maravilla haberte encontrado! He venido resignada a la tienda de cocina de aquí junto porque mamá me lleva de cabeza... Se ha antojado de un cacharro que..., pero bueno, no te agobiaré con eso. Me he dicho, anda por una torrija que han incluido en las novedades, y ahora me ha cambiado el día por completo. No sé por qué dejaste de responder mis mensajes. Mira que te he atrapado como mosca. Vamos a tomarnos algo, mujer, y a ponernos al día —añadió Malta Shepard, antigua amiga de la universidad de Vita, invitándola.

Vita también se alegraba de haberla encontrado. Era una mujer llena de vitalidad, buena amiga, sin complicaciones de ningún tipo. También recordaba a su madre, Bernarda Reyna. Una mujer con mucha personalidad, algo rígida tal vez.

Se sentaron en una mesita que se situaba junto al cristal del ventanal.

Dejaron los abrigos sobre el espaldar de las sillas.

Pidieron dos cafés y, cada una, sendas torrijas. La novedad era que la preparaban con crema Saint-Honoré.

—No me digas que no. Ahora debes con más razón disfrutar de todos los placeres de la vida. ¡Que me pediría un vino para celebrarte, pero hasta para mí es muy temprano! Aunque en alguna parte del mundo ya es hora de tomar algo... —completó Malta, sonriendo.

Resultaba la misma de cuando estudiantes. Solo con algunas arrugas más. Malta era hija de un inglés. Su piel era terriblemente blanca, y su pelo rubio, a más no poder. Era altísima y muy delgada. Ahora, con los años, había engordado un poco, pero solo si se recordaba su figura años antes.

Cuando sirvieron la orden, Vita le preguntó si aún trabajaba en el Departamento de Medicina Legal, Patología y Psiquiatría de la Universidad Complutense.

—Claro, querida. Hablas con la flamante directora. Por fin se han dado cuenta de mi valor... En serio, estoy muy contenta con mi puesto. Ahora mismo hemos terminado el informe de la momia del General, y hemos obtenido muchos elogios..., pero ya basta de hablar de mí. Cuéntame qué has hecho. Sé que lo que pasó fue terrible, me refiero al accidente, pero también siempre supe que lo superarías. Uno sabe cuándo alguien es fuerte ante las adversidades y cuándo no. Se lo dije muchas veces a Rodrygo...

A la memoria de Vita vino la imagen de Rodrygo Malnati, el novio de Malta. Un sujeto engreído, muy guapo, y sobre todo con un ego campante. Ellos se habían casado al graduarse.

—Sé que Rodrygo nunca fue de tu agrado, y déjame decirte, de verdad que creo que tenías razón. A la primera infidelidad lo dejé colgado. Nos divorciamos hace unos años. Pero ¡madre mía...!, tengo tanto que contarte...

Vita sonrió.

La torrija estaba deliciosa y el café perfecto. También era perfecta la compañía. La amistad en realidad era un buen antídoto para olvidarse del pasado y centrarse en el futuro.

Eso se dijo, pero pronto se dio cuenta de que en su caso aquello era imposible, por mucho que lo quisiera. El encuentro con Malta Shepard la condujo de nuevo a la inquietud sobre el suicidio de Carlos Grimmer.

—¿Conociste a Carlos Grimmer? —preguntó de repente.

—Oh, claro que sí. Desde la universidad y después en el Departamento. Es increíble que se haya suicidado tal y como dicen. Yo no me lo creo —respondió Malta y luego llevó a su boca el último bocado de torrija.

—¿Y entonces qué crees? —insistió Vita.

—Pues que alguien lo empujó.

VITA SALIÓ de la cafetería cinco minutos tarde. El encuentro con Malta se prolongó. Se despidieron afuera de la tienda, antes de cruzar la calle, y Malta le hizo prometer que se verían otra vez pronto, para conocer un nuevo restaurante cercano al Mandarín, donde hacían el mejor arroz socarrat de la vida, algo que ni el propio Dacosta, el chef ganador de tres estrellas Michelin, podría creer.

—No le diré nada a mi madre, porque se empeñaría en ir, y quiero esa noche para nosotras. Tenemos que ponernos al día, porque lo de hoy fue solo un avance. Mi madre siempre te quiso mucho. Le agradabas mogollón. Ahora está un poco enferma, va en silla de ruedas, pero la cabeza..., esa sí que está en su lugar. He buscado ayuda, un ángel llamado Jordi. Creo que entre los dos están conspirando para tomar el control del mundo... Ni lo imaginas. ¡Adiós, querida mía! Cuídate mucho, haz el favor.

Se despidieron de nuevo con besos.

Así era Malta, espontánea, alegre, sincera.

Todo lo contrario a Vita al menos en los dos primeros atributos. Vita también era sincera, pero decía mucho menos de lo que pasaba por su mente. Ahora pensaba que todos sabían que Rodrygo no era una buena pareja para Malta, menos la propia Malta.

Caminó hacia el número 46 de la Príncipe de Vergara y entró en un bonito edificio. Al borde de la escalera encontró a Eugenia.

—Pensé que me había retrasado —dijo aliviada.

—Las dos lo hicimos —respondió Vita—, pero no tiene importancia —completó.

Se saludaron y subieron al primer piso. Allí las aguardaría el empleado de la arrendadora, un hombre llamado Augusto Sánchez, con el que Vita había concertado la cita.

Cuando llegaron al piso, no había nadie esperándolas, y la puerta del consultorio estaba entreabierta. Le pareció extraño.

—¿Qué hacemos? —preguntó Eugenia.

—Vamos a entrar. Si han dejado la puerta abierta, debe ser que está adentro, arreglando alguna cosa —contestó Vita al tiempo en que entraba en el piso. Eugenia la siguió.

Llegaron a una antesala blanca.

Tenía las paredes desnudas y solo una escultura de un hombre color turquesa.

—Vaya minimalismo —comentó Eugenia.

Escucharon un ruido en una habitación. Se dirigieron hacia él.

—Hola... ¿Augusto Sánchez? —preguntó Vita.

No obtuvieron respuesta.

Luego se dieron cuenta de que el ruido provenía de la hoja de una ventana que batía por las ráfagas de viento que atacaban a Madrid.

—Aquí no parece haber nadie, Eva. Mejor nos vamos. Podrían acusarnos de allanamiento de morada —completó Eugenia, mitad en broma, mitad en serio.

Cuando iban a dejar el lugar, escucharon un fuerte ruido y después un contrastante silencio.

SE TRATABA de la puerta que conducía a la salida. Pensaron que la ráfaga de viento la había cerrado.

Eugenia caminó rápido hasta la salida y movió el picaporte, pero la puerta no cedió. Continuaba cerrada.

—Creo que nos hemos quedado encerradas, jefa —dijo, intentando mantener la calma.

Vita recordó que Eugenia le había confesado que en algunas ocasiones se despertaba en ella cierta claustrofobia.

—Tranquila, querida. Esa puerta debe abrirse. Tal vez el golpe al cerrarse inmovilizó el mecanismo. Déjame probar —pidió Vita y, acto seguido, intentó abrir la puerta sin éxito.

—Hola... ¡Hola! ¿Hay alguien allí? —gritó Eugenia. Le pareció escuchar pasos en la escalera, que de repente se detuvieron.

Vita tomó su móvil y marcó el número de Augusto Sánchez. El número que él le escribió en el mensaje electrónico que había recibido una vez que se comunicó con la página de la arrendadora.

Pero la compañía telefónica le anunció que ese número no había sido asignado a ningún suscriptor.

¿Es que todo eso era una trampa del hombre que deseaba matarla?

—Estoy segura de que allí hay alguien, jefa. Lo escuché —afirmó Eugenia. Su voz resultó algo temblorosa.

—Doctora Eva Bell, ¿se encuentra bien? —preguntó un hombre al otro lado de la puerta.

—Sí. La puerta se ha cerrado y no podemos abrirla —respondió Vita.

—Soy el agente Pedro Dupont, del CNI. Maurice Scott me ha pedido que vigile que todo va bien. Ahora mismo la sacamos de allí —afirmó.

Vita y Eugenia esperaron, tranquilas.

—¿Qué diablos es el CNI? —preguntó Eugenia.

Vita no respondió.

Al cabo de poco tiempo, alguien abrió la puerta. Se hallaba del otro lado un hombre que a todas luces era experto en seguridad; lo delataba su actitud. Debía ser Dupont. Junto con él había otro sujeto que se deshacía en excusas.

—Soy Augusto Sánchez, doctora. Me ha cogido un atasco endemoniado y he llegado tarde. Le ruego me disculpe. Lo que, lo que... no entiendo es cómo ha hecho para entrar en el piso. Debí ser mi compañero, que al mostrarlo anoche ha dejado la puerta abierta. Menudo fallo...

VITA Y EUGENIA SE DESPIDIERON. La última le hizo prometer a la primera que no rentarían ese lugar. No imaginaba nada peor que quedarse encerrada allí adentro de nuevo.

Vita se despidió de Pedro Dupont con la firme convicción de que volvería a verlo. Se hacía a la idea de que sería su guardián por un buen tiempo. En el fondo, aquella idea no le desagradaba.

También se despidió de Augusto Sánchez, quien se deshizo en excusas y lamentaciones. Ya debía haber comprendido que el consultorio no sería rentado.

Lo sucedido motivó a Vita a seguir investigando la conexión y el favor que Renart debía a Carlos Grimmer. Aunque intentó convencerse de que no había pruebas de que el móvil encontrado perteneciera a Renart ni de que el interlocutor fuera Grimmer. El hecho de que cada evento inesperado la hiciera sentirse en peligro la convenció de que debía esclarecer el pasado para poder olvidar a Renart y sus secretos. Cuando se vio atrapada en el consultorio, pensó que había caído en la trampa del hombre de la ermita, y que lo ocurrido no tenía relación con eso. No le gustaba verse como una perseguida, por lo que decidió tomar cartas en el asunto.

Llamó a Maurice y le habló del hallazgo del móvil. Le pidió que lo analizara, que mirara las huellas en él. Si eran las de Renart, era un punto a favor para pensar que en efecto era de su propiedad y que él era el receptor de los mensajes que hablaban de lo ocurrido en Fuenllana. Entregó el móvil a Pedro Dupont, a quien descubrió apostado en la calle frente a su piso, para que se encargara de hacerlo llegar a Maurice. También la libreta con los números. Por mucho que la había mirado y vuelto a mirar, no lograba despejar qué diablos significaban. Quizás Maurice tuviese mejor suerte. Sin embargo, tomó la previsión de fotografiar todas las páginas con su móvil antes de desprenderse de ella.

Luego dedicó la tarde a intentar una comunicación con la mujer del Facebook, la defensora de los hombres sin hogar. Al final logró conseguir un número de teléfono de la Fundación Santo Tomás y preguntó por Marina Pesce.

—Hola. ¿En qué puedo servirle? —preguntó una voz agradable. A Vita le pareció que debía tratarse de una mujer bastante mayor.

—Soy Eva Bell. Me ha interesado una noticia que usted ha reseñado en la página de Facebook sobre un hombre que desapareció, llamado Magnus...

—Sí. Ha sido uno de nuestros perdidos. La parroquia cuenta con un comedor desde hace años, de hecho, el año de la desaparición de Magnus apenas lo inaugurábamos. Estaba todavía el padre Evaristo... Magnus dejó de ir y sé que no fue a voluntad, pero las autoridades no hicieron mucho por él.

—Y luego no ha tenido otra noticia, algo que...

—No. Ni en ese momento ni después. Además, estaba el coto intensivo de caza de El Vicio. Ya los dueños se encargaron de que nadie molestara a sus clientes con preguntas sobre aquel pobre hombre. Como si no bastara con la sangre que derramaban allí de los pobres animalitos.

La mujer tomó aliento. Su respiración se escuchaba entrecortada.

—¿Pero por qué pregunta usted por Magnus? ¿Lo conoció? ¿Es de su familia? Su voz parece de una mujer joven...

—¿Usted veía a los clientes de ese coto intensivo? ¿Era su ámbito de trabajo? —preguntó Vita, ignorando las interrogantes que la anciana le hacía sobre su identidad.

—El comedor se ubicaba en la carretera 412, en las afueras de Fuenllana, pero sí que íbamos andando por todo el paraje. En ese entonces un grupo de desdichados pernoctaban en las cercanías. Habían salido de Madrid porque los habían desplazado... Mas no recuerdo a los cazadores. No me gustaba ir por allí. Era joven y todavía era de las que pensaban que las cosas malas no suceden si uno no las conoce.

—Comprendo. Muchas gracias, Marina. Una cosa más... ¿A los trabajadores del coto, que de seguro eran de la zona, podría conocerlos? —preguntó Vita en un último intento de lograr más información de Marina Pesce.

—Pues sí, es muy posible.

—Si es tan amable de darme un correo electrónico al que pueda enviar una fotografía, y usted pueda ver y decirme si conoce a alguien allí presente, no sabe cuánto podría ayudarme. Verá, soy psiquiatra forense, y es de suma importancia para la salud de alguien que quiero mucho dar con alguna de las personas que se muestran en esa fotografía. Necesito averiguar algo de ese tiempo.

—Con mucho gusto, doctora. Sé por su voz que en verdad necesita lo que dice. Y si en algo ayuda a dar con el paradero de Magnus, lo haré con gusto. Usted ha preguntado por él, y ha sido la primera persona en treinta y tres años que lo hace. Nadie debía estar tan solo en el mundo...

Marina dio la dirección de correo electrónico y se despidió.

Vita, de inmediato, le envió el *e-mail* con la fotografía. Y aguardó impaciente a su respuesta.

«CONOZCO A ELÍ SAUL GONZÁLEZ y a Mariano Herrera. Uno era el guarda de ese lugar, y Mariano, un chico que guisaba muy bien y estudió en una academia en Madrid, y cocinaba para ellos. Al otro no lo he visto en mi vida. Elí Saul González murió hace cinco años y Mariano Herrera se fue del pueblo y desconozco su paradero. Me habría gustado ayudarla más. Dios la proteja. Marina».

Esa fue la respuesta de Marina Pesce.

Vita se dio cuenta de que por esa vía no podría dar con nada más. Era una calle que no conducía a ninguna parte. Entonces, solo le quedó una opción. Tomó el móvil y marcó un número de teléfono. El de Malta. Acordaron verse a la noche siguiente en el restaurante que su amiga le había recomendado, pero ahora la conversación no versaría sobre cualquier cosa; Vita iba como un misil teledirigido a descubrir todo lo posible sobre Carlos Grimmer.

Cenarían en Hipérbole. Ese era el nombre del restaurante del mejor arroz socarrat, según Malta; su chef era un joven que había aprendido con el mejor, y lo había superado. Se ubicaba en la calle de Casado del Alisal, muy cerca del Parque del Retiro. Vita tomó un taxi. Se encontraba un poco cansada y no quería abusar de su salud.

Era una de las pocas veces que se subía a un coche en los últimos meses. El temor de hacerlo había ido disminuyendo con el tiempo, pero todavía prefería salir andando, y Madrid era una maravillosa ciudad para hacerlo. Esa noche no encontró coche a través de la aplicación, y tomó uno en la calle frente a su piso, en la Fernández Caro, muy cerca del Mercadona que había en el barrio. En cuanto cerró la puerta, volvió a sentir un vacío en el estómago, como si se estuviera dirigiendo a una muerte segura. Pero eso solo duraba dos segundos y luego se le pasaba. Inspiró profundo y logró superarlo.

—Calle de Casado del Alisal, número 10, por favor.

Se acomodó hacia atrás. Por alguna razón se sentía aliviada. Tal vez porque vería de nuevo a su mejor amiga, si es que ella tenía algo como eso. Y porque no descansaría hasta dar con algo de Carlos Grimmer. Algo que la condujera a descubrir la relación de él con Renart.

Cuando Vita se lo proponía, era tenaz, disciplinada. Había pasado la tarde de aquel día, después del suceso del encierro en el consultorio, indagando un poco sobre la vida de Malta y Rodrygo. Quería conocer en detalle los intereses que Malta hubiese cultivado con el tiempo para tomar esos derroteros en la conversación. Siempre había que empatizar para luego preguntar. Era una norma de oro en su profesión.

Se enteró de que Rodrygo Malnati había comprado una caravana italiana e ido a recorrer el

mundo una vez que se divorció de Malta. O al menos, eso creyó entender de sus apariciones en las redes.

Miró la hora en la pantalla del móvil y se alarmó. La cita con Malta era a las ocho y media y ya daban las ocho y veintisiete. En el mejor de los casos, estaría a las ocho y cuarenta. Lo cual no estaba tan mal —terminó diciéndose— porque recordó que Malta era la chica más impuntual del mundo cuando estudiante. Además, se suponía que la idea era disfrutar y no apegarse tanto a la formalidad. O eso debía aparentar ante Malta.

Se sintió una impostora, alguien sin escrúpulos, capaz de utilizar a su amiga con fines secretos. Pero no podía evitar desear con locura saber cuál era el vínculo entre Grimmer y Renart, y si en realidad tuvieron que ver con la desaparición de Magnus. Pensó muchas cosas sobre eso durante el día. La de mayor peso era que tal vez Renart y Grimmer y el otro sujeto habían disparado a Magnus sin quererlo y luego, ante tal hecho, decidieron guardar silencio. Luego Carlos Grimmer había chantajeado a Renart con ese secreto quizás en aras de su posición de poder en el Ministerio de Defensa. Aunque lo había intentado, no logró descubrir nada más sobre esa desaparición ocurrida hacía treinta y tres años. Era muy cuesta arriba llegar a algo después de tanto tiempo.

Allí estaba ella, mirando el móvil cada quince segundos con una precisión pendular.

—Se supone que debes tranquilizarte para que no te duela la cabeza, Vita... —se reprendió en voz muy baja.

Miraba las luces por la ventanilla, y a la gente fumando frente a los bares, y entonces se preguntó si el conductor no pondría música. Comenzó a molestarle el silencio del coche. Transcurrieron varios minutos y, sin saber explicárselo, se sintió cada vez más incómoda. Aquello no era normal, esa sordina absoluta. Miró hacia adelante, intentando encontrar algo que le diera una señal del tipo de persona que era el conductor, pero no la encontró. Solo notó el coche demasiado limpio y aséptico, porque hasta sintió un olor a alcohol isopropílico, y ni siquiera contaba con el cartel obligatorio que indicara las plazas. No era para tanto —se dijo—, pero la situación le parecía atípica, porque ese ambiente de velatorio mezclado con el de un quirófano, no era común dentro de un coche tomado en la calle.

«Uno no sabe lo que hay en la última capa de los deseos», había escuchado a alguien decir, grabándose esas palabras, cuando salió de cierto bar atestado de gente. De uno que se parecía mucho al lugar que acababa de ver en la calle. Fue una noche surrealista en la que el vodka no le hizo bien. La misma vez que había llegado a casa y no recordaba cómo, porque se interpuso una gran laguna en su memoria entre el bar y la cama. Creía recordar que esa noche de la laguna había hablado con un hombre que estaba junto a ella en la barra, y que le pareció simpático y de buena conversación, pero muchas veces también se había convencido de que fueron invenciones suyas. Realmente tomó demasiado. Apenas habían pasado quince días desde el accidente de Eloise y Renart.

¿Por qué recordaba aquello en ese momento sin ton ni son?

Las palabras del doctor Boscredon volvieron a su memoria, lo de que podía olvidar cosas. Pero esto era diferente; era como si algunos recuerdos inconexos la abordaran de repente, tal como si acabaran de suceder.

Inspiró y expiró. Tendría que acostumbrarse.

Puso la palma de la mano extendida sobre el cristal de la ventanilla y la sintió helada. Solía hacer eso cuando algo la inquietaba, como en señal de impaciencia, desde chica. Fue perdiendo esa sensación de temor que le había transmitido el silencio del hombre en el coche, y continuó mirando por la ventanilla, expectante. Iba a ser una noche diferente, se dijo. Sintió la cara

caliente y también el cuello, pero sus manos estaban heladas como el cristal.

El conductor tosió y de inmediato detuvo el vehículo. Esa parecía ser la forma que tenía de anunciar que había llegado a destino. Había leído hacía poco tiempo que eso se llamaba «destoserse»; cuando se tose para que sirva de señal porque no se quiere hablar. Miró los números rojos del taxímetro, ya que para entonces no esperaba que él dijera algo.

Fue cuando el hombre se volteó, y no era un chofer cualquiera. Se trataba de Carlos Grimmer.

—SÉ LO QUE VAS A HACER. Te estás comportando como una zorra. Utilizarás a tu buena amiga para sacarle información sobre mí —dijo Grimmer.

—¿Qué es eso de la investigación azul? —preguntó Vita.

Ni siquiera sabía de dónde había salido esa interrogante en su cabeza. Pero Grimmer desapareció, y en su lugar volvió la cara del chofer del taxi.

—¿Me ha preguntado algo? —interrogó el hombre.

—No importa. Dígame cuánto es.

En el fondo, quería salir de ese coche. El hombre dijo la cifra y ella le respondió que pagaría con tarjeta. El chofer le tendió el datáfono y ella acercó la tarjeta. Luego vio el movimiento, los músculos de la cara del hombre desde atrás y también miró debajo de las orejas de lóbulo puntiagudo que tenía. Le pareció que sonreía.

«¿Por qué lo haría?».

Bajó del coche y cerró la puerta. Caminó hasta la acera, movió la cabeza a ambos lados y suspiró. Ya sabía cuál pregunta hacer a Malta en el momento indicado. Para eso servían sus personajes ficticios, para hacer aflorar ideas de su subconsciente. Y era cierto; lo de la investigación azul era algo de atención. Grimmer también le había dicho en una sesión que prefería una muerte azul a morir despedazado.

«¿Por qué azul? Debió preguntarlo en ese momento. ¿Por qué la obsesión con ese color? ¿Y por qué se había imaginado a Grimmer como un hombre grosero, odioso, que la había llamado zorra?».

Tal vez había visto en él algo diferente que no se correspondía con el hombre que mostraba ser. El hecho es que lo había imaginado como un sujeto antipático, desagradable. Ahora más que nunca importaba descubrir cuál era la imagen que su amiga Malta tenía sobre él.

## PARTE II

---

ERAN las dos de la mañana.

La mujer caminaba muy cerca del parque Tierno Galván. Había tenido una noche desastrosa, aburrida, pero tampoco quería llegar a casa. Su andar cansado y sus medias rotas la habían puesto de pésimo humor. Tendría que cambiar un poco, disimular.

Apresuró el paso. Llegaría tarde a donde iba. Miró la hora en su móvil. Escuchó un perro ladrar a lo lejos y a otro responderle. Pensaba desde niña que los perros del barrio se decían muchas cosas, porque uno ladraba en solitario y después una cadena de ladridos continuaban.

No vio una piedra en el camino antes de subir a la pasarela, junto a la cancha de fútbol, y al tropezar con ella, se lastimó el tobillo.

—¡Demonios! —exclamó al tiempo en que se tocaba el tobillo derecho.

«¿Qué más podía salir mal aquella noche?», eso se preguntó.

Una persona se le acercó. No la escuchó aproximarse porque llegaba de la calle que desembocaba en la cancha y que cruzaba el camino que ella transitaba, bordeando el parque. Le preguntó si se había hecho daño.

Era una noche fría, y la persona llevaba una larga chaqueta de plumón con capucha. No pudo ver bien su cara.

—Esta vía a esta hora es oscura y la cercanía con el parque, parece mentira..., pero es como si trajera consigo piedras pequeñas y troncos para hacernos caer. Es como si los parques de Madrid quisieran tragarse la ciudad, como lo hicieron durante la pandemia del COVID-19. Hasta los pavos reales de El Retiro salieron a las calles.

Eso le dijo la persona. A ella le pareció divertido su comentario.

—No estaríamos tan mal si los parques se comieran a la ciudad. Mejor parques que otra cosa —alcanzó a decir la chica. Eran los parques de las cosas que más le gustaban de Madrid.

La persona sonrió.

Insistió en preguntar si se encontraba bien.

«Es alguien educado, tradicional», se dijo. Cuando estaba pensando eso, la persona le golpeó la cabeza con un pequeño martillo que sacó del bolsillo del abrigo. Ella no se había fijado que su mano derecha permaneció oculta tras la prenda.

La mujer perdió el conocimiento.

Cuando despertó, se dio cuenta de que estaba en una situación aterradora. Deseó que fuera un sueño, una horrenda pesadilla, y gritó. Se clavó las uñas en sus propias manos.

Se encontraba encerrada en un congelador. No podía ver nada, pero sentía el frío y el sonido

del aparato. Además, el olor era inconfundible. Ese olor a «hielo» que comentaba de chica y que solía encontrar en los congeladores repletos de helados.

Lloró y gritó.

«¿Por qué le estaban haciendo eso?».

Ella no conocía a esa persona que la había atacado.

—¡Me confundes con alguien! ¡Yo no he hecho nada para estar aquí! —gritaba una y otra vez.

Lo peor era que no estaba sentada, ni de pie. El congelador tenía unas dimensiones tales que su cuerpo no descansaba; o sí lo hacía, pero sobre sus rodillas. Además, estaba desnuda. La temperatura era mucho menor a diez grados bajo cero.

Intentó sin éxito acomodarse, al menos sentarse, pero las frías paredes del endemoniado compartimiento no se lo permitían. ¡No podía moverse!

Comenzó a sentir dolores musculares en el cuello, en las piernas y la espalda.

Pasó de ciclos de desesperación a calma y resignación muchas veces. Deseaba que alguien la sacara de allí y hasta llegó a anhelar que todo acabara de una vez.

Su encierro duró horas, hasta que comenzó a dormirse. No quería morir, pero sabía que iba a pasar.

«¿Cómo alguien podría ser tan cruel para matar a una persona desconocida?».

Esa fue la última pregunta que se hizo Pía Vallejo antes de desmayarse.

Luego la persona que la asesinó la sacó todavía con vida, y la subió al último piso de una edificación en construcción. Y desde allí la lanzó al vacío.

---

EL CUERPO de Pía Vallejo yacía decúbito supino sobre la mesa de autopsias.

Una persona entró en la sala, con una idea fija en la cabeza, y lo miró.

Eran las tres de la mañana.

EL RESTAURANTE ERA SENCILLO, sin florituras. Un pequeño corredor que iniciaba con el puesto de trabajo de quien recibía a los comensales, y luego una puerta que daba lugar a un salón circular con nueve mesas cubiertas de manteles blancos.

Todas estaban ocupadas. En una de ellas estaba Malta, sonriente.

Se saludaron y Vita se sentó.

Malta tomaba una copa de vino tinto y a Vita también le provocó beber un poco. Sobre la mesa descansaba la botella de un ribera del Duero, llamado Finca Rodma; una producción limitada del año 2019 que según Malta era el mejor vino del mundo

—Cariño mío..., no sabes lo feliz que estoy de haberte encontrado. Ya te lo he dicho. Ha estado mal que nos separemos de esa manera. Sé que fue culpa de Rodrygo. No te caía bien, pero a mí me chiflaba.

—¿Qué hace ahora Rodrygo? ¿Está con alguien más?

—No lo creo. ¿Qué hace? Pues lo mismo de siempre. Trabajar y brillar en su trabajo. Tienes que conceder que era buen estudiante y que su mente es brillante —dijo Malta.

Vita asintió.

—Yo también debo confesarte algo; Renart me caía antipático. No me parecía sincero ni de fiar. Espero que no te importe que te lo diga...

—Definitivamente, no era de fiar —respondió Vita.

—Ves... tengo buen tino. Eso hasta mi madre lo reconoce.

—¿Cómo está Bernarda? —Quiso saber Vita.

Trajo la imagen de la madre de Malta a su cabeza; una mujer de facciones bellas, algo duras; nariz recta y prominente, ojos almendrados, cejas delineadas, labios pequeños, cara ovalada y pómulos definidos. Siempre tuvo el pelo blanco y azulado, además de extremadamente cuidado, ondulado, a los hombros. Fue bailarina y compositora. Una combinación interesante. Vita nunca conoció al padre de Malta.

—Pues muy bien, para los años. Ahora lee como una posesa. Esta, digamos, en una fase filosófica —bromeó Malta y tomó de nuevo la copa de vino.

La noche se desarrolló de forma agradable. Rieron y recordaron su tiempo de estudiantes. Cenaron un arroz socarrat increíble y tomaron dos botellas de vino.

Cuando ordenaron el postre, Vita se dispuso a atacar.

—¿Has oído hablar de la investigación azul? —preguntó sin más.

—¿CÓMO puedes saber sobre eso? Claro que he escuchado algo. Me parece terrible, monstruoso. Eso mancha la reputación de mis compañeros, pero yo creo que en realidad no hay nada o hay poco de cierto. Son leyendas urbanas que se han tejido en los pasillos de la escuela, del instituto y del Departamento Forense.

—Perdona, pero no te sigo. ¿De qué se trata?

—¡Oh...!, pensé que estabas más enterada. Verás, ha habido denuncias, pero yo no las creo, sobre ciertas prácticas sexuales en las salas de anatomía patológica del Departamento, pero, Vita, eso se dice desde que éramos estudiantes, lo que pasa es que, como tú fuiste a Psiquiatría, de seguro no escuchaste nada. Y es que no me entra en la cabeza como, si el sexo es vida, a alguien se le ocurra hacerlo con un muerto...

—¿Por qué azul? —preguntó Vita.

—Pues por el color de la piel de los cadáveres. Se ha dicho de todo... que es un rito de iniciación de los nuevos estudiantes de la especialización, que es un rito religioso de una secta que existe desde que se abrió la escuela, por allá en mil ochocientos algo. Todavía en esa época puede que tuviera más sentido el asunto... Las mujeres éramos todas unas remilgadas, y como sabes, esas salas universitarias estaban llenas de hombres... No lo sé.

—¿Estás diciendo que la investigación azul es una práctica necrófila que ha tenido lugar en el Departamento que ahora diriges en la universidad? —quiso confirmar Vita.

—Estoy diciendo que eso es lo que dicen, pero nadie jamás ha visto nada, ni hay pruebas de que exista o haya existido. Mucho menos de que sea algo histórico. ¿Has visto las películas norteamericanas de leyendas urbanas? Pues para mí, esto es solo una leyenda universitaria forense... o algo así.

—Ya —respondió Vita. No sabía si creerle a Malta o si pensar que le restaba importancia, porque conceder que eso existía, significaba un problema para ella. Algo de lo que encargarse.

—¿Pero a qué viene que desees saber sobre eso? —interrogó Malta.

—No lo sé. Es que sabes que Carlos Grimmer fue mi paciente, y él me dijo algo sobre la investigación azul. Lo que pasa es que eso fue hace tres años y no lo recuerdo del todo. Y también hace poco me pareció leer algo sobre eso y Pía Vallejo... o fue con la muerte de Claudio Fallas... Ahora mismo no lo recuerdo. Y como hemos estado hablando del pasado, lo recordé, a medias —mintió.

—Pues tiene sentido que hayas conectado las cosas, porque me parece que sobre Carlos Grimmer pesaba una denuncia sobre un tratamiento inadecuado en la autopsia de esa chica Pía

Vallejo. Eso decían en los pasillos, porque como sabes, si bien Grimmer trabajaba para los cuerpos policiales de investigación criminal, mantenía contacto con la universidad y dictaba algunas clases. Pero la denuncia sobre él fue anónima y eso le restó valor. Nunca nadie comprobó nada y todo quedó en humo y sombras. Así suele decir mi madre...

Terminaron el postre, una magnífica tarta de queso, y Malta se empeñó en pagar la cuenta.

Ahora Vita comenzaba a tener una idea de por qué Grimmer no quería que se supiera sobre la investigación azul, y por qué necesitaba que Renart detuviera los avances que posiblemente concluirían que él cometía prácticas necrofílicas o que sabía quién lo hacía.

Vita volvió a casa, pensando cada vez más que Grimmer no se suicidó. Alguien que sabía lo que hacía lo empujó al vacío. Cuando ella lo vio afectado en el consultorio, él le habló de Pía Vallejo. Luego ella pensó que su alteración era por la muerte de su amigo Claudio Fallas. Pero pudo estar equivocada, pudo ser lo relacionado con Pía Vallejo lo que lo alterara, aunque no por su muerte, sino porque alguien descubrió su desviación sexual, porque alguien lo viera en la sala de autopsias. Ella intuía que Carlos Grimmer era homosexual o bisexual, y que había desarrollado un sentimiento importante hacia su colega Claudio Fallas. Por eso había mudado la causa de su alteración a la muerte de Fallas, pero quizás cometió un error. Carlos Grimmer pudo haber dejado el trabajo porque abusó del cuerpo sin vida de Pía y alguien se enteró.

¿Renart lo había encubierto para devolverle «el favor»? ¿Había sido Renart quien había enterrado la investigación azul?

De vuelta a casa, llegando al piso en el ascensor, volvió a aparecerse Carlos Grimmer ante Vita.

Ahora estaba desnudo y tenía la piel azulada, pero sus ojos eran rojos.

—Pobre de ti. Nunca sabrás con quién te casaste en realidad. Si crees que soy un monstruo, es porque no conoces la monstruosidad más pura.

Eso le dijo el Grimmer imaginario, quien desapareció al abrirse las puertas de la cabina.

TRANSCURRIÓ UNA SEMANA. Era el día 19 de diciembre.

Vita ya había rentado un consultorio en el barrio Salamanca, pero no el de la calle de Príncipe de Vergara. Pedro la seguía protegiendo; no había ni rastros del hombre de la ermita. Vita comenzó a pensar que nadie intentaría matarla de nuevo.

Comenzaron a llegar pacientes al consultorio; sobre todo jóvenes forenses, e incluso estudiantes de los últimos años de la especialización en Patología. Vita tuvo la impresión de que Malta se había dado a la tarea de alabar su ejercicio profesional. Le estaría haciendo publicidad en el campus. Quizás pensaba que de esa manera la ayudaría a distraerse, a dejar de lado lo que le había pasado.

Todo iba marchando sin contratiempos, pero Vita cada noche volvía a repasar lo que sabía de Grimmer, de Renart. No llegaba a nada. Hasta que esa mañana se enteró de algo que lo cambió todo por completo.

—¿Has visto las noticias esta mañana, jefa? —preguntó Eugenia al tiempo en que tomaba una taza de café—. Es alucinante. De verdad, no sé a dónde vamos a parar...

Vita dejó el bolso de mano donde siempre lo hacía y le preguntó a Eugenia de qué hablaba.

—Ya la leo para ti, la noticia. De verdad, los asesinos debían hacer una tregua ahora en diciembre. La gente trata de alegrarse, de hacer como si no pasara nada, pero sí que pasa... Lo leo... —dijo con determinación.

Entonces buscó en su móvil, se aclaró la garganta y leyó en voz más alta:

—«Ha aparecido en Burgos, en la ribera del río Arlanzón cerca del Arco de Santa María y en pleno corazón de la ciudad, el cadáver de Damián Busto, un joven de veinticinco años. El joven ha sido asesinado, se presume, sometido a bajísimas temperaturas hasta la congelación... Fue hallado desnudo. Yacía a orillas del río y bajo su cuerpo se han hallado no pocas hojas escritas. Parece un manifiesto. Las autoridades no han ofrecido declaraciones hasta ahora. ¿Contará Burgos con una especie de Theodore Kaczynski local?». ¿Quién diablos es Kaczynski? —preguntó Eugenia.

—Un asesino de carácter ideológico estadounidense muy instruido. Se ha conocido como el Unabomber. También fue matemático y filósofo. Enviaba cartas bomba. Era su forma de mostrar su crítica a la sociedad contemporánea. Amenazó a los medios, a los diarios, para que publicaran un manifiesto en el cual plasmaba sus ideas; y de no hacerlo, continuaría matando personas. Al manifiesto lo llamó *La sociedad industrial y su futuro*.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Eugenia.

—Pues sí. Los investigadores del FBI estaban bastante perdidos creyendo que el asesino era un trabajador de un aeropuerto, alguien poco instruido, y terminó siendo un sujeto con un coeficiente intelectual tan elevado como el de ellos y con una sustantiva formación universitaria —completó Vita.

—Igual, un loco de atar —manifestó Eugenia—. Pero continúo, porque la noticia aún no ha acabado: «Damián Busto terminó de manera trágica su vida, así como hace tres años también terminó su vida la que era su novia, Pía Elena Vallejo Sifuentes. Pía fue hallada en las inmediaciones de un edificio en construcción en la zona sur de Madrid. Este diario ha obtenido información de primera mano que apunta a considerar que aunque Vallejo murió a causa de los traumatismos por la precipitación a tierra, antes fue sometida a un tratamiento similar al que causó la muerte de Busto. ¿Es que estos chicos han sido sentenciados por un asesino en serie que hasta ahora ha actuado en la sombra, de manera discreta? Para más perplejidad, en la espalda del chico se hallan escritos con tinta negra los nombres Pía y Carlos...».

Vita se quedó pensando en la noticia que acababa de leer Eugenia. Podía significar que a Carlos Grimmer lo había asesinado la misma persona que antes había matado a Pía Vallejo y ahora a Damián Busto. Las letras en la espalda del joven podían significar un recuento de sus víctimas. Si era así, ella también había estado tan perdida como los investigadores del FBI en el caso de Kaczynski. Podía ser que el asesinato de Grimmer no hubiese sido cometido por alguien que conociera su hipotética práctica necrófila (de la que ni siquiera estaba segura) y que pretendiera vengarse, sino por alguien que, producto de la investigación de Grimmer en la escena del asesinato de Pía, pensara que podría descubrir su identidad. Tal vez Grimmer se acercó demasiado a la verdad peligrosa para el asesino.

Si era así, ella había estado leyendo la realidad de una manera totalmente errada y tuvo razón en su impresión inicial: Carlos Grimmer llegó al consultorio alterado la última vez que lo vio porque halló algo en la escena de Pía Vallejo, algo que lo hizo comprender quién era el asesino y lo hizo sentirse en peligro. Podría ser...

—¿Por qué alguien mataría de nuevo, y al novio de Pía Vallejo, tres años después? —se preguntó Vita para ella, pero lo hizo en voz alta.

—La verdad que esperar tres años para volver a matar es mucho tiempo. Y además, nombra a un Carlos... Podría ser cualquier Carlos. Al menos el nombre Pía es menos común, y como el chico fue novio de esa chica... —razonó Eugenia.

En ese momento la puerta del consultorio se abrió de manera brusca y una mujer entró.

—¿Es cierto que aquí pueden ayudarme? Que saben tratar enfermedades mentales... Yo acabo de matar a alguien.

EUGENIA LA MIRÓ aterrada y dio una exclamación de sorpresa.

Vita intentaba tomar el control de la situación. Rápidamente evaluó a la recién llegada: no parecía fuerte, estaba confundida. Podría tener entre veinte y veinticinco años y vestía con elegancia.

—Soy la doctora Eva Bell. Ahora mismo puedo escucharte unos minutos —le dijo con voz calmada.

—Doctora, necesito hablar con usted. Sé que no tengo cita y lamento interrumpir así, pero es una emergencia. Me da mucha vergüenza decirlo, pero verá usted, acabo de matar a alguien. Sentí un impulso abrumador de empujar a una mujer mientras esperábamos el vagón del metro en Diego de León, y lo hice. Esperé a que llegara el vagón, y aunque algo dentro de mí intentaba detenerme, la empujé. Sin motivo alguno; ni siquiera la conocía.

Vita le respondió con serenidad.

—Siéntese y cálmese. Primero, dígame si logró su cometido. Es decir, ¿la mujer ha muerto? —preguntó.

—No, gracias a Dios. Una persona que esperaba junto a mí me detuvo. No logré empujarla del todo. Ese hombre que me contuvo luego dijo que se había tropezado y que todo había sido un accidente. Pero yo sé lo que realmente pasó, y no fue como él dijo. Intenté hablarle, explicarle, pero se perdió entre la multitud. Ni siquiera puedo recordar su rostro. Tengo la mala costumbre de no mirar a la gente a la cara, como si no fuera importante. A menos que sea alguien muy particular. Hay personas con rostros distintos, esas no se me olvidan tan fácilmente.

—Está bien..., supongo que podrá decirme su nombre.

—Belén Nascita Villanueva. Mi padre fue quien eligió ese nombre, una repetición... «Belén» es un belén, y Nascita en italiano significa «nacimiento». Insistió en ese énfasis conmigo...

—Bien, pero no se lamente por los énfasis. Todos los cometemos. Tal vez esa mujer no estuviera en peligro, y usted creyó lo contrario y solo se tropezó con ella. Es lo más probable: nuestras estaciones de metro son de las mejores de Europa, hay vigilancia, y si hubiera cometido un acto con intenciones criminales, no habría podido llegar hasta aquí.

—Sí. Es posible —reconoció, calmándose de repente y sintiéndose agradecida por la tranquilidad que Vita le inspiraba.

—Venga conmigo a la otra sala, Belén. Allí nadie nos molestará. Ahora permítame dar unas indicaciones a Eugenia.

En ese momento, miró a su secretaria y notó que ya no estaba tan asustada como antes.

—Luego tendremos nuestra conversación sin interrupciones —agregó dirigiéndose a Belén.

La joven obedeció como una niña. Eugenia llamó al paciente citado y le pidió que viniera una hora más tarde. Vita conversó con Belén Villanueva, convencida de que la había ayudado a superar la crisis nerviosa que acababa de sufrir en la estación del metro, una crisis que la llenaba de culpa y la hacía creerse una asesina. Pero también sabía que el efecto de su ayuda sería pasajero.

La chica le habló de una pesadilla recurrente que también había tenido la noche anterior. La pesadilla incluía a su padre y a un novio que, según la descripción de Belén, parecía un sujeto posesivo.

—Siempre me encuentro en un hotel. El espacio se torna desesperante porque yo tengo un problema, pero no sé cuál es. Solo comprendo que es grave. En el vestíbulo no pasaba nada. Parte del problema era que nadie se enteraba de mi contrariedad, y eso me alarmaba. Veía pesimismo en las caras de los desconocidos que me acompañaban, y alegría en los que estaban más lejos. Vi al mismo hombre registrarse en el mostrador una y otra vez. La gente repetía las mismas acciones una y otra vez. También vi a una mujer vestida con un traje de *ballet*. La admisión no significaba realmente nada, solo un rito que con el tiempo deja de tener importancia, aunque nadie se preguntara: «¿Por qué estamos haciendo esto?». Luego comencé a ver humo en la zona de la escalera, junto al vestíbulo. Incluso un niño se habría dado cuenta del peligro, pero ellos no. Seguían tranquilos, como piezas de un mecanismo sofisticado que continuaba con su representación. Alguien dijo que un avión se había estrellado junto al hotel. Llegaron algunas personas, vestidas de rojo, despedazadas, algunas sin brazos, que también iban a identificarse en el mostrador del hotel. El hombre de la recepción llevaba lentes oscuros y redondos. Nadie sabía de dónde habían salido esas personas, y parecían ser peligrosas. Yo veía el fuego propagarse, la gente quemarse sin gritar, sin moverse, como si fuera algo natural. Mi padre recitaba un verso del Apocalipsis que tenía que ver con un cordero. Creo que en lo que decía se resumía lo que sentíamos y lo que realmente pasaba. Y mi novio repetía el verso con mi padre...

—¿Y qué pasaba exactamente? —preguntó Vita mientras se acomodaba en la silla.

—Nada. Es decir, veíamos los cuerpos humeantes por todas partes, pero el recepcionista de los lentes seguía de pie como si esperara a más huéspedes. Detrás de él había una gran jaula llena de conejos y ratones. Luego empezó a salir agua de mar de la puerta principal. Veía las olas chocar con la puerta como si esta fuera un peñasco. Y una mujer gritaba como una profeta enloquecida que, en su desesperación, había perdido el juicio, vociferando que habíamos perdido lo que no fuimos capaces de defender. Yo intentaba gritar, pero no salía voz de mi garganta. Eso me desesperaba. ¡No poder gritar! ¡Eso es horrible! —dijo Belén.

—Has dicho que lo has soñado varias veces. Supongo que has intentado descifrarlo. ¿Qué sientes al despertar? —preguntó Vita al tiempo en que le ofrecía un caramelo a Belén.

Ella lo tomó y luego respondió.

—No lo sé. Me da miedo vivir así, sin acción, sin salvarme. Mi padre dice que soy un barco a la deriva, y que ahora mi novio me ha enderezado el rumbo. Pero no quiero ser alguien que no disfrute mirando el cielo porque tiene el alma muerta. Como si la vida se tratara de usar instrumentos para orientarse, sin saber nada de la ternura. Como si la belleza de las estrellas pudiera robarse, apropiarse. A mí me gustan las estrellas donde están. Disculpe..., a veces soy muy lírica, o poética...

Vita se dio cuenta de que Belén tenía un trastorno grave, un trastorno obsesivo-compulsivo llamado fobia de impulso. Pero era una chica valiente, sensible, atrapada como un pájaro enjaulado. Necesitaba terapia cognitivo-conductual, y Vita sabía quién podría brindársela.

Una vez que la chica se calmó, llamó al doctor Anselmo Vizcaino, el mejor de la clase y ahora un gran psiquiatra especializado en fobias, para que atendiera a Belén.

Llevó a la chica a la calle, detuvo un taxi y la ayudó a subir. Dio la dirección del consultorio de Vizcaino, a pocas calles de allí, y se despidió de Belén, asegurándole que iba a mejorar, porque había sido muy valiente al acudir a su consultorio y decir lo que dijo. Vita comprendía que, en ese momento, Belén necesitaba ese nivel de apoyo y ayuda efectiva. Debía liberarse de las razones que originaban su trastorno, y aunque Vita intuía que la situación en casa y con su pareja no era favorable, no era especialista en fobias. Sin embargo, siempre había sido sensible a la desesperación ajena, y por eso se hizo psiquiatra. Ahora conseguía la misma satisfacción que antes del accidente de Eloise: la de aliviar el sufrimiento, y solo eso quería conservar del pasado.

Antes de volver a entrar en el edificio, escuchó la canción *Jingle Bells*, que parecía provenir de una tienda cercana que vendía adornos navideños.

Ahora sabía lo que debía hacer. Ella tampoco quería tener el alma muerta.

PIDÍO a Eugenia que suspendiera todas las consultas y llamó a Maurice Scott. Le dijo que quería investigar el asesinato de Damián Busto y que hiciera lo necesario para involucrarla en el caso. Además, especificó que deseaba trabajar con su antiguo compañero en el caso de Ávila; el detective Gorka. Ante el asombro de Maurice, insistió:

—No puedes negarte. Me lo debes, por tu culpa casi me matan; y tú lo sabes. Además, podría informar a los medios sobre un sujeto que anda repartiendo cuadernos negros, parte de una organización criminal que ha permeado el Ministerio de Defensa, y que todo esto ha sido mantenido en secreto. No sé si lo sabes, Maurice, pero no me detengo cuando busco algo, y puedo darte muy malos ratos.

Maurice hizo silencio y luego suspiró.

—Está bien, pero no entiendo el interés que puedes tener en ese asesinato... —se quejó.

—Está conectado con el de Pía Vallejo, y lo sabes. Y también podría estar relacionado con el de Carlos Grimmer. Carlos Grimmer sabía algo sobre Renart. Sé que es una locura, pero necesito llegar al final de la cuerda. Además, no es justo que el asesino de esos chicos siga libre, y sabes que soy buena resolviendo crímenes. Eso, entre otras cosas, ha evitado que yo cometa uno.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Maurice antes de resoplar.

—Nada, es solo un decir.

—Entonces, solo quieres hacer justicia... —concluyó Maurice.

—Sí. Hacer justicia es suficiente para mí. Solo así las estrellas permanecen en su sitio para mí.

—Vaya que dices cosas locas, Eva. ¿No habrás vuelto a beber?

—¿Cómo sabes que tenía un problema con el alcohol? —preguntó ella, intrigada.

—Estás hablando con alguien del CNI. Aquí lo sabemos todo —le respondió.

—Bien, entonces convoca a Gorka. Haz lo que sea, pero consigue que venga a Madrid. Le encantará, es ambicioso. Y dile a quien esté investigando el caso en Burgos que iremos a verle y que queremos leer el manifiesto del asesino, el que dejó bajo el cuerpo de Damián Busto. Será lo primero que haremos.

—Ya. Me da la impresión de que cuanto más compleja sea la mente criminal, más combustible genera para tu obsesión por comprenderla y atraparla. Está bien, doctora Bell. Veré cómo invento algo para suavizar la situación en Burgos.

—Algo se te ocurrirá, eres un hombre de recursos.

—Ya... —repitió Maurice Scott, preguntándose si había sido una buena idea contar lo que

contó a Eva Bell.

VITA PENSÓ que no podría quedarse de brazos cruzados durante esa tarde ni aguardar a que llegara Gorka o a que Maurice le diera noticias. Necesitaba ocuparse en algo. Lo primero que se le ocurrió fue averiguar la dirección de Carlos Grimmer. Debía seguir confiando en que él era la clave para saber más sobre la corrupción de Renart y descubrir quién mató a Pía Vallejo, y ahora a Damián Busto.

Quería conocer la dirección de Grimmer para ir hasta allí, intentar colarse y ver qué podía descubrir.

«Vamos, Vita, piensa... piensa bien», se dijo.

Recordó que Grimmer era un hombre al que no le gustaban los cambios, y además, su familia había gozado de buena posición económica décadas atrás. Esto, sumado a su personalidad y el alza de los precios de las viviendas en Madrid, la hacían pensar que Grimmer probablemente seguía viviendo en la misma casa de siempre, la que compraron sus padres o que él adquirió de joven con su ayuda.

Una de las cosas que recordaba de la personalidad de Grimmer era que estaba más orientado a la seguridad que a la libertad, según la clásica clasificación de algunos psiquiatras. Y que siempre se había apoyado en la seguridad que le brindaba su madre y su familia, de cierto abolengo. No sería fácil para él renunciar al nivel de vida que esa familia le ofrecía para vivir con menos comodidades.

Vita no recordaba que en las sesiones él mencionara vivir en pareja. Estaba segura de que vivía solo, probablemente en el mismo lugar de siempre. Al menos, en la casa donde vivía hace tres años, cuando ella lo trató.

Buscó en varios archivos de su ordenador, en los de identificación de sus antiguos pacientes. ¡Allí estaba la dirección de Carlos Grimmer!

Vivía en Rascafría, a cincuenta minutos de la ciudad de Madrid. Ahora estaba más convencida de que debía tratarse de un chalet familiar. No imaginaba a Carlos Grimmer dedicado a actividades agropecuarias, lo cual respaldaba la idea de que la casa había sido construida antes de la legislación vigente, que no permitía la construcción de edificaciones que no tuviesen carácter agropecuario.

Bajó a la calle, detuvo un taxi y pidió que la llevara a la estación de Atocha. Una vez allí, alquiló un coche y se dirigió a Rascafría. Puso la dirección en el GPS del Volkswagen rentado y condujo durante una hora hasta llegar ante una valla de piedra de río, característica de las edificaciones de la zona.

Desde ese lugar no se podía ver nada del interior de la propiedad; solo el muro de piedra y una reja adornada con figuras de hojas de árboles y rosas. Resultaba imponente, pero a la vez desfasada, como representante de una estética recargada y antigua.

El deterioro de la reja era evidente, aunque también lo era que, años atrás, debió ser una entrada imponente para la villa.

Miró hacia arriba en el muro, y se dio cuenta de que había una placa de hierro con unas letras grabadas: Calm House. En ese momento, aquel nombre le pareció aterrador sin saber muy bien por qué. Además, estaba completamente sola y aislada. Por un momento, se arrepintió de haber ido allí. Hacía pocos días habían intentado matarla.

PROBÓ, aunque sin mucha confianza, abrir un gran candado que unía las dos hojas de la reja. Cosa que logró, y lo dejó colgado en una de las hojas. Luego empujó la reja y entró en la propiedad, caminando.

—¡Hola...! —gritó—. ¿Hay alguien?

Una ráfaga de aire helado la recibió. Se cerró el abrigo hasta el cuello y se puso la capucha.

Comenzó a caminar por un sendero donde los matorrales crecían descontrolados. Piornales y enebrales se mezclaban con pastizales de cumbre y algunos roquedos. A lo lejos, veía una casa, pero el lugar parecía estar desierto. Tendría que subir una pequeña cuesta para llegar a ella.

La tierra estaba blanda por el aguanieve. Prefirió andar sobre el pastizal junto al sendero, donde los discretos tacones de sus zapatos se hundían menos. Pensó que habría sido mejor acercarse más a la casa con el coche, pero no lo hizo porque le parecía demasiado intrusivo. Así podría decir que había tenido un problema con el vehículo y que había entrado a pedir ayuda, si es que realmente había alguien en ese lugar.

Después de la ráfaga de viento, todo quedó en calma.

Parecía que la única persona capaz de moverse por allí era ella, aunque de seguro habría animales. Cuando estaba más cerca del edificio, se detuvo para tomar aire. Se había cansado. Pensó que estaba exigiendo demasiado a su cuerpo y que aún no estaba del todo recuperada.

Vio una araña en una tela inconclusa entre dos ramas de un pino silvestre. Estaba inmóvil, pero el ruido de su zapato la alertó, y se movió lentamente. Le pareció inmensa. No le gustaban las arañas, y recordó una pesadilla de su infancia con una araña violinista. Su tío Vicente las fotografiaba, y exponía su obra en Madrid, pero para Vita, de niña, eran simples monstruos. Había algo atrapado en la red pegajosa, entonces la araña se deslizó sin prisa hacia su presa a través de la brillante tela que goteaba agua.

Vita olvidó sus miedos infantiles y continuó el camino. Aquel hallazgo le indicó que el lugar era poco transitado, donde la vegetación y la fauna se desplegaban libremente. Si Grimmer vivió en esa casa, y solo, tal vez hacía mucho tiempo que no daba un paseo por ese sendero.

Llegó a la edificación y se detuvo.

La casa conservaba una belleza que le pareció dormida. No le desagradaba, a pesar de su estado.

Vio un juego de sillas de hierro junto a una fuente y una escultura de una mujer de piedra, cerca de donde iniciaba un área boscosa de robledales.

Comenzó a nevar.

En ese momento su móvil sonó.

SACÓ EL MÓVIL.

—Hola, Eva —dijo Gorka Lavín, el agente de homicidios que había conocido en el caso de los asesinatos de Ávila.

—¿Cómo te va, Gorka? Veo que ya te ha llamado Maurice Scott.

—Sí. Ya voy camino a Madrid —respondió.

Vita notaba la emoción en su voz, aunque él intentaba disfrazarla un poco. O al menos, eso le parecía a ella.

—No sé cómo logras hacer eso...

—¿Hacer qué?

—Que Scott haga lo que quieras. Me dio la impresión de que todo esto ha sido idea tuya. Pero a mí me parece genial. Desde la muerte de..., ya sabes, no ha pasado nada aquí en Ávila. Me estaba volviendo loco.

—Ya me lo imagino —confesó Vita. Sabía que Gorka necesitaba acción para brillar, y era difícil que la encontrara en la ciudad amurallada. Alguien como Gorka debía estar en un lugar más denso, donde los asesinatos fueran más frecuentes, aunque eso sonara algo desalmado.

—Llamaba para decirte... para darte las gracias. Sea lo que sea lo que signifique una gran influencia sobre Scott, es cosa tuya, y podrías haber ideado el plan sin mí. Entiendo que debemos hablar con los encargados del caso de la muerte de Damián Busto en Burgos. Ya me explicarás mejor qué es lo que te traes entre manos —exclamó.

—Mañana te veré en la estación de Chamartín a las siete de la mañana. Te explicaré todo —mintió.

Le contaría sus ideas sobre el asesinato de Grimmer y Pía, pero, por supuesto, no sobre la relación que intuía entre Grimmer y Renart. Y mucho menos le hablaría de la corrupción de quien fue su marido.

Gorka se despidió y colgó.

Escuchó de fondo una música que le pareció estridente. Imaginó a Gorka conduciendo su coche, el que heredó de su padre, a todo gas mientras escuchaba música.

Sonrió. Gorka Lavín era un buen compañero para ella, con una personalidad opuesta a la suya, lo cual resultaba refrescante. Debido a sus diferencias, no tenía que comparar su lógica con la de Gorka, ya que jamás verían las cosas de la misma manera. Lo que podría parecer una batalla perdida se convertía en un desafío que le hacía ver nuevos puntos de vista y la ayudaba a avanzar. Gorka alimentaba su pensamiento con nuevas asociaciones de ideas, lo que no solo

provocaba la aparición de personajes de ficción, sino que también la sacaba de su zona de confort.

Siguió su camino.

Una ráfaga de viento helado volvió a azotarla. Hizo una pausa, esperando a que pasara. Observó cómo se movían las ramas y las copas de los pinos a su lado. Luego se detuvieron. La nieve caía.

Miró hacia atrás. Le pareció escuchar un ruido, pero no vio nada.

—¡Hola! ¡Por favor! He tenido un problema con el coche. ¿Hay alguien? Me he quedado sin batería en el móvil —justificó, y continuó hacia la puerta principal de la villa.

VITA observó el edificio de tres pisos, calculando que tenía más de quinientos metros. Estaba en una parcela de más de cuatro mil metros, con una piscina abandonada, zona de barbacoa, pista de tenis, invernadero y una arboleda, donde una escultura marcaba el inicio. Desde allí se veían los picos más altos de Peñalara.

Era imposible que alguien estuviera allí. Ya la habrían escuchado. El estado de deterioro de la villa indicaba que Grimmer no vivía allí. Su viaje había sido en vano.

Aun así, tocó a la puerta y esperó. También pulsó el timbre que había junto a la puerta de madera reforzada con vigas de hierro. Solo se oía el viento. Dio unos pasos y miró a través del cristal hacia adentro de la villa.

La planta baja parecía ser para zonas comunes: un salón con una gran chimenea de piedra, un suelo de baldosas de barro y techos con vigas. Vio una escalera que subía y una puerta que daba al *parking*.

Rodeó el edificio y miró por un ventanal cerca de la piscina abandonada. Vio el comedor y una sala de juegos con una mesa de billar, otra chimenea y una armadura. La sala de juegos conectaba con una pequeña escalera.

Todo estaba cubierto de polvo. «Definitivamente, ni Carlos Grimmer ni nadie vivía aquí», pensó.

Llegó a la parte trasera y encontró un pabellón con varios garajes. No había coches ni señales de uso reciente.

De repente, creyó oír algo. Se dio la vuelta y miró hacia el bosque. Pensó que sería un corzo. Entonces la vio. Una mujer vestida de negro y muy pálida salía del bosque y se acercaba. Vita sintió un escalofrío y una presión en la cabeza, justo donde tenía la herida. Se sintió como una intrusa.

—Hola, he tenido un problema con el coche... —dijo—. Fui amiga de Carlos Grimmer, su psicóloga hace un tiempo. Recordé que esta es la casa de su familia, porque una vez estuve aquí... —mintió.

La mujer se detuvo apenas a dos metros de Vita. Últimamente tenía problemas para distinguir entre los personajes de ficción y los reales, pero esa confusión duraba unos segundos. Aunque la mujer parecía sacada de un cuento fantasmagórico, sabía que era real.

—Usted no puede ser amiga de ese monstruo —respondió la mujer con una voz firme, acercándose más.

—En realidad, no fui su amiga..., pero sí tuve el problema que le mencioné.

Vita notó la desconfianza en su rostro.

—¿Por qué dice que era un monstruo? —preguntó.

—Soy Anna Burke, vecina de los Grimmer. Mi casa está a pocos metros, siguiendo un sendero más pequeño entre los abedules. La vi llegar, y hace tiempo que nadie viene por aquí. Por eso me acerqué. Tal vez yo pueda ayudarla.

—Es muy amable. Me enteré de lo que le pasó a Carlos Grimmer, pero como vivió aquí hace tres años, pensé que tal vez habría alguien que pudiera ayudarme. Me temo que estoy siendo inoportuna.

Vita intentaba parecer un tanto insensata.

—Ese hombre no se suicidó. Alguien como él no lo haría. A ese monstruo lo mataron.

—¿Por qué dice eso?

—Porque los muertos me lo han dicho. Tengo una conexión profunda con las almas de las víctimas. De todas las víctimas de Carlos Grimmer. Lo quiera o no, y créame que muchas veces he deseado lo contrario, mi vida y la de esas almas se han fusionado en esta casa. También en el bosque.

—ME GUSTARÍA HABLAR UN MOMENTO. Podemos entrar en la casa. Tengo la llave. El propio Grimmer me las dejó cuando se fue a la ciudad. Hace mucho frío aquí... —dijo la mujer.

Vita no sabía qué pensar. La mujer le desagradaba, pero podía ser una fuente de información.

—Sí, me gustaría entrar —se limitó a decir.

La extraña tomó la delantera y se dirigió a la puerta principal. Sacó unas llaves del bolsillo de su traje y la abrió. Entraron.

A pesar del tiempo sin habitar el lugar, era hermoso, con una belleza antigua, clásica y sencilla, sin excesos. Llegaron al salón que Vita había visto desde afuera, pero allí resultaba diferente. Se sentaron en las sillas del comedor, que Anna Burke consideró menos empolvadas que las del salón, porque, según ella, a veces se sentaba en ellas cuando venía a dar vueltas por la propiedad.

—Cada casa ha sido el hogar de una víctima o de un asesino. Tales temores o intenciones quedan en las paredes. Pero los fantasmas que habitan en las casas son un problema; no sabemos, hasta que actúan, si son asesinos o víctimas. Pueden sufrir ataques de pánico justo detrás de nosotros, o desear frenéticamente matarnos. En el mejor de los casos, solo nos observan, pero algunos de nosotros también podemos verlos —dijo Anna Burke con voz sombría.

Vita la miró, pensando que debía irse. Esa mujer parecía una fanática convencida de los fantasmas. La observó mejor. Tendría más de sesenta años, cerca de setenta. Debió haber sido muy hermosa, aún lo era. Su palidez y sus labios finos, casi delgados, destacaban, al igual que sus ojos grises. Le intrigó.

—¿Siempre ha vivido aquí? —preguntó Vita.

—No, no soy de aquí. Mi familia, mis bisabuelos, sí lo eran. Vine buscando nuevos aires. Soy profesora universitaria retirada. Fundé la cátedra de Estudios Perceptivos en la Universidad de Virginia. Llegué aquí hace cinco años, antes de la pandemia, y me quedé en la casa de mis antepasados. He podido escribir, meditar... y percibir. Esta casa conjuga muchos de mis intereses. Carlos Grimmer también lo hacía.

—¿Sabe dónde vivía? Quiero decir, su última dirección...

—Usted no ha tenido un problema con el coche. Está buscando respuestas. Quiere descubrir quién lo mató. ¿Está relacionada con alguna de las personas a las que él hizo daño? —preguntó, mirándola con agudeza.

—TIENE RAZÓN. Le he mentado, pero no del todo. Traté a Carlos Grimmer, hace tres años, cuando todavía vivía aquí. Supongo que heredó la casa de sus padres. Me interesa su muerte porque, como usted, creo que no se suicidó, sino que alguien lo empujó al vacío —confesó.

Anna Burke asintió, complacida.

—¿A quiénes perjudicó Carlos Grimmer? —preguntó Vita.

—Sabe, aquí he visto arañas que creo son venenosas. Esta casa estaba llena de veneno, pero no del común, sino uno latente. Le va bien su nombre... Carlos Grimmer era un hombre tóxico, pero débil. En mi familia siempre se dijo que los Grimmer, su padre, su abuelo, y más atrás, eran hombres autoritarios, incluso sádicos. Carlos Grimmer, en cambio, parecía un ratón asustado. Usted sabe más de eso que yo, porque la psiquis humana no es mi especialidad.

Hizo una pausa.

—La crueldad aquí, la falta de reciprocidad, se ha tomado tiempo, se han tejido las redes. Nadie sabe lo que padeció Carlos Grimmer, pero se convirtió en un hombre con un lado oscuro que lo torturaba, y por eso al final parecía un conejo asustado. Creo que alguien lo capturó, un ser dominante que vio que era moldeable. No podía controlar una pulsión: lo vi masturbarse viendo fotografías de cadáveres, de chicas jóvenes, casi niñas. Aquí, en ese salón. Este lugar apartado, heredado, casi tragado por el bosque, era su cámara de los horrores. Al menos aquí no ejerció violencia física contra nadie, de eso estoy segura. Pero tenía un cómplice, porque una vez proyectó en esa pared un video de él teniendo sexo con un cadáver. No vi la cara de la chica, por si lo pregunta. La cámara parecía fija, pero al final noté que se movió.

—Es decir, alguien filmaba —concluyó Vita.

—Así es —confirmó Burke.

—¿Por qué no lo denunció? ¿Por qué no hizo algo? —le preguntó.

—Porque lo espiaba.

—Ya, pero que la acusaran de merodeadora era menos grave que dejarlo seguir abusando de esos cuerpos —replicó.

Pero luego comprendió lo que Anna Burke había pensado.

—No lo denunció porque previó el futuro, no con habilidades psíquicas, sino racionales. Sabía que era un hombre enfermo, atormentado, y que tarde o temprano moriría. Esperó que eso ocurriera. Seguro fue usted quien se ofreció a cuidar esta casa, para tener control sobre ella. Diseñó su propia investigación; lo tenía todo: el espacio, y al hombre que, al morir, según sus creencias, quedaría atrapado aquí. Nunca escaparía, y usted podría registrar su presencia. La de

un hombre retorcido. ¿Es así?

—Era una oportunidad única —reconoció Anna Burke, desenmascarada.

Vita la miró con otros ojos. Ella era una mujer sin escrúpulos, capaz de ocultar algo grave para sus propios fines. Y de alguna manera, Carlos Grimmer había sido su criatura. En su mente, esa mujer pálida con su traje negro de encaje se transformó en una tarántula, en la araña violinista de su infancia.

¿Había sido Anna Burke capaz de asesinar a Carlos Grimmer para cumplir su cometido?

—¿SIRVIÓ para algo su silencio? —preguntó Vita con un dejo de desprecio.

De repente, comprendió que esas sillas estaban desempolvadas porque era allí donde Burke se sentaba, esperando percibir algo en la casa de Carlos Grimmer.

—He percibido ciertas cosas, pero aún no he terminado de escribir mis descubrimientos. No le comentaré en qué consisten. Sin embargo, veo que su interés es la justicia, y yo también creo que un hombre con las características de Grimmer hizo daño a algunas personas. Puedo mostrarle algo que le interesará: pertenencias de Grimmer de cuando era joven. Creo que las olvidó aquí, o al menos, no las echó en falta, y por ello pude estudiarlas. Sus pulsiones y manías fueron producto de su infancia en esta casa. Desarrolló una obsesión amorosa por dos personas; la primera, una chica llamada Natalia cuando era un adolescente enfermizo y callado, y escribía. Se escribía cartas a sí mismo. Y luego de mayor, por un hombre llamado Renart.

Vita sintió un frío en la cabeza. El pasado de Carlos Grimmer se empeñaba en mezclarse con el suyo.

—Encontré algunos escritos. Tal vez quiera leerlos. Son de hace muchos años, pero le ayudarán a entender mejor cómo era Grimmer y quizás quién lo asesinó. Supongo que, si lo trató, ya tiene un diagnóstico, pero esto podría aportar más.

—Me gustaría verlos —dijo Vita.

—No se los entregaré. En la ciencia en la que me especializo, el contacto con los objetos es central. No sé si lo sabe, pero la materia es la clave. Las biomoléculas que quedan en la atmósfera generan caos, anomia, y esto se adhiere a los objetos... Le enviaré por correo electrónico las imágenes que he registrado de los escritos, cuando llegue a casa. También le enviaré la dirección del piso al que Carlos Grimmer se mudó hace pocos meses —concluyó Burke.

Vita quería ahondar sobre qué diablos pretendía esa mujer encontrar en esa casa. ¿De qué servía guardar un secreto como aquel de las prácticas sexuales de Grimmer? Pero lo dejó pasar, no le interesaba ese campo de estudio. Lo que Burke dijera le parecería dudoso. Intuía que haber descubierto a un vecino tan oscuro como Grimmer, y el peso que esa casa tuvo en su crianza, a ella le pareció el mejor laboratorio para estudiar su fantasma. Esa mujer había esperado pacientemente a que Grimmer muriera, cuidando la casa, y ahora la tenía a su disposición.

—¿Lo ha sentido? ¿El espíritu de Carlos Grimmer? —preguntó más por curiosidad que por creer en lo que diría la mujer.

—Sí. Ahora mismo está aquí con nosotras..., pero tiene miedo.

—¿De qué?

—De usted.

—POR ESO LE he dicho que entrara. Desde que la vi, el ambiente cambió. ¿Qué sabe usted de Carlos Grimmer? —preguntó Anna Burke.

—No sé nada. Solo que tenía fobia a la destrucción de su propio cuerpo, a sangrar, y no creo que se haya lanzado voluntariamente —mintió Vita.

Luego le dio su dirección de correo electrónico a Anna Burke, y salieron de la casa.

Afuera, Vita caminó junto a la mujer hasta la parte posterior de la villa, donde pudo ver la escultura que antes había llamado su atención. Burke lo notó.

—A veces tenía una fascinación por esa escultura. De hecho, me ofrecí a supervisar unas obras porque había que reparar el piso de la piscina y parte del jardín. Grimmer me pidió con un inusitado interés que vigilara que no le sucediera nada a la escultura mientras removían tierra a su alrededor.

Eso llamó la atención de Vita.

—Quisiera acercarme —dijo Vita con cautela. No quería que Anna Burke, a quien consideraba observadora, inteligente y perspicaz, notara un exagerado interés de su parte.

—Acompañeme —respondió Burke.

Las dos mujeres se encaminaron a la escultura de piedra. A medida que se acercaban, Vita notó que la figura perdía nitidez. Era como si se percibiera mejor desde lejos, tal vez por la superficie porosa de la piedra o porque el escultor había querido ese efecto, como un cuadro impresionista: borroso de cerca, nítido de lejos.

Al llegar, Vita notó una lámina de metal dorado con una inscripción, y algo que alguien había escrito de forma improvisada, rayando la superficie bajo el nombre del autor. Pudo leer las letras y dígitos «RAJCA- 1991». En letras moldeadas, se leía detrás «José Miguel Grimmer 1987».

«¿Qué significan esas letras...?», se preguntó Vita.

Luego hizo la misma interrogante en voz alta.

—No lo sé. Lo he pensado mucho...

De repente, Vita lo comprendió. Era una suerte de epitafio. ¡RAJCA-1991! Ese era el año de la muerte del hombre al que ellos debieron matar por accidente. Y así, cada letra cobró un nuevo sentido para ella.

¡RENART, Agustín, Javier y Carlos! ¡Ahí estaba la explicación de aquellas siglas!

Todo encajaba: el apoyo incondicional de su familia, el año y, sobre todo, aquel comentario acerca del cuerpo que descubrió en el móvil oculto en el guante. En ese lugar debía estar enterrado el hombre que asesinaron, cazando en Campo de Montiel.

Vita salió de la villa, tomó el coche y llamó a Maurice. Le explicó lo que pensaba: que Renart y sus amigos mataron por accidente a un vagabundo que acampaba cerca de la zona de caza. Pero Grimmer, como lo describió Burke, era temeroso. Aunque los otros implicados pensaron que se deshicieron del cuerpo en las cercanías de Campo de Montiel, Grimmer, precavido, debió recuperarlo y enterrarlo a los pies de la escultura en su casa. Así se quedaba con él, como un salvoconducto, o incluso como un medio para chantajear a alguno de ellos si era necesario.

Grimmer debió comprender desde muy joven que sus deseos se apoderarían de él y que siempre era útil tener un secreto inconfesable sobre los otros. O tal vez pensó que el cuerpo estaría más seguro en su casa. Si lo que decía Burke era cierto, y Grimmer tenía un vínculo amoroso con Renart, pudo haber llevado el cadáver a sus dominios para proteger a su amado.

Maurice dijo que se encargaría, y aunque quiso hacerlo, no preguntó cómo diablos Vita se había enterado del sepulcro de aquel hombre llamado Magnus.

Vita volvió a Madrid. No veía la hora de leer lo que Anna Burke había encontrado sobre Carlos Grimmer. Media hora después de salir de Calm House, llegó a su correo el mensaje de Anna Burke junto con la dirección reciente de Grimmer.

Los veinte minutos hasta llegar a casa se le hicieron eternos.

Cuando al fin entró a casa, se lanzó al sofá y leyó las cartas de Grimmer: una dirigida a una niña cuando tenía trece años, y otra, a Renart. Sabía que nunca las había enviado. Eran más bien una fantasía, una confesión del amor que lo movía. Estaba segura de que Grimmer jamás le había confesado sus sentimientos a Renart. Al menos, eso estaría dispuesta a apostar.

*Escrito de Carlos Grimmer (1984)*

*Si un hombre dormido pensara sin darse cuenta,  
el hombre dormido y el despierto serían dos personas,  
ya que cuando el alma duerme, podría, separada del cuerpo,  
ir a otro cuerpo que esté dormido sin alma.  
John Locke*

*LA PARED PUEDE SER el mundo. Una superficie blanca y la nada aparente, y dentro, ellos moviéndose... la vida puede estar dentro de una caja de regalo, y yo he sido muy afortunado al recibirla. Hablo del proyector de películas, pero ya te contaré. Cuando mencioné eso, capté tu atención, y me preguntaste cómo había podido salvarme viviendo en esta casa. No pude responderte porque nos interrumpieron. Ahora he decidido contártelo, en secreto. Ha sido un regalo que me permite soñar en las paredes. El proyector Pathé Baby que Camila me regaló, y varias películas de inicios de siglo. Aunque no he viajado, guardo viajes de una manera que nadie podrá quitarme. Lo que sucede en las paredes es como si sucediera de verdad. Uno puede estar donde no está, y esa magia tiene un enorme poder sobre mí.*

*Todo fue gracias a Camila, mi cuñada. No viviré lo suficiente para agradecerle haberme salvado. Bernardo, mi hermano mayor, se casó con ella hace dos años. ¡Es maravillosa! Hasta quería que me fuera con ellos a París de vacaciones, pero aquí en casa lo prohibieron. Ni siquiera ahora, que ya he cumplido trece años, me permiten mi propio espacio. El argumento de mi padre es que no esté tanto tiempo fuera de casa. Sus razones nunca son válidas para nadie más que para él mismo. Esta casa siempre ha parecido una exposición permanente de sus hazañas, por muy crueles que sean.*

*No creas que no me pregunto cómo es posible que yo piense tan diferente. Tan distinto a ellos, a todos. ¿Cómo es que me asfixio en este lugar tan lleno de calma y que ellos valoran tanto? Por eso me atreví a escribirte. Porque en menos de dos minutos, planteaste la pregunta que llevo haciéndome desde hace mucho tiempo. No creas que, por tener trece años, no soy capaz de pensar con claridad.*

*Esta casa está apagada. Está llena de censuras y secretos inconfesables. Pero hay uno que la domina; una obsesión que lo cubre todo. Aquí las personas no somos personas. En pocas*

*palabras, te aseguro que esta casa está llena de asesinos. Creo que por eso levantaron ese muro de piedra tan alto entre nosotros y el resto del planeta. No para protegernos, sino para que nadie se entere de lo que somos.*

*Por ejemplo, han asesinado mi optimismo muchas veces. Sobre todo, cuando oigo a mis padres decir «deja de fantasear». Parece que las fantasías son sinónimo de aberraciones. La vida sin imaginación es como estar muerto, pero ellos nunca lo supieron. ¿No has pensado que la muerte puede ser más sencilla que la vida? (Esa frase no es mía; la leí en algún lugar). Me parece horrorosa la vida que llevo aquí. Y me aterra pensar como Simón, mi padre, de una forma tan cartesiana e hipócrita a la vez. Pero algunas veces temo que no podré escapar a ese destino y que de mayor seré un monstruo como él.*

*Puedo confesarte que mis peores pesadillas, que se repiten con preocupante frecuencia, consisten en que voy a besarte y me dices que me detenga, hablando como mi padre. No despierto tranquilo, ni mucho menos. Sudo, tiemblo y hasta grito. Incluso ahora sigo teniendo esos sueños espantosos; revivo tu desprecio. Pero entonces —y aquí viene lo peor—, sueño que te conviertes en Simón y eres de los seres de esta casa, de Calm House. Los he soñado como seres rojos, de una especie de familia primitiva. Vampiros, o algo así, que se alimentan de mi sangre. Ya no eres esa «chica azul», como sabes que te llamo, sino una chica roja horrible.*

*No te escribo solo para contarte cosas malas. ¿No tienes a veces la impresión de que alguien más está viviendo tu vida mientras tú duermes el sueño tranquilo con los muertos que sí te quieren? He soñado muchas veces que mueres, y que muerta, te beso para que me acompañes sin que nadie en esta casa lo sepa. Sobre todo Simón. Tú y yo, solos.*

*Escrito de Carlos Grimmer (1991)*

*EL DESIGNIO de ser felices es irrealizable. Aun así, no lo abandonamos.*

*Tú sabes de quién es esa idea y yo también. Tú y yo sabemos muchas cosas que nadie más conoce. Tú, Renart, me debes mucho. Y gracias a ti he encontrado la manera de ser feliz. He sentido mi corazón detenerse, para luego volver a latir. Porque las personas no somos lo que se ve, sino lo que pensamos al tomar decisiones. Y yo siempre decido igual: enamorarme de alguien imposible. Eso pensaba de ti.*

*Pero entonces sucedió el milagro. Te hablé de los abusos de Simón, del silencio. Cuando conocí a Natalia, creí haberme enamorado, pero estaba confundido. Contigo me he perdido en un nuevo mar de pensamientos y en las olas de tus palabras. Has dicho cosas espléndidas en la montaña. Dices tanto y lo dices todo. Tus ideas son mías, como frutos mordidos que llevo dentro. Como si al principio el universo hubiese alineado mi pensamiento con el tuyo, Renart. No querré dejar de oírte jamás. Me habría quedado allí para siempre, en aquella montaña junto a ti, aunque no supieras lo que siento. Y es que el otro hombre que vive en mí es tímido y no sabe cómo expresar la marea que experimento, que me golpea. Solo me quedo allí mirándote, detenido.*

*Recuerdo cuando dijiste que una forma de ganar es adelantarse a los planes que otros hacen y producir un camino propio. Por eso tu secreto —nuestro secreto— está bien guardado conmigo, y si alguno de ellos, o Javier o Agustín, intenta romper el pacto, estaré de tu parte. Ya no lo encontrarán. He tomado todas las previsiones. Las crueldades de Simón también han sido grabadas, por lo cual me ha ayudado, y nadie sabrá sobre los restos de ese hombre.*

*Algunas veces creí que pronunciarías unas últimas palabras de despedida, que para mí serían como navajas. La separación temida ganaría el duelo frente a este nuevo espíritu infantil que resurge de entre las cenizas cuando estoy contigo. Hasta hace poco, desde Natalia, solo soñaba con cuerpos sin vida. Soñaba con cuerpos azulados, apenas cubiertos por una fina epidermis sobre un cúmulo de huesos fríos. Pero ahora pienso en tus músculos devorados por el fuego. Mi fuego. El que aparece cuando se reconoce a alguien con quien siempre se ha soñado. Pareces tener adentro toda la fuerza del amor y del odio mezclados en una potencia destructiva, y eso me trae de cabeza.*

*Esperaba idiotizado mi propia destrucción, tu desinterés, tu aburrimiento, pero la suerte me sonrió con el accidente de ese hombre. Ahora me debes algo y todo. Ahora estamos unidos para*

*siempre, Renart.*

ESTABA CLARO. Carlos Grimmer se había enamorado de Renart cuando era joven. Y ocultó el accidente en el que mataron a ese hombre sin hogar. Sus huesos estarían en Calm House, bajo la escultura. Además, Grimmer manifestaba desde siempre aspectos patológicos y necrofilia, posiblemente como un mecanismo de defensa ante lo que debió haber vivido con su padre en su casa.

Eso pensó Vita.

También pensó que no había detectado nada de eso durante las sesiones hace tres años. Carlos Grimmer había aprendido a ocultar muy bien su verdadera naturaleza.

Quizás también se enamoró de Claudio Fallas. Después de todo, sus sentimientos por Renart eran de hace más de treinta años. Lo cierto era que los rumores sobre el abuso de cuerpos sin vida en el Instituto Forense eran verdaderos, y alguien debió enterarse. Alguien mató a Grimmer muy posiblemente por eso. Pero la muerte de Pía Vallejo seguía sin aclararse, al igual que la de Damián Busto. Busto también estudió unos años de Ciencia Forense. ¿Y si hacía lo mismo que Grimmer? ¿Y si la relación con Pía se debe solo a que fue víctima de actos necrofílicos y su asesino no tiene nada que ver con esto? Es posible que quien se vengó de los abusos de Grimmer tuviera también algo en contra de Damián Busto, y por ello deseara establecer una relación entre las tres muertes, para que quienes estudiamos el caso sepamos que todo está relacionado.

Vita pensaba en todo esto, con las ideas abalanzándose unas sobre otras. Estaba confusa y comenzó a dolerle la cabeza. Recordó los mensajes entre Renart y Grimmer. Había algo impersonal, frío. Lo que fuera que unía a Grimmer con Renart debía haberse esfumado hace tiempo. Pero los escritos de Grimmer la ayudaban a entender por qué alguien podría haberlo matado.

Faltaba descubrir qué papel jugaba Damián Busto en todo esto.

Esa noche, Vita durmió de manera intermitente.

El encuentro con Anna Burke había sido inquietante. No estaba segura de si se encontró en Calm House con una asesina. ¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar para contar con un laboratorio del espíritu de un hombre retorcido que vivió en esa casa?

De repente, sintió pena y asco por Carlos Grimmer. Lo imaginó como un chico tímido y romántico, maltratado por su padre, menospreciado. Un chico que soñaba con escapar metiéndose en las imágenes que proyectaba en la pared el proyector que su cuñada le regaló.

Esa mujer, Camila, ¿seguiría viva?

Por otro lado, penetrar a una chica muerta era la muestra del estado de la psiquis del forense.

Tal como él lo relataba, besar un cuerpo muerto le hacía pensar que se encontraba en una perfecta comunión con otro ser. Si estuviese vivo, se sentiría despreciado. Por eso de joven soñaba con besar a Natalia muerta, y como adulto saciaba sus apetitos penetrando cadáveres. Tal como él lo dijo, no se libró de ser un hombre doble con una cara pública y una muy retorcida oculta.

Pero era un hombre débil, maleable. Esa impresión sí que la tenía de los años del tratamiento. ¿Es que el asesino había sido el último amor de Carlos Grimmer? De ser así, ¿se trataba de un hombre que se ganó su confianza y luego lo empujó al vacío?

Tal vez valía la pena buscar mejor entre los familiares, amigos o novios de Pía Vallejo. Suponiendo que solo con su cadáver practicó esas actividades. Tal vez lo hizo con muchas otras. Así que no sabía hacia dónde mirar.

Por otro lado, de repente estuvo segura de que no encontraría nada de valor en la casa de Grimmer. Si fue asesinado, como ella creía, el asesino sacaría de su casa lo comprometedor. Lo que había hallado Burke se había salvado porque se quedó en Calm House. Además tenía que ver con el pasado, no con el presente reciente.

¿Dónde estarán los otros dos cómplices? Agustín y Javier.

Eso se preguntó.

LA ESTACIÓN DE CHAMARTÍN estaba a reventar.

Muchos viajeros se movían por entre los andenes. Nadie tenía tiempo de detenerse. Unos chicos reunidos y riendo cambiaron el ambiente en el área de espera, donde se veían las pantallas con las llegadas y salidas de los trenes.

De repente, los murmullos cesaban como por arte de magia, para luego elevarse de nuevo hasta un pico donde las voces se escuchaban claramente.

Vita se detuvo cerca de la puerta número dos. Aguardó. Entre la multitud, reconoció a Gorka. Él se acercó a ella.

—Doctora Eva Bell. ¿Cómo estás? —Fueron sus palabras.

Vita lo vio más delgado.

—Hola, Gorka. Me alegra verte.

Si Gorka se sorprendió por la apariencia de Vita, lo disimuló muy bien. Ahora llevaba un gorro negro discreto que cubría su cabeza, pero era evidente que había perdido su melena.

Gorka sabía lo que le había pasado a Vita y lo lamentó mucho cuando se enteró.

—Y a mí. Veo que estás muy bien —añadió.

—Sí. No han podido quitarme de en medio —dijo ella con aire de victoria.

Ambos sonrieron. En ese momento, el tren que debían abordar llegó, y los dos empezaron a hacer fila para luego pasar a los andenes.

Vita escuchaba varias conversaciones a su alrededor mientras esperaban en la fila. Mientras tanto, Gorka revisaba algo en su móvil.

—Yo es que no sé qué pasa. Lo del chico en el parque ha sido espantoso. Y nadie hace nada, es un despropósito... —lamentaba una voz femenina.

—Vaya que hace un frío polar. No quiero imaginar enero... —comentó un hombre.

Un bebé lloraba.

—Es que si no se disuelve ese partido pronto, toda Europa caerá en esas fauces. La verdad es que uno ya no sabe qué pensar. Es como si la barbarie volviera a brillar —expresó una mujer, que por su timbre de voz parecía ser mayor.

—¿Has jugado el nuevo...? —preguntó un chico de voz aguda. Alguien le respondió algo que Vita no logró entender.

Los juegos salvan a algunos, la imaginación... la fantasía.

—Perra... Ahora cuando te das cuenta de que algunos solo tenemos eso y nada más. No sé cómo Renart pudo pasar años a tu lado. Eres una mujer aburrida y frígida.

No tenía que adivinar. El personaje de Carlos Grimmer había aparecido, y estaba detrás de ella en la fila para embarcar el tren con rumbo a Burgos.

SUBIERON AL VAGÓN NÚMERO SIETE.

Una vez acomodados, Gorka le preguntó si había alguna novedad sobre Damián Busto.

—No. Solo lo que ya te dieron en el reporte. ¿Por qué lo matarían tres años después? Quiero decir, primero a su novia, hace tres años, y ahora a él.

—Y a Carlos Grimmer. Es extraño. Es como si tal vez hubiesen descubierto algo que obligó al asesino a matarlos.

—Claro. Algo que hace tres años no sabían. Es posible —asintió Vita.

Luego le contó a Gorka lo que Anna Burke le había dicho sobre Grimmer, aunque no mencionó los escritos.

—¡Vaya tela! Menos mal que no te acompañé a ese encuentro. Ya tenemos suficientes locos, ¿no crees?

—Es posible. Pero me parece que ella es muy observadora. Es como si cayera en su propia trampa: observa, y lo que capta su mente lo explica en forma de intuición atribuyendo al espacio, al ambiente y a los objetos ciertas características. Y a ella misma, capacidades sensoriales y extrasensoriales. Pero en el fondo, las respuestas están en su pensamiento y en su cerebro. A mí me pasa algo similar.

—¿A ti? ¿Es que también crees en eso que están desarrollando en la Universidad de Virginia?

—¡Oh, no! Pero cuando mi hija murió, comencé a escribir novelas. Y desde hace un tiempo algunos personajes de ficción me abordan para decirme cosas que mi mente quiere comunicarme. Personalizo los mensajes que quiero darme con la imagen de seres ficticios.

—Espero que no enloquezcas, Eva Bell. Me caes bastante bien tal como eres, no loquita —reconoció Gorka con una sonrisa.

—No creo que enloquezca. Lo que pasa es que algunas veces los mensajes de mis personajes de ficción son confusos. Y necesito aclararme.

—Cada quien tiene su manera de abordar los casos. Y si esa cosa te funciona...

—Sí. Creo que me funciona.

Eso dijo Vita, sin darse cuenta de que, en realidad, a Gorka le había preocupado lo que ella le había confesado.

DE REPENTE EL tren se detuvo.

Se escucharon murmullos.

Un hombre del personal de la empresa de transporte se detuvo en mitad del vagón y comunicó que una gran tormenta de nieve azotó una parte del camino y que en ese momento el tren se había detenido mientras los hombres de mantenimiento de las vías trabajaban para apartar la nieve y poder continuar.

—Se estima que los trabajos alcancen al menos media hora —completó.

Luego, por el intercomunicador del tren, una voz brindó una información similar.

—Bueno... a repasar cosas —dijo Gorka y tomó de su equipaje de mano la carpeta con la información sobre el caso de Damián Busto—. ¿Deseas algo de la cafetería? —le preguntó a Vita. Ella dijo que un café solo. Gorka se levantó a buscarlo. Dejó la carpeta cerrada sobre el asiento que ocupaba.

Mientras tanto, Vita notó que el contenido de la carpeta de Gorka era algo voluminoso. A ella Maurice le había enviado al correo electrónico el reporte temporal del forense y el informe del levantamiento del cadáver. Además, la hoja de identificación de la víctima y algunas fotografías de él, pero todo eso no completaba impreso algo tan voluminoso como lo que veía dentro de la carpeta gris. La tomó y abrió.

Se hallaban los mismos documentos que ella ya conocía, pero había algo más. El manifiesto que el asesino había dejado bajo el cuerpo sin vida del chico. Comenzó a leerlo. Se llamaba «Mi manifiesto para ti».

Se detuvo y se quedó pensando en ese título. Movié la cabeza a un lado.

Llegó Gorka con los dos vasos humeantes de café.

—Veo que has comenzado... ¿Qué opinas del pretencioso manifiesto? —preguntó al tiempo en que Vita tomaba el vaso de café y aguardaba a que él se sentara a su lado.

—Es una contradicción, pero una contradicción acertada.

Gorka, ya sentado, la miró con cara de interrogante.

—Los manifiestos teórica e históricamente se constituían en estrategias de adoctrinamiento social. *El Manifiesto Comunista*, por ejemplo. Eran ideas ordenadas para hacer que una masa hiciera o creyera cosas. Pero sobre todo la voz que los emitía, que los creaba, también se vanagloriaba de ser una voz colectiva. Una que representaba a todos. Ese era el paradigma colectivo, y fue así siempre, siglos atrás. Pero ahora el mundo es otra cosa. Más importante son las personas como individuos y no como parte de una masa. Así que el asesino magistralmente

plantea el título en primera persona. ¿Lo ves? De una primera a una segunda. Era un intercambio personal, casi de amistad...

—Que me jodan... —susurró Gorka.

—Ni siquiera Theodor Kaczynski lo hizo así. Él sí mantenía la postura anterior. Pero en este caso... —comenzó a decir Vita y luego se calló.

—Pues tú lee eso y ya me dirás. Ya yo lo he leído y tengo mis impresiones —concluyó Gorka dando luego un sorbo a su café.

### *Manifiesto para ti. Primera parte*

*RECUERDA que el miedo es más silencioso que la muerte, y yo ya no tengo miedo. Tú tampoco deberías tenerlo. Hoy todos esperamos una tempestad. Nuestras predicciones se ven vulneradas. La centralidad del mal es hoy más cierta que nunca. Aunque no es el mal, sino el miedo; el odio y la ira.*

*Lo único que nos salva a ambos es la libertad. En el pensamiento reside la libertad, decía siempre el filósofo. ¿Haz sentido esta mañana una melancolía, como si algo te susurrara al oído todo lo que te han quitado? Yo la siento a menudo. Aunque me han quitado todo, la sensación no cesa: todos los días lo pierdo todo otra vez. Por la mañana se siente un decaimiento, una pesadumbre, como si todos hubiéramos sido golpeados y la luz nos mostrara lo que pensamos de nosotros mismos. Y eso fuera algo agobiante. ¿Entonces todo esto valdría la pena? ¿No es ingenuo invitarme a volver a creer? No era mi obligación seguir. ¿Por qué no volvía a mi vida normal que dejé a medio andar? Una mañana la voz apocalíptica en mi interior se hizo más aguda.*

*Pero, como tú, me respondí que debía continuar porque estaba ejerciendo mi propia libertad. No era ni sobrevivencia ni obligación. Era mi arte enfrentado a la barbarie que podía traer ese mundo azul, una barbarie que no era ignorancia, sino indiferencia. Mi voz más fatalista se apresuró a responderme que la libertad era superflua y que, si miraba un poco más a la gente, vería que solo sobrevive y obedece, que yo era solo un hombre diletante e inmoral, y que la consecuencia eran los golpes, porque el mundo responde como sabe responder, con violencia.*

*A mí me parece necesario ser inmoral en este país. Ya no quiero esa paz azul o blanquecina de allá afuera, la paz de los muertos. La trascendencia se ha vuelto mi necesidad, y no volveré a sucumbir ante el orden que reina entre las momias. Si hay que escoger entre esa paz y mi guerra, escogeré mi guerra.*

*Las pérdidas se sienten como si a uno le cortaran las alas, aun cuando uno no sabe que las tiene. Solo existen segundos antes de perderlas. Mi papel de vengador me gusta mucho más que el de vencido. Los vengadores imaginan, luchan batallas definitivas, se enfrentan a juicios finales.*

*Ahora, mientras te escribo esta primera parte de mi manifiesto, veo en la mesa de al lado a una niña con un gran lazo azul en la cabeza. Otra niña más pequeña da vueltas alrededor de la*

*mesa, vigilada por su padre. La mayor, con el lazo, parece repetir lo mismo que todos: una rueda que nunca se detiene. ¿Cuándo se callarán las voces que prometen lo que nunca cumplirán? Hablan de poder si se siguen las reglas, pero siempre son los mismos quienes lo reparten, sobre todo los hombres violentos e hipócritas. La niña pequeña mira el mar. Pude haber sido como ella, tal vez aún lo soy. Todos somos «tipos». No somos tan infinitos como creíamos.*

*Mucho me temo que haber perdido posibles conversaciones ha contribuido a esta transparencia inhumana que nos agobia. Quiero decirte que mantengo mi versión de las cosas, y en ella, soy libre. Recuerda que no existen víctimas perfectas; siempre hay una forma de transformarse. Incluso la persona más oprimida puede sorprendernos. Tal vez mi imaginación me haya confundido a veces con delirios, alucinaciones y pesadillas que me acechan. Pero esta misión es real y es mi único verdadero descubrimiento. Nunca antes tuve una convicción tan fuerte de poder hacer algo grande. A veces creo que una parte de mí sigue atrapada en el miedo, desdoblada, pero no como en mis pesadillas. Mi parte cobarde se quedó en el fondo del mar.*

*Tuve que enloquecer para descubrir el monstruo que llevaba dentro. Todos los que renunciamos a la libertad nos convertimos en monstruos. Aunque sé que no me descubrirán, y que si lo hacen, me encarcelarán; esto que hago me salva. Es un acto de amabilidad hacia desconocidos, para que puedan estar en paz, pero no la paz de los muertos, sino la de los vivos. Si me atrapan o me matan, moriré en un acto de verdadera amabilidad, no como el cobarde que solía ser. Habré vivido la mejor versión de la vida que conocí, superando la aplastante anima mundi y burlándome de una vida sombría.*

*Recuerda que el miedo es mucho más silencioso que la muerte, y yo ya no tengo miedo.*

—¿QUÉ opinas? —preguntó Gorka mientras el vagón comenzaba a moverse.

Vita miró por la ventanilla hacia afuera, observando la nieve. Siempre le había gustado, pero en ese momento la veía de manera diferente, como amenazante, capaz de ocasionar la muerte. La lectura del manifiesto la había conmovido más de lo que esperaba. Sintió pena por su autor, imaginándolo afuera, en medio del frío, muriendo lentamente. Eso era lo que hacía la falta de cariño, y le parecía que quien había escrito eso había muerto de frío, en cierto sentido.

—¿Estás aquí? —insistió Gorka.

—¿Qué clase de persona sería Damián Busto? —preguntó Vita.

—No lo sé. Tendremos que hablar con su madre. Vivía con ella. Parece, por su historia, un chico bastante normal. Estudió dos años de Ciencias Forenses en Madrid, pero luego lo dejó y volvió a Burgos. Su padre murió accidentalmente en ese momento, y supongo que eso le cambió la vida. Ahora atendía un bar familiar.

—¿Qué sucedió primero, la muerte de Pía Vallejo o la muerte del padre de Damián? —Quiso saber Vita.

—Primero murió el padre y Damián abandonó los estudios en Madrid. Terminó con Pía y volvió a Burgos. Es decir, terminaron porque él regresaba a Burgos. Eso fue hace casi cuatro años. Pía murió hace tres. Eso es lo que me han dicho mis compañeros de Burgos. Tengo una buena amiga en Homicidios allí.

Vita no lo dudaba. Le hizo gracia que Gorka le preguntara si se sabía algo más de Busto, cuando en realidad él tenía más información.

—¿Por qué matarlo ahora? No tiene sentido... —dijo Vita.

—Quien sabe... No creo que un asesino como este se guíe por el mismo sentido que nosotros. Para él, lo que hace debe tener mucho sentido. ¿Notaste que a veces habla de sí mismo como en femenino y otras en masculino? —preguntó Gorka.

—Sí. Lo noté. Puede ser una estrategia para que no sepamos su género. Es hábil. Creo que ha sido una persona que ha vivido en constante reprobación y maltrato, y algo lo llevó a abrazar nuevas ideas que lo condujeron a asesinar. Pero está evolucionando. Supongamos que las palabras en la espalda de Damián representan el conteo de sus víctimas. Si es así, a Pía Vallejo la lanzó de un piso, por eso su muerte no se consideró un asesinato. Ahora, a Carlos Grimmer también lo mató, pero a Damián Busto lo asesinó de otra manera. Y es cuando se expone y aclara que no murió voluntariamente, sino que fue obra suya. Es cuando deja su marca; no solo el historial de las víctimas, sino también este manifiesto que aclara es solo la primera parte.

—Es decir, ¿que se está presentando?

—Sí. Eso es. Apenas se está presentando...

## PARTE III

---

FUE A BUSCAR al chico del bar y le dijo que quería hablarle de una propuesta empresarial.

Le ofreció unos tragos y se dio cuenta de que no era muy listo, y que sus gustos eran bastante comunes. Luego lo llevó a la Sala Serrut, donde sabía que proyectaban películas a las que nadie asistía por ser demasiado difíciles de «digerir». Y mucho menos un día entre semana. Los domingos, el lado artístico de la gente se expandía, pero entre semana se retraía. Sabía que la sala era lo bastante oscura para hacer lo que planeaba sin contratiempos.

Efectivamente, cuando llegaron, comprobó que no había nadie. Solo ellos dos y una proyección en la pantalla que mostraba el vaivén de las olas en una playa. Le dijo a Damián que quería que viera eso y le invitó a sentarse en las solitarias gradas de la sala.

Él, confiado, hizo lo que le pidió.

Se quitó la corbata y sintió un corrientazo en las piernas; era la primera vez que entraba en la Sala Serrut con esas intenciones. El chico miraba la pantalla, sin entender por qué quería que viera la proyección del mar.

Esperó a que mirara las olas un rato y luego tomó con fuerza la corbata de rombos negros y verdes, y sin dudarlo, lo asfixió, ejerciendo presión en el centro del cuello. En el bar, se había asegurado de que el chico fuera al baño, ya que no quería que su orina le salpicara al morir. También había puesto una droga en su trago para limitar su voluntad.

Cuando ya estaba inconsciente, lo soltó y miró a la pantalla, que le distrajo un momento; la espuma de las olas se veía tan real sobre el azul ultramarino que era como asesinar a alguien estando en un bote. El sonido del mar también tenía ese efecto narcótico. Era un buen material, pensó.

Volvió a ponerse la corbata y salió por la puerta lateral que conducía a una estrecha calle por donde casi nunca pasaba nadie. Allí buscó una silla de ruedas que había dejado preparada y colocó a su víctima en ella, con esfuerzo. Luego tomó la calle solitaria y entró en una casa, para la que tenía llave. Dentro, había un frigorífico lo suficientemente grande para una persona. Desvistió al chico, lo metió en el congelador y luego sonrió.

Dobló su ropa con cuidado. Y la dejó a un lado.

Luego comenzó a cantar:

«L por el modo en que me miras.

O es por la única que veo.

V es muy, muy extraordinario...».

—¿QUÉ piensas del sujeto? Del asesino. —preguntó Gorka.

—Es como si asesinar fuera su forma de sobrevivir. O de encontrar sentido a su vida —respondió Vita.

Meses atrás, ella también había visto en un asesinato que planeaba una forma de seguir adelante. Creía comprenderlo, al menos en parte.

—Sí, yo pienso algo parecido —confesó Gorka.

—No te he preguntado. ¿Qué tal ha ido estos meses? —Se interesó Vita.

—Bien. Con la resolución del caso de Ávila he empezado a hacerme un nombre. Pero quiero mudarme a Madrid, puede que ofrezcan un puesto allí. Veremos. Será bueno para mí si resolvemos esto rápido y bien. Aunque sospecho que Maurice Scott no me ha dicho todo, y tú tampoco. ¿Están tratando de proteger a alguien importante?

Vita le contó a Gorka parte de la verdad. Le dijo que creían que Grimmer practicaba la necrofilia y que ella sospechaba que Claudio Fallas también. Era posible que alguien los hubiera descubierto y estuviera ahora en una cruzada para acabar con ellos. Pero eso no explicaba la muerte de Pía Vallejo ni de Damián Busto, a menos que el chico hubiera sido cómplice de los forenses, ya que debió conocerlos en el instituto.

—Sí, conoció a Grimmer. Estaba registrado como preparador en el Área de Anatomía Patológica —añadió Gorka.

Vita no lo sabía.

—Sería un escándalo si la opinión pública se enterara de eso. Terrible, pero también pienso que deberían saberlo. Ese mundo tan científico e impersonal termina siendo retorcido. Esa clase de autoridad médica es repugnante... —concluyó Gorka.

Vita recordó que el padre de Gorka había muerto de cáncer. Imaginó que el resentimiento en sus palabras tenía que ver con el sufrimiento que había vivido en ese momento.

—Entonces, ¿podemos considerar que algún familiar de una de las víctimas esté vengándose? —sugirió Vita.

—Es muy posible que todo esto tenga que ver con ese pasado oculto de Grimmer y quizás de Claudio Fallas. Sospecho que Grimmer pudo haber desarrollado una relación amorosa con Fallas. Tenía la tendencia a enamorarse intensamente.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Gorka.

Vita respondió sin aparente desinterés y mencionó los escritos que Anna Burke le había enviado. Pero omitió decir que uno de los objetos de deseo de Carlos Grimmer en su juventud

había sido su marido. Sabía que Gorka era inteligente y que debía evitar demostrar la importancia de esa información.

EL TREN LLEGABA a la estación Rosa Manzano.

El móvil de Vita sonó. Era un mensaje de su amiga Malta. La invitaba a una cena especial en su casa para celebrar el cumpleaños de Bernarda, su madre. Bernarda estaba muy ilusionada con la idea de que Vita asistiera. Sin embargo, también, y para su desgracia, estaría Rodrygo Malnati, su exmarido, a quien su madre le profesaba un cariño incondicional. Además, el chico que había alquilado una habitación en el piso de Bernarda, y que se había convertido en una excelente compañía para ella, también asistiría. Malta le rogaba a Vita que aceptara, solo para hacer feliz a su madre. Le prometió que no la sentaría junto a Rodrygo en la mesa.

Vita iba a escribir una respuesta negativa. La cena era esa noche, y no pensaba volver a Madrid hasta descubrir algo importante sobre Damián. Pero cuando iba a empezar a escribir, se detuvo. No quería darle la mala noticia a su amiga tan rápido. La apreciaba. Lo haría más tarde, al avanzar el día. Había ajustado la privacidad de su móvil para que no se supiera si había leído el mensaje, y podría decir que vio la invitación demasiado tarde.

Se bajaron del tren, y una ráfaga de aire helado los golpeó.

Todos cerraron sus abrigos hasta el cuello y se protegieron con bufandas, gorros y capuchas.

—Adoro Burgos y sus alrededores, no importa cuánto frío haga. La he pasado muy bien por aquí —exclamó Gorka.

Vita se detuvo en el andén por un momento y volteó. Un hombre que le resultaba vagamente conocido pasó a su lado. No sabía dónde lo había visto antes.

Era alto y delgado, vestía un abrigo largo y negro. Llevaba el pelo cortado al rape, visible bajo un discreto sombrero negro. El hombre siguió caminando y luego bajó por las escaleras mecánicas. Vita pensó que podía ser solo su imaginación, pero de repente se sintió vigilada. Al final, atribuyó esa sensación al ataque que había sufrido. Era natural que estuviera algo paranoica.

Continuó caminando junto con Gorka. Bajaron al nivel inferior de la estación y tomaron un taxi. La estación, pequeña y moderna, estaba bastante vacía. Solo había llegado ese tren de Madrid, y no parecía haber nadie esperando otro tren por el momento. Además, un área grande de locales comerciales estaba en construcción.

—A la Comisaría de Policía Nacional, en la avenida Castilla y León, número tres, por favor —anunció Gorka.

El conductor asintió y arrancó.

Vita tomó unas pastillas para evitar el mareo. Empezaba a sentirse mal. Pensó que la visión

de aquel hombre conocido, el recuerdo del ataque en la ermita y la sensación de haber estado tan cerca de la muerte le habían causado este repentino malestar.

Era mejor que se concentrara en el caso de Damián y no en el suyo propio. Era mejor no dar cabida al miedo...

Al darse cuenta en qué pensaba, recordó el manifiesto del asesino.

Muchas de sus ideas giraban en torno al miedo. Pidió la carpeta a Gorka y la volvió a leer, sin importarle si el mareo empeoraba.

—Asesinar lo salvó del miedo. ¿A qué temía? —murmuró, lo que fue apenas audible.

TRANSITABAN por la avenida Islas Baleares y luego giraron a la izquierda. Vita se dio cuenta de que la que dejaban era la vía hacia el Hospital Universitario de Burgos; la señalización lo indicaba. Recordó a Felipe Medina, el niño que vio a la salida del hospital. Escribió un mensaje a Eugenia, pidiéndole que preguntara por su estado de salud. También le pidió que le dijera a su padre que la «chica campana» le enviaba saludos a Felipe. Sabía que eso le alegraría, sobre todo por la sorpresa. No era común que un desconocido tuviera ese gesto de amabilidad con alguien a quien solo se cruzó una vez.

De repente, el asesino apareció en el coche. No tenía rostro, solo era una silueta blanca como la nieve, una figura humana hecha de nieve. Estaba entre Gorka y ella.

No decía nada, pero Vita sabía que se trataba del asesino. Luego, la nieve se transformó en una especie de tejido blanco, como el de una momia. El asesino movió la mano que estaba más cerca de Vita, y ella vio que se desprendían gotas de su brazo, como en la telaraña que vio en la casa de Grimmer. Era eso. El asesino era una criatura velada, atrapada como presa en una red.

El velo lo cubría todo, pero ella podía distinguir la forma de su nariz, sus labios, la silueta de su cabeza. Abrió la boca, y salió vapor de ella, como si la temperatura del coche estuviera bajo cero.

—Tantas cosas nos ahorraríamos si fuésemos amables, ¿verdad, Vita?

Su voz era doble, como si un hombre y una mujer hablaran al mismo tiempo.

—Cuídate del resentimiento, querida, y de las mentiras de los felices fatalizados...

Eso dijo el asesino imaginado por Vita y luego desapareció.

—Felices fatalizados... ¿Dónde diablos escuché eso antes? —se preguntó Vita en voz alta.

—¿Dijiste algo? —preguntó Gorka, dejando de mirar su móvil mientras la sonrisa en su rostro se desvanecía.

Vita negó con la cabeza.

Pero siguió dándole vueltas a la aparición imaginaria del asesino.

«De acuerdo, va cubierto porque no sé si es hombre o mujer. Eso lo comprendo. Pero esas palabras, ¿por qué? Amabilidad, resentimiento... ¡Qué diablos!».

En ese momento, le resultaba demasiado cuesta arriba intentar comprender las profundidades de su mente.

Cinco minutos después, llegaron a la comisaría.

CUANDO BAJARON DEL COCHE, comenzó a nevar.

Entraron al edificio y se anunciaron.

Un oficial de policía les dijo que el inspector Enrique Vilchis sabía que llegaban. Los condujo a una sala con un gran ventanal, donde había una mesa redonda, seis sillas, una gran pizarra de trabajo, una pantalla para proyectar videos, y una mesa con tazas, vasos y una cafetera.

El oficial les dijo que Vilchis llegaría en cualquier momento.

Vita se acercó a la ventana y observó la plaza Bilbao, la rotonda y los árboles cubriéndose de nieve. Gorka se quitó el abrigo y la bufanda azul que llevaba y los colgó en un perchero que había junto a la puerta, que Vita no había notado.

Mientras ella decidía si quitarse el abrigo o dejárselo un poco más, Vilchis apareció.

Era un hombre muy atractivo. Su cara resultaba vagamente familiar a Vita, aunque no podía identificar de dónde venía esa sensación. Sus facciones rozaban la perfección, según los cánones de belleza actuales, como si su cara hubiera sido esculpida en mármol, pero era claramente de carne y hueso.

A Vita le pareció que ese atractivo lo descolocaba en ese trabajo; no esperaba ver a alguien con una belleza tan impresionante en ese entorno.

Tenía el cabello negro, ligeramente encrespado, y un mechón le caía en la frente; sus ojos eran grandes y de un azul oscuro poco común. Su piel era blanca, aunque apenas tostada por el sol. Su nariz era delgada, y tenía el mentón partido. Llevaba una barba perfectamente cuidada, tal vez en exceso. Parecía un hombre de mundo debido a la elegancia de sus movimientos y su vestimenta.

«Demasiado pendiente de su apariencia», pensó Vita.

Enrique Vilchis se presentó:

—Soy Enrique —les dijo con una voz agradable.

—Eva Bell —respondió ella cuando sintió la mano cálida que él le ofrecía.

—Agente Gorka Lavín.

Se sentaron alrededor de la mesa.

—¿Café, agua? —preguntó el inspector.

«Pocas palabras. Debe estar fastidiado de que hayamos venido», pensó Vita.

—No, gracias —dijo Gorka.

Ella tampoco quiso nada.

Vilchis se levantó y les dio la espalda para servirse un café solo y un vaso de agua.

Vita se descubrió a sí misma evaluando el cuerpo del inspector. Miró su espalda, lo que podía de sus brazos y sus piernas. Llevaba un pantalón azul oscuro y una camisa del mismo tono, ajustada.

—Pues ustedes dirán —dijo Vilchis mientras volvía a la mesa con la taza y el vaso.

«Es extraño que no haya preguntado cuál es mi papel aquí. Debe ser que Maurice ya se lo ha aclarado», pensó ella.

—Entiendo que están interesados en recabar información sobre el asesinato de Damián Busto porque podría estar relacionado con el suicidio de un trabajador del cuerpo forense de Madrid, ocurrido hace pocos días. Carlos Grimmer, ¿es eso? —preguntó, esta vez mirando solo a Vita. A ella le pareció que Enrique Vilchis no creía ni una palabra de lo que decía, pero había decidido fingir que sí para quitárselos de encima lo más rápido posible. Era como si estuviese muy ocupado y sentía que estar con ellos era una pérdida de tiempo.

—Sí. Así es —se limitó a decir ella.

—Pues lo que sé es lo que ya tienen en su poder. La investigación apenas va comenzando. Yo mismo estaré al frente. No es común que cosas como estas sucedan en esta ciudad. Aquí hay algo que no encaja.

—¿Qué es lo que no encaja? —preguntó Vita.

—La naturaleza global de este crimen. ¿Han leído el manifiesto? Hoy lo envié a su dirección de correo, agente Gorka. Era la única dirección que tenía como contacto —se excusó, mirando a Vita—. Ese escrito deja la impresión de que el asesino opera más allá de Castilla y León. Es como si hubiera venido aquí solo para cazar a Busto, pero luego hará algo similar en Madrid, Barcelona, Málaga. Por eso creo que este es un crimen que no tiene que ver con la ciudad, sino que la usa solo como escenario. Me pregunto qué tan importante es la víctima en este caso...

—¿Qué tipo de persona era Damián Busto? —preguntó Vita.

—Un chico normal que no quería vivir en Burgos. Se sentía muy superior a esto —respondió el inspector Vilchis con un tono sencillo.

Vita recordó las palabras del asesino imaginario:

«Cuidate del resentimiento, querida...».

Sintió que Vilchis había respondido con algo de resentimiento. Un pequeño detalle en el tono de sus últimas palabras le hizo pensar eso. Pero lo peor era que había imaginado al asesino, a alguien que fue capaz de someter a otro ser humano a temperaturas extremas hasta matarlo y luego abandonarlo como un despojo junto al río, como si su subconsciente lo estuviera representando como un amigo. Como si estuviera de su parte.

—LES DARÉ la dirección de su madre, Oriana Galdames. Nos hemos comunicado con ella y aceptó recibirlos. Creo que es la única persona que en realidad conocía a Damián. No tenía muchos amigos, era reservado. Llevaba el bar familiar cerca de la plaza Huerto del Rey. Creo que Damián era un verdadero enigma: pocas palabras, no bebía, solo observaba. Sus empleados, un chico y una chica, no es que nos hallan aclarado mucho. No tienen idea en lo que pudo haberse metido.

—¿Alguien conoció a Pía Vallejo? ¿Damián la presentó aquí alguna vez? —preguntó Vita.

—Sí, su madre. Oriana la conoció. Ya hablé con ella, pero no voy a darles mi impresión aún. Esperaré para contrastarla con las suyas —dijo el inspector y miró unos segundos de más a Vita. Parecía que ella le había generado curiosidad.

—Ahora, si no hay nada más que pueda hacer por ustedes... Por supuesto, les informaremos si descubrimos algo nuevo. Tienen a su disposición un coche con uno de nuestros agentes, que los llevará a donde necesiten ir —dijo el inspector. Luego terminó su vaso de agua y se levantó, dando por concluida la reunión.

Vita y Gorka hicieron lo mismo y se despidieron del inspector.

Al salir del edificio, el agente Zarco los abordó; sería quien los acompañaría por la ciudad.

Vita lamentó no haber tenido tiempo para preguntar a Gorka qué le había parecido el inspector. A ella le resultó alguien de poca confianza, demasiado concentrado en sí mismo. Eso en aquel trabajo podía significar una debilidad que invitaba a corromperse: resolviendo casos a cualquier costo. Sus ropas y calzado eran costosos. ¿Cómo lo logra ganando 2700 euros al mes? Se preguntaba Vita. Tendría que esperar a que su subconsciente le diera más pistas sobre por qué Enrique Vilchis le resultaba tan desagradable.

Subieron a un Citroën negro estacionado en el *parking* y tomaron la dirección hacia la Plaza Bilbao, bordeándola para luego continuar por la avenida La Paz.

—Este es de los fabricados en Vigo, ¿cierto? —preguntó Gorka, aunque ya conocía la respuesta.

—Así es. Un C4 Spacetourer, fabricados en Vigo —respondió el agente al volante.

—Un buen coche, sin duda —añadió Gorka—. Aunque soy más del Toyota RAV4.

—Claro. El jefe conduce un BMW X3 de los nuevos. También es un buen coche, por supuesto —comentó Zarco.

Vita miraba por la ventanilla. Había dejado de nevar, pero la nieve seguía amontonada a orillas de la vía. Vio a varios chicos caminando con abrigos voluminosos, gorros y guantes.

Otros solo llevaban abrigos más ligeros, pero igual de efectivos contra el frío. Algunos corrían, otros caminaban. Las tiendas que podía ver a su paso estaban adornadas con luces y adornos navideños en sus vitrinas.

Pasaron frente a la Fuente de los Delfines y luego tomaron por una calle más estrecha hasta detenerse delante de un pequeño bar restaurante llamado Lobo.

—Allí vive doña Oriana Galdames —anunció Zarco.

Gorka y Vita caminaron hasta la puerta de la casa que Zarco había señalado y tocaron. Una mujer abrió la puerta. Era de estatura media y complexión robusta. Se notaba que había llorado recientemente.

—Oriana Galdames, somos el agente Gorka Lavín y la doctora Eva Bell. Disculpe que la molestemos en estos momentos tan duros para usted, pero debemos hacerle unas preguntas —dijo Gorka.

La mujer asintió en silencio y se apartó de la puerta para dejarlos pasar.

Los condujo a un pequeño salón y los invitó a sentarse. Vita se acomodó en una butaca y Gorka en una silla vienesa.

La mujer ofreció café y ambos lo rechazaron, agradeciéndole.

Entonces se sentó frente a Gorka y a un lado de Vita.

—Lamentamos su pérdida y estamos aquí para ayudar a encontrar al asesino de su hijo —dijo Vita.

Ella la miró y dio las gracias.

—Oriana, ¿tiene alguna idea de quién pudo hacerle esto a Damián? —preguntó Vita.

—No... Pero tal vez sea culpa de mi hermano. Él conoce secretos...

—¿QUÉ clase de secretos? —Quiso saber Vita.

—Mi hermano menor siempre fue el más listo, ahora trabaja en el Gran Colisionador de Hadrones, en Suiza. Hace meses el colisionador se detuvo y se perdió mucha información. Dijeron que fue por un árbol que cayó, pero eso no es cierto. Allí hay gato encerrado.

Las últimas palabras las pronunció en voz más baja.

—¿Cree usted que la muerte de Damián está relacionada con ese incidente? —preguntó Vita.

—Estoy segura. ¿Por qué alguien mataría a Damián? Era un chico normal y, para ser honesta, bastante mediocre.

Vita no podría creer lo que escuchaba. Optó por aguardar, esperando que Oriana Galdames continuara hablando. Aprovechó para observarla mejor. Tenía el cabello plateado recogido en ondas suaves, sujetas con horquillas que imitaban mariposas diminutas, de un verde envejecido. Parecía haber invertido algún tiempo en hacerse ese peinado.

—Verán ustedes, mi abuela Esther era muy correcta, como su madre, pero mi tía Inés era todo lo contrario, sumamente alocada... Lo que quiero decir es que en todas las familias siempre hay alguien que se sale del molde, y eso nos obliga a ser más rígidos para mantener el equilibrio.

Oriana Galdames comenzó a desarrollar cierta coquetería al hablar. Ahora lo hacía de manera pausada, pensada. El verde de los adornos en su cabello adquirió un nuevo significado para Vita: el reflejo de una mujer oxidada. Y una pieza oxidada, aunque llamativa, puede ser peligrosa.

—Volviendo a Damián, ese chico siempre decidió mal. Una cierta libertad se ha puesto de moda. Mi abuela, por ejemplo, era rígida en exceso, de educación muy religiosa. Yo también soy religiosa, pero diferente. A mí sí me gustan las fiestas; especialmente las navideñas. Como las que brindábamos en casa.

Verán, yo me encargaba de las fiestas familiares navideñas en el viñedo, porque nunca había querido salir de allí. Y creo que, para castigarme, todos concluían que entonces yo debía organizar los encuentros. Creían que eso me molestaba, y, al contrario, me fascinaba. No me gusta viajar, no hay nada que el mundo pueda mostrarme que no pueda admirar en mis recuerdos o desde la comodidad de mi casa. También disfruto recibiendo a los amigos que cultivó mi marido toda su vida; algunos muy influyentes. Aunque a veces se cuele gente indeseable, personas primitivas que no respetan las reglas, de malos huesos.

Por ejemplo, los amigos de mi sobrino son como campesinos sin serlo, como carentes de trato social, habiéndolo tenido. No se lo he dicho, porque su madre es muy delicada y podría considerarlo una falta de tacto, pero me incomodaba que acompañaran a Damián. Si no

mantenemos la respetabilidad, todo se desmorona. Uno cumple con su parte, pero es necesario que los demás también lo hagan.

Esa gente de la ciudad es demasiado ligera, maleducada, diría yo. O quizás son demasiado apasionados, y la pasión a veces impide el verdadero disfrute, ¿no creen? Quizás sea la popularidad lo que los corrompe...

Oriana Galdames estaba tan ensimismada en la presentación de sí misma, de sus ideas y de su familia, que parecía olvidar la muerte de su hijo. Para Gorka la situación resultaba alucinante, pero para Vita no tanto.

Pensó que esa era su forma de encarar la situación.

—¿GENTE contaminada como Pía Vallejo? —interrumpió Vita.

—Sí, como ella. Exactamente. Esa chica era mala, tóxica. Se lo dije a Damián, pero no le importó. Creo que, en ese sentido, pensaba igual que yo. Pero en mi experiencia como anfitriona, lo agradable supera lo reprochable. La esposa de mi hermano ha sugerido hacer cambios en la casa del viñedo; dice que no está adaptada a los tiempos que corren, y que ya es hora de que esté «mejor pensada». Yo no lo creo. Es perfecta tal cual es. Hoy en día hay muchos lugares pequeños y sobrecargados, y eso muestra una falta de educación. Lo mejor es un lugar que logre un equilibrio entre sencillez y cultivo. Incluso, una rusticidad dócil es maravillosa y necesaria. No sé cuál es la pretensión de quienes suponen que todo hay que cambiarlo, como si el cambio fuese un valor en sí mismo. Así, como creo que mantenerlo todo igual también es un espantoso error. Paralizarse frente a los cambios que nos caen encima no está bien. El pasado y el presente conviven de forma irremediable.

—Ya..., Oriana, ¿Cuántas veces vio a Pía? —insistió Vita, y se dio cuenta de que sobre una mesita cercana había varias revistas.

—A esa zorra, solo una vez. ¡Y fue suficiente! —contestó de manera violenta.

Su voz tembló al final. Luego tosió y contrajo los labios, como arrepentida del arrebato. Cruzó la pierna y levantó un poco el mentón.

El asesino velado llegó. Vita se lo imaginó tras la silla de Oriana y acercándose, bajando la cabeza para mirarla muy de cerca, casi rozando su oreja derecha.

—¿Lo ves, Vita? Es una mujer que muestra maneras seductoras, una mujer que lucha por ser cautivadora, y ni siquiera la muerte de su hijo la saca de su delirio. Estás escuchando a la portadora de una seducción fría —dijo su personaje de ficción, envuelto en una telaraña por completo, momificado en hilos de tela blanca, una voz que alternaba entre femenina y masculina.

—Y las casas cuando destilan armonía, se llenan de un espíritu; el espíritu de todos... —continuó diciendo Oriana.

Vita la escuchaba, pero también escuchaba al asesino imaginario:

—Mi cabeza no para de trabajar cuando me enfrento a personas como ella. Entonces me imagino como el Barón Savitch, y dentro de mi cerebro hay una gran rueda, una gran tuerca oscura que quiere triturar a la gente superficial. ¿No ves cómo está llena de prohibiciones, de modos «correctos y novedosos de comportarse»? Tiene una gran paleta de colores para pintar el comportamiento «adecuado» de la gente. Su dolencia es crónica, y créeme, querida, es la banalidad... La misma banalidad de siempre la que reside aquí. Después de todo, liberé a

Damián de esta terrible existencia sin sentido. Esta mujer, viendo revistas de ciencia mientras yo mataba a su hijo. Como si entendiera algo sobre la partícula de Dios...

—Yo he conocido gente que es incapaz de sobreponerse a los cambios. La esposa del juez, por ejemplo. Fui a visitarla hace poco, porque no podía creerlo. Esa pobre mujer, ya con el marido muerto y enterrado, entraba en el estudio del difunto, un gran estadista, y conversaba con él en su imaginación como si estuviera vivo. Le servía café en el despacho todos los días y hablaba sola, como si le hablara a él. No pudo soportar el abandono... Es posible que la gente haga cosas locas, pero siempre hay una razón para hacerlo —concluyó Oriana.

El asesino imaginario desapareció.

—¿Quién cree que mató a su hijo? —interrumpió Gorka.

—Alguien de Suiza. Alguien que vino de Suiza mató a Damián.

Su rostro cambió cuando mencionó el nombre de su hijo. Pareció presa de un gran dolor. Luego volvió a contraer los labios y levantó el mentón de nuevo.

—Creo que puedo preciarme de ser amplia de mente y sé mantener mis amistades. Tengo excelentes amigas, diferentes entre ellas, y me gusta cultivarlas. Uno debe unirse a sus iguales. La gente que vive la vida a la ligera, sin fijarse en quién es quién, termina mal. Algunas personas son malagradecidas, eso es verdad —dijo, recordando a alguien con rabia—. Yo no perdono las traiciones. Cuando digo «no más», tardo, pero cuando lo hago, es definitivo. Así hay que ser frente a los judas que campean en esta vida.

Vita notó que Oriana había tomado un rosario de cuentas muy brillantes en sus manos y lo colocó sobre su regazo.

—Mi tía se casó... Mi mamá era mucho más hermosa. No sé qué hizo mi tía para agradarle a aquel hombre. Los hombres suelen abandonar... ¿Quiere usted algo de tomar? —le preguntó a Gorka. Ahora hacía como si Vita no existiera.

—No, estoy muy bien así. Gracias.

Era evidente que Oriana se había adueñado de la historia de la familia como algo para mantenerse con relativa cordura ante el dolor de haber perdido a su hijo, y sobre todo de haberse quedado sola. Vita se había dado cuenta de que aquella casa no mostraba signos de ser habitada por nadie más. Eran solo su hijo y ella. Con esos delirios se mantenía a flote. Era terrible la idea del abandono y la soledad para ella. La estética estilizada, la apariencia de mostrarse elitista y lo sagrado siempre habían sido buenos amigos a lo largo de la historia. También la hipocresía.

Como había dicho el asesino imaginario, no debió ser fácil para Damián convivir con Oriana, torcer sus planes, encargarse de un bar familiar sin pretensiones y escuchar cada noche los delirios de grandeza de su madre.

«¿Por qué Damián no se fue de Burgos?». «Por qué no se alejó de su madre?», se preguntó, Vita.

—¿Quiere una menta? —interrogó Oriana a Gorka, acercando su cuerpo a la mesita que tenía al lado, y tomando entre las pálidas manos un recipiente metálico verde y redondo, abriéndolo y extrayendo de él un pequeño caramelo en forma triangular de aspecto gomoso.

—No, gracias.

Vita se fijó mejor en la vestimenta de Oriana. Llevaba un chal azul clarísimo que caía sobre sus hombros. Pretendía ser de calidad, pero no lo era. Sus labios estaban pintados de un rosa muy claro. Esa mujer se había tomado su tiempo para arreglarse y recibirlos, se dijo.

—Tengo miedo —dijo Oriana, lo que fue una revelación insólita.

Ahora encarnaba a alguien indefenso. Haría lo que fuera por no estar sola, pensó Vita.

—Creo que quien mató a Damián vendrá por mí también. La gente de Suiza. Mi hermano es

muy importante allá. Tal vez usted, Gorka, podría ayudarme a buscar un lugar para mí, algo lejos de aquí...

VITA PIDIÓ a Oriana que les permitiera mirar la habitación de Damián. La mujer accedió y los acompañó.

Estuvieron mirando el lugar: el armario, los cajones. No encontraron nada de valor, ni siquiera sabían qué buscaban. El Departamento Forense de Burgos, bajo las órdenes de Vilchis, ya había visitado la vivienda y hecho una inspección. Los dos habían mirado el reporte, que no contenía nada de valor.

Vita concluyó que, en efecto, Damián Busto era un chico de pocas pertenencias, no había nada en ese lugar que indicara arraigo, aficiones locales ni *hobbies*. Era un espacio impersonal, como si allí habitara un fantasma.

«Este chico no quería estar aquí», pensó.

—¿Algunas veces se quedaba a dormir en el bar? —preguntó Vita, dudosa.

—Al principio, cuando volvió de Madrid, no lo hacía. Pero luego poco a poco comenzó a quedarse allí. Incluso se llevó algunas cosas de aquí, ropa y algunos objetos que llevaba tiempo sin usar. Había ganado peso en los últimos meses, pero luego recobró la buena apariencia. Algo con un viaje a Italia que lo entusiasmó. Cualquier cosa con tal de no estar aquí. Últimamente casi no lo veía. Decía que tenía mucho trabajo. Pero ustedes habrán visto, no sé si lo han visto, pero se los digo, que el bar se halla a pocos pasos de aquí. Era solo una excusa... —respondió la mujer y luego, como arrepintiéndose de lo que dijo, calló de repente.

«Se asfixiaba aquí. Ella lo asfixiaba. Lo he visto otras veces. Hay chicos que no toleran a sus madres porque estas son posesivas, y sobre todo desvalorizan cada cosa que ellos hacen, y eso afecta su autoestima. Ella cree que él era un fracasado».

—Pues gracias por su atención, Oriana —dijo Gorka.

La mujer lo miró y volvió a comprimir los labios.

Salieron de la casa.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Zarco. Había algo de sorna en su tono cuando ambos entraron al coche.

—Pues ya podría habernos dicho el inspector Vilchis que se trataba de una mujer... —comenzó a decir Vita.

—Mitómana. Pensé que lo sabían —interrumpió Zarco.

Gorka miró a Vita, confundido.

—Exacto. Compulsión por mentir. No creo que tenga un hermano trabajando en el colisionador. De hecho, creo que estuvo informándose sobre el colisionador en Suiza en una

revista que tenía allí en casa. Sus delirios de grandeza, de posición social, son muy evidentes. Tampoco creo que tenga una villa en un viñedo. Lo único real de lo que dijo es que tiene miedo, pero no a que un asesino misterioso venga a matarla, sino a la soledad. Me parece que ahora se siente abandonada. Debió siempre temer al abandono. Es común que las personas con islofobia también desarrollen otras patologías asociadas, como mentir de manera compulsiva, para lograr el amparo de otros, incluso de desconocidos —explicó Vita.

—Así que el chico volvió cuando murió su padre. Seguro no tiene hermanos, pero ya debía estar cansado de vivir con su madre... Tal vez iba a dejarla —manifestó Gorka.

Cuando Zarco estaba por arrancar, Oriana salió de la casa moviendo los brazos.

—Ahora querrá que la llevemos con nosotros... —murmuró Gorka.

Zarco bajó la ventanilla.

—Olvidé algo. Encontré entre las cosas de mi hijo una nota. Este papel. No lo había entregado antes porque apenas lo encontré esta mañana, en el bolsillo de un pantalón que usó hace poco.

Le entregó un papel pequeño, doblado y algo arrugado. Vita lo tomó y lo desplegó.

«Calle Serracines, 4».

Vita lo enseñó a Gorka, quien sacó su móvil y comenzó a escribir.

—Gracias. Lo llevaremos para analizarlo —dijo el agente.

—Puede que sea una dirección importante. Tal vez allí mi hijo se encontró con el asesino. Puede que quisiera pactar con él algo a su favor. Robarle el secreto a su tío. Damián quería cambiar de aires y estaba dispuesto a cualquier cosa para hacerlo, incluso dejarme sola. Así son algunos chicos. Lo sé por mis amistades... —completó Oriana Galdames.

VITA ESTABA MOLESTA. Sus sienes comenzaron a latir. Sintió mucha hambre de repente.

—Por favor, déjenos en el paseo Marceliano Santa María. Allí hemos quedado con una persona. Luego de allí ya podemos trasladarnos a donde sea necesario por nuestros medios —pidió Vita a Zarco, ante el asombro de Gorka.

Ella le hizo un gesto de complicidad. Él dibujó una sonrisa.

En menos de diez minutos se bajaron del coche frente al templete de música, en medio del paseo.

Se deshicieron de Zarco, viéndole partir.

—No sabía que conocías esta ciudad.

—Sí, la conozco. A Renart no le gustaba mucho venir aquí, pero a mí me encantaba. Especialmente en otoño. Este es mi lugar favorito —completó Vita, mirando hacia el río.

—Entonces, ¿por qué estás molesta? Zarco solo obedece órdenes, no tiene la culpa de nada —comentó Gorka.

Vita comenzó a caminar hacia la Biblioteca del Teatro Principal. Gorka la siguió a su lado.

—Enrique Vilchis es un petulante. Aunque no lo mostró, seguro le incomodó nuestra visita. La prueba es que no nos dijo nada sobre el estado de Oriana Galdames porque pensaba que no obtendríamos información útil. Pero tuvimos suerte. Esa mujer no tenía una buena relación con su hijo, así que no sabe mucho de él. Al menos, no de algo que pueda interesarnos de sus últimos días...

—¿Por qué crees que son importantes sus últimos días?

—Porque lo que sea que hizo al asesino matar a Damián Busto fue algo repentino. Me parece que solo eso explica por qué esperó tres años entre la muerte de Pía y la suya.

—Pero la muerte de Carlos Grimmer también ocurrió hace pocos días —señaló Gorka.

—Justamente por eso. Creo que el asesino descubrió que debía matar a Damián hace poco. Tal vez cuando mató a Grimmer. Puede que Damián lo chantajeara o representaba una amenaza... O tal vez Grimmer habló de él antes de morir.

—Espera. Creo que eso que haces de imaginar personajes y escribir está afectando tu juicio. El asesino podría haber planificado estas dos muertes con antelación. Tal vez mató a Pía hace tres años, y a Claudio Fallas también... y ahora a otro necrófilo, Grimmer, y al chico, aunque no sabemos si hacía lo mismo con los cadáveres. Damián podría haber sido parte de ese grupo azul, o como diablos se llamen estos enfermos —contraargumentó Gorka.

—Sí, es posible. Pudo ser parte de su plan desde hace tres años, pero no lo creo. Requeriría

mucha paciencia. Y por otro lado, este chico, Damián, si hubiera sabido algo gordo que pudiera usar para escapar de su madre, del bar y de esta ciudad que odiaba, ya lo habría hecho. No. Me reafirmo en pensar que Damián hace poco tiempo vio una oportunidad y eso lo puso en peligro.

—Su muerte no fue cualquiera cosa. Es la primera con la que el asesino deja claro que es un asesino. Todas las demás parecieron suicidios, crímenes discretos. Esta no. Así que a mis ojos, esta es la más importante. Incluso hasta podría ser el punto final. Nada nos conduce a pensar que seguirá. Puede que ya se detenga.

—No va a detenerse. Si fuera a hacerlo, no habría puesto el nombre de primera parte al manifiesto —sentenció Vita con preocupación.

LLEGARON A LA PLAZA MÍO CID. Allí Vita condujo a Gorka a un restaurante a menos de dos minutos andando. Se trataba de un lugar cómodo, bonito y sin pretensiones de lujo. En las paredes reinaban adornos de cerámica azules y madera. Subieron al segundo piso tomando una escalera en cuyo descanso reposaba una escultura de un pez también de madera.

Cuando se sentaron en una amplia barra aún desierta, Vita continuó:

—Supongamos que las cosas son como he dicho.

—Ya me suponía que continuarías con el ataque —interrumpió Gorka—. Pero me dejaré llevar, ya que me has traído aquí y con ello supongo que te encargarás de la cuenta. Debes estar celebrando que te acompaño, y que tienes mucha suerte por ello —bromeó.

A ella le hizo gracia.

En ese momento, un mensaje llegó al móvil de Gorka. Miró la pantalla.

Una mujer salía del servicio ubicado en ese piso y tomaba en dirección a las escaleras. Antes de llegar a ellas, exclamó:

—Todo ángel es terrible...

Su voz le resultó a Vita llamativa, era aterciopelada, suave y determinante a la vez.

Ni siquiera quiso voltear a verla. Deseaba quedarse solo con la voz y la usaría, la recrearía en una de las novelas que escribía y que nadie leía.

—Creo que la simpatía que le profesas a Vilchis es mutua. Pues me acaba de enviar un correo electrónico, y me lo ha avisado, con las últimas actualizaciones del caso Busto, y me temo que a ti no te ha llegado nada, porque tu móvil está mudo —dijo Gorka una vez que terminó de mirar la pantalla del móvil.

—¿Y cuáles son esas últimas actualizaciones? —preguntó Vita.

—Pues creo que comprendió que nos interesaba la relación de Damián con Pía Vallejo, y resulta que ellos se conocieron en una aplicación de citas . En One.

—Ese chico estaba loco por salir de aquí. Seguro pensaba que podría vivir en el piso de Pía en Madrid... —sugirió Vita.

—Que no es un tema de desesperación usar esas aplicaciones. De hecho, yo uso One y otras —confesó él.

Vita se quedó mirándolo y pensando. Después de todo, no le extrañaba.

—Ya —se limitó a decir.

—Sí, ya. Eres demasiado conservadora, Eva. Y no eres tan mayor para serlo tampoco.

—Vaya..., gracias —bromeó ella.

Un hombre tras la barra apareció y les preguntó si querían algo de tomar, y dejó las cartas.

—Pues como estamos en una suerte de misión especial... que me tomaré una cerveza, a menos que también lo veas mal, doctora —dijo Gorka.

—Por una no pasa nada —respondió ella.

Acababa de darse cuenta de que estar tan cerca de la muerte le había enseñado algo: debía disfrutar más de los momentos, mucho más de lo que lo había hecho después del accidente que acabó con la vida de su hija Eloise.

—Como dices, nuestra situación es bastante especial. Y yo también me tomaré un vino. Una copita de ribera del Duero, por favor —dijo al hombre.

ORDENARON dos pinchos y queso de Burgos.

Devoraron las tapas como si no hubiera un mañana.

Aunque solo estuvieron unos minutos allí, ese tiempo fue reponedor. No solo por la comida y la bebida, sino por el ambiente. El piso de abajo estaba lleno y se había empezado a llenar de comensales las mesas cerca de donde ellos estaban.

Se escuchaban voces y risas. También el ruido de los vasos y tazas chocando unas contra otras, tan característico de los lugares como aquel.

Para Vita era como si la violencia hubiese dejado de existir de repente, como si incluso le costara imaginarla. Como si la vida fuese solo la maravilla de un lugar así, alegre, de celebración.

Gorka fue al servicio un momento y ella volteó a mirar a las mesas. Acababa de pagar la cuenta. Pero entonces lo vio. El mismo hombre que bajaba del tren. Estaba segura. Solo le vio bajando las escaleras, por detrás. ¡Pero era él!

¿Por qué la seguía?

Se levantó veloz y comenzó a perseguirlo.

Pero cuando llegó al piso de abajo, al final de la escalera, el gentío era tal, había tantas personas de pie en ese espacio que no pudo apurar la marcha, y cuando salió al exterior, no lo vio. Era inútil. Pudo haber tomado la vía hacia la plaza o cruzar por la calle hacia la izquierda.

—¿Qué ha pasado? ¿Pensabas fugarte? —preguntó Gorka. La había visto salir corriendo y la siguió, extrañado.

—Alguien me está siguiendo, Gorka. Vi a un sujeto en el vagón del tren y ahora otra vez lo he visto —respondió.

—Va a matarme, pero creo que debes saberlo. Es Maurice. Es decir. No es Maurice en persona. Es uno de sus hombres. Me dijo que eras algo renuente a cambiar de aires, una vez que te sucedió lo que te sucedió. Te admira, esa es la verdad. Pero por unos días pondría a alguien a vigilarnos y protegernos —confesó Gorka.

—Hábermelo dicho. Aunque yo también pude haberlo pensado. Si me vigilaba en casa, era lógico suponer que también lo haría a donde fuera. Pero ¿cómo estamos seguros de que es ese su hombre...?

Gorka tomó su móvil, buscó algo y le mostró una fotografía.

—¿Es este? —preguntó él al tiempo en que le mostraba un rostro.

Vita observó y luego miró a Gorka.

—Sí. Es él —respondió Vita, aliviada.

—Pues quédate tranquila. Vamos a lo nuestro —dijo Gorka y le sonrió.

A Vita le pareció que Gorka se alegraba por quitarle un peso de encima. Sabía que era alguien confiable, que la apreciaba. Se sentía bien tener un compañero aunque fueran tan diferentes.

Ahora fue Gorka quien comenzó a caminar, pero lo hizo alejándose de la plaza por la que habían pasado minutos antes. Volvió a mirar algo en su móvil.

—De camino al servicio, rindió fruto una de mis pesquisas. Resulta que hay en España dos calles Serracines, con numeración «4», y las dos se encuentran en Madrid. Solo que una de ellas está en Alcalá de Henares y la otra en la ciudad de Madrid. La de Alcalá de Henares es un negocio. Una empresa, un asadero de pollos —informó Gorka.

—¿Y la de la ciudad de Madrid? —preguntó Vita, interesada.

—Es la casa de alguien... y esto te va a gustar, de alguien ligado a las ciencias forenses, lo cual no debe ser una coincidencia ni mucho menos. De un sujeto llamado Rodrygo Malnati, que además hoy es el flamante director de un proyecto experimental de células cerebrales. Esto se desarrolla en el Instituto Forense de la Universidad...

Mientras Gorka hablaba, Vita iba atando cabos. No podía creer lo que oía. «Algo con un viaje a Italia...»; «una caravana y viajó a Italia». Eso habían dicho Oriana y Malta, su amiga. La primera hablando de Damián y la segunda de Rodrygo. Podía ser una coincidencia y podía no serlo. Además, estaba la coincidencia de que Rodrygo tenía que ver con el mundo forense. ¿Y si también formaba parte del círculo necrófilo? ¿Y si Damián lo descubrió y Grimmer se cansó de callar, atormentado? Entonces, el asesino no era alguien en busca de venganza, sino alguien buscando el silencio de sus cómplices.

—¿Me estás oyendo? —preguntó Gorka en voz bastante alta.

Vita se dio cuenta de que no era primera vez que lo preguntaba. Ella se había abstraído.

—Perdona..., es que yo conozco a Rodrygo Malnati —alcanzó a decir.

—¿De qué? ¿Fue tu paciente? —Quiso saber.

Vita movió la cabeza.

Sonó la canción *Santa Claus Is Coming to Town* de repente. La música provenía de una tienda, de una venta de calcetines a la cual entraba mucha gente, justo al lado de donde ellos caminaban.

—No. Lo conocí cuando estudiaba. Fue el novio y esposo de una de mis mejores amigas. De

la mejor... —respondió Vita con voz queda.

—VEO que esto te ha impactado. Lo entiendo, pero me parece una excelente oportunidad. Podrás averiguar cosas sin que sepan que lo estás haciendo. Después de todo, no perteneces al cuerpo de policía ni eres investigadora de homicidios. Eres como un fantasma... Disculpame, no quise decir eso...

Vita levantó la mano izquierda en señal de que parase.

—Sé lo que quieres decir, Gorka. Tienes razón, pero es mi amiga. No me gustaría que se viera mezclada en algo malo —respondió Vita, sintiendo que Gorka podía ser insensiblemente directo.

—Pues no lo veo así. Además, si tu amiga está casada con un asesino, según tu versión, sería un estupendo detalle de tu parte hacer algo para que lo supiera. ¿No lo crees?

—Estuvo casada. Ya no. Pero sigue manteniendo contacto con él porque su madre lo adora —continuó explicando Vita casi de manera automática.

—Vamos a ver... lo único que sabemos es que Damián Busto anotó, y no sabemos cuándo, la dirección de Rodrygo Malnati en un papel que luego guardó en su pantalón. Esto no significa nada por sí solo. Ahora bien, según tu hipótesis, el chico supo algo peligroso y por eso lo asesinaron. Yo, en cambio, voy más por la tesis de que este asesino actúa por venganza. Es espantoso enterarse que quien analiza el cuerpo de tu hija o tu hermana muerta abuse de él. El manifiesto, del que no hemos hablado mucho, me da que pensar. Alguien con un objetivo pragmático, como acallar un peligro, no se pondría a escribir manifiestos. Es que eso es más de limpieza social, como si el asesino creyera que está haciendo un bien a la humanidad acabando con lacras. Esa fue la impresión que me dejó el dichoso manifiesto. Y entonces me pregunto: ¿Rodrygo Malnati es un sujeto capaz de embarcarse en una misión asesina de esa naturaleza, suponiendo que descubriera lo que hacía Grimmer y presumiblemente su amigo Fallas? —reflexionó Gorka.

Vita pensó que el suyo era un buen punto. Y era algo que había estado molestándola desde un principio. No saber el motivo que movía al asesino: venganza o egoísmo.

—Creo que tienes razón. Debemos pensar mejor en eso. En el móvil —concluyó.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó Gorka.

—Hoy mismo en la noche veré a Rodrygo Malnati. He sido invitada a una cena con pocos comensales y él estará allí. Viajaré a Madrid ahora mismo. Quédate aquí en Burgos e investiga. Anda al bar de Busto, reúnete con tu amigo Vilchis. Mañana, o bien tú viajas a Madrid o yo vuelvo aquí. Dependerá de lo que descubramos. ¿Te parece un buen plan?

—Listo —respondió Gorka.

Sin embargo, algo le preocupaba.

—¿Quiénes irán a esa cena?

—Mi amiga Malta Shepard, su madre... Vaya..., he olvidado su nombre... Debe ser el...

—Tranquila. Continúa —dijo él.

—Un hombre llamado Jordi Parras y Rodrygo Malnati —concluyó.

---

EL ASESINO SABÍA que muy pronto tendría la oportunidad de encontrarse con Eva Bell. Mientras ajustaba su abrigo y peinaba su cabello con precisión, una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Cada movimiento, cada decisión tomada, estaba calculada para mantener intacto su anonimato.

Había pensado en todo, había planeado todo. Su mayor arma era su habilidad para desaparecer detrás de capas, ocultándose bajo una fachada que nadie, ni siquiera Eva Bell, podría atravesar. Nadie podría relacionarlo con nada.

A lo lejos, las luces de su destino se acercaban. Quedaban solo unos minutos. Todo estaba a punto de comenzar.

## PARTE IV

---

ERAN las nueve de la noche.

Vita caminaba por la calle del Genil. Acababa de dejar atrás la pequeña plaza de Santa Gema, en el barrio El Viso. Buscaba el número 10. Esa era la casa de Malta Shepard.

Recordaba haber ido a esa casa cuando eran estudiantes. Ya en ese tiempo le había parecido una casa muy bella, pero ella, para aquellos días, era diferente. Eso se dijo.

La calle, las fachadas de las casas y en general la atmósfera que se respiraba mientras caminaba era tranquila, como una burbuja en medio de una ciudad que parecía contaminada con las malas noticias aquel diciembre enrarecido.

Vita llegó allí andando pero antes había tomado el metro, allí había escuchado conversaciones, las que giraban en torno a lo sucedido en el parque del Oeste. Tenía la impresión de que, si alguien la seguía de esa forma, se le haría más difícil. No era que quisiera complicar la protección que Maurice le había procurado ni mucho menos. Se lo agradecía. La que sí quería interferir era la persecución de quien intentó asesinarla. Aunque algo le decía que por lo pronto no intentarían nada más contra ella. Debían saber que Maurice se estaba haciendo cargo de su seguridad.

La noticia del chico muerto todavía hacía mella en la mente de los madrileños. Al menos de los que se trasladaban en transporte público. Pero Vita tuvo la impresión de que aquella calle estaba exenta de todo aquello, como si hasta allí no llegaran esas preocupaciones que estaban presentes en el resto de la ciudad.

Ella se había trasladado pensando en el caso. En las muertes de Claudio Fallas, Pía Vallejo, Carlos Grimmer y Damián Busto, en ese orden de ocurrencia. Entre los dos primeros y los dos últimos habían transcurrido tres años, y eso era lo que le incomodaba.

«¿Por qué?», se preguntaba una y otra vez. Intuía que la respuesta a esa cuestión era clave para avanzar.

Llegó a la esquina y allí vio un colegio. No lo recordaba de sus tiempos de estudiante. Pensó que tal vez había equivocado la dirección. Quizás, producto de la lesión en la cabeza, estaba confundiendo los recuerdos..., pero lo confirmó en el móvil, y estaba en el lugar correcto.

Un poco más allá vio la casa y la reconoció. Como si el tiempo no hubiese pasado por allí. Recordaba el bajo muro blanco y la enredadera que sobresalía. Y luego la edificación de tono sepia.

Abrió la hoja de la puerta, que solo tuvo que empujar un poco, y caminó por el corredor hasta la entrada. Se fijó que había un Mini Cooper azul estacionado frente a la casa y una Range

Rover. No dudó en pensar que la Range Rover pertenecía a Rodrygo Malnati. No lo imaginaba en un coche que no significara una especie de poder arrollador, y más altura. Además, creía recordar que le gustaban los «rústicos» desde los tiempos de la universidad. Y cuanto menos común en España fuera poseer uno, mejor.

Hizo una mueca de desagrado, y en ese momento, como la ráfaga de viento que acababa de surgir de repente, se dijo a sí misma que Rodrygo Malnati podría ser un asesino. Era un hombre calculador y podría ser desalmado. Pero no para asesinar con el fin de dejar un manifiesto bajo un cadáver. Y mucho menos con el contenido del que se había encontrado bajo el cuerpo de Damián Busto.

¿Por qué ese chico tendría en el bolsillo del pantalón su dirección?

Eso era lo que se disponía a averiguar.

Se detuvo frente a la puerta, y cuando iba a pulsar el botón para anunciar su llegada, escuchó a dos hombres conversando. Detuvo el brazo en el aire: aguardó un segundo, dos... y luego lo volvió a su posición original. Tuvo la intuición de que era una gran oportunidad escuchar aquella conversación que provenía del interior de la casa de su amiga, porque una de las voces, estaba segura, pertenecía a Rodrygo Malnati.

—DIME, Jordi Parras, ¿cómo te trata Bernarda? —preguntaba la voz que a juicio de Vita era la de Rodrygo. Le pareció que lo hacía con ironía. Recordaba ese tono en él.

—Bernarda es una mujer muy especial. Y me trata muy bien. Creo que nos hacemos compañía mutuamente y... —respondió la voz de un hombre.

Vita se quedó en silencio, inmóvil. Luego se acercó más a la pared exterior de la casa, junto a la ventana entreabierta, para no ser vista si alguno de ellos miraba hacia afuera.

—¿Que se hacen compañía? Por favor, amigo, no seas crédulo. Aunque te lo haga creer, no es así. Si te mantiene en un círculo tan íntimo como para que estés aquí, y créeme que el que lo estés es decisión de ella, no de Malta, es porque se divierte contigo, nada más. El problema con Bernarda, y no es que no te tenga aprecio, es que es como los gatos o los delfines: increíblemente cruel. La gente ve a los gatitos y dice: «Mira qué monos», pero está comprobado que ellos, como los delfines, son de los pocos animales que matan por diversión, o mejor dicho, que se divierten cuando matan. Los gatos, por ejemplo, no lo hacen para alimentarse. Es todo un juego para ellos.

—No entiendo muy bien lo que quiere decir... —confesó el otro hombre.

—Supongo que es una idea demasiado compleja para que tú la entiendas. Es mi culpa. Déjalo.

—¿Cree que no soy capaz de entender ideas complejas, Rodrygo? —cuestionó.

—No, amigo. No te ofendas. No he dicho eso. Solo que la complejidad de Bernarda Reyna es difícil de descifrar. Yo lo hice porque tuve tiempo para hacerlo. Estando casado con su hija, ya me dirás si no tuve tiempo. No hablo de una complejidad que pueda entenderse con razones. Es más bien una que proviene de la experiencia. Tiene uno que conocerla durante años para saber lo que es en realidad.

—Entiendo. Pero la verdad es que llevo con ella suficiente tiempo, casi dos años, para saber que es una persona interesante y que ama mucho la vida.

—Pues si eso es lo que crees, bien por ti. Veo que te ha engañado. Bernarda sabe muy bien hacer eso. No miento si te digo que la culpable de que Malta y yo termináramos sin duda es ella. Nadie más.

Vita notó resentimiento cuando Rodrygo pronunció esas últimas palabras.

LOS HOMBRES SE CALLARON. Escuchó pasos. Entonces se apresuró a tocar el timbre.

En pocos segundos abrieron y apareció Malta.

A Vita le pareció que Malta se había arreglado para la ocasión. Llevaba un vestido color granate de corte asimétrico que se ajustaba a su cuerpo. Además su cabello estaba diferente, ondulado, y sus labios pintados del mismo tono del traje. Daba la impresión de ser una mujer menor, llena de la vitalidad de la juventud.

Cuando se acercó a ella, percibió una fragancia, un perfume con toque oriental y dulce. Puede que demasiado.

—¡Hola, querida! ¡Qué alegría que estés aquí esta noche! —exclamó Malta y sonrió. Luego la abrazó.

Vita correspondió el saludo. Apreciaba un montón a Malta. Era de los pocos afectos que no se habían muerto y que se forjó en su vida anterior, previo al accidente que había significado un antes y un después.

—Pero pasa, cariño. El frío es polar —dijo y la tomó de la mano.

Entraron en la casa.

Vita vio a Rodrygo Malnati de pie, a pocos metros, mirándola. Llevaba un vaso bajo en la mano.

Era el mismo hombre que ella recordaba. Solo que más delgado y con el pelo cano. Pero la expresión que siempre le pareció llamativa y peligrosa por igual estaba allí en ese rostro más viva que nunca.

Rodrygo Malnati era un hombre rubio con la cara angulosa. Para muchas y muchos resultaba atractivo, pero a ella en realidad siempre le pareció insípido, tal vez por poseer ese tipo tan perfecto. A Vita le gustaba la imperfección, la sorpresa de encontrar en un rostro o un cuerpo algo particular; la nariz más prominente; los labios demasiado finos o gruesos; las orejas más pequeñas o más grandes de lo esperado; algo que rompiera el molde y que nublara la idea de que se estaba mirando una escultura en lugar de un ser humano.

Y eso no pasaba con Rodrygo. Era como un hombre creado por inteligencia artificial. De esos que ella en noches de insomnio, pensando en sus personajes de ficción, veía en las páginas gratuitas de imágenes que había en internet.

Así era Rodrygo Malnati. Una imagen perfecta, pero sus ojos eran como los creados por la inteligencia artificial. Estaban desprovistos de humanidad.

—¡PERO si es nada más y nada menos que la chica perdida! ¡La que desapareció del mapa! La hija pródiga. Te ves genial, como siempre —dijo Rodrygo—. Aunque antes no podía decírtelo, porque me habían cazado —completó haciendo alusión a su noviazgo con Malta, en un comentario que a Vita le pareció fuera de lugar.

—Hola, Rodrygo —se limitó a responder, cortante.

Detrás de él había aparecido otro hombre. Se trataba de uno más joven, de menos de treinta años. Usaba gafas, llevaba la raya al medio y el color de su cabello era rojizo. Vestía *jeans* y un suéter negro.

—Querida, él es Jordi Parras —dijo Malta.

Jordi Parras se acercó y le tendió la mano a Vita. Rodrygo Malnati lo miró como conteniendo una emoción desagradable. Vita se fijó en eso. Parecía pensar que no era alguien que debía estar allí. Además, en la conversación que había escuchado le pareció que de forma soterrada había menosprecio de parte de Rodrygo hacia Jordi.

—Encantada —dijo Vita.

El hombre le tendió la mano. Parecía un sujeto tímido.

—Vamos al salón. Allí está mi madre —anunció Malta.

Todos giraron y tomaron camino por un corredor. Vita se dio cuenta de que en él había varias obras de arte. Una de ellas parecía la representación de un bisonte, le recordó la célebre pintura rupestre de Altamira, y luego había un espejo junto a un perchero. Allí dejó su abrigo y la bufanda.

Cuando pasó junto al espejo, sucedió algo inesperado. Por alguna razón solo vio la mitad de su rostro, como si llevara un velo negro que solo cubriera la mitad de su cara.

Esto era diferente a los personajes de ficción que imaginaba: nunca había afectado en su imaginación su propia imagen.

La luz del lugar titiló. El chico, Jordi, lanzó una exclamación. La luz volvió.

—La oscuridad te ha puesto nervioso. Nadie se siente seguro en la oscuridad. Pero ya no somos niños... —dijo Rodrygo y sonrió, burlándose de Jordi.

Vita recordó que una de las prácticas de Rodrygo en el pasado era destacar de una manera «elegante» las limitaciones de otros. Ella tuvo la impresión de que en la mente de Rodrygo Jordi era un ser inferior.

—No es para tanto, solo ha sido un momento. Últimamente debe andar algo mal en la electricidad de esta casa. Suele pasar esto a algunas horas —justificó Malta.

EN EL SALÓN aguardaba Bernarda Reyna.

Vita quedó maravillada al verla. Si la madre de Damián era una mala copia de una mujer consciente de pertenecer a una especie de grupo distinguido, Bernarda era la original de esa copia.

Estaba sentada en la estancia que tenía una iluminación discreta. El lugar olía a una fragancia floral, que Vita supuso su perfume.

Vestía de verde oliva con un suéter y un pantalón a juego. Su mirada seguía siendo la misma; viva, inquietante.

—¡Oh...! Querida mía. ¡La mejor compañera que jamás tuvo mi hija! Y es una bendición que estés aquí con nosotros. Ha sido una inmensa fortuna que se hayan encontrado de nuevo. Mi hija necesita a alguien como tú cerca —dijo Bernarda.

Vita se acercó a ella. Notó que, cuando lo hizo Bernarda, se puso de pie con dificultad. La besó en ambas mejillas y luego volvió a tomar asiento.

—Pues ya estamos todos. Tomemos el aperitivo aquí en el salón y luego vamos al comedor —manifestó Malta.

Se sentaron. Vita lo hizo junto a Bernarda y a Malta, en el sofá de tres puestos. Rodrygo se sentó en una butaca y en la mesita de junto depositó el vaso que llevaba consigo.

Jordi se sentó en el otro sillón.

Malta tomó de la mesa central del salón una copa de vino a medio andar y dio un sorbo. Le preguntó a Vita qué quería tomar. Ella respondió que lo mismo que ella tomaba.

Rodrygo se levantó más rápido que Malta y fue en busca de la copa de vino. Malta lo miró extrañada.

—Cuéntanos de ti, querida. Lamentamos mucho lo sucedido. Pero es una gran alegría ver que estás de una pieza, que tienes contigo todavía esa vitalidad que hace honor a tu nombre —dijo Bernarda.

—No hay mucho que contar, Bernarda. Mi vida no es muy interesante, bastante común, diría yo —respondió Vita.

—Mucha gente cree que ser común es negativo, y la verdad es que yo creo que en eso radica la verdadera felicidad —manifestó Jordi de repente.

Todos se quedaron mirándole.

—TENDRÁS QUE EXPLICARNOS ESO, querido. Y les anticipo que cuando Jordi expone sus puntos de vista, no queda otro camino que prestarle toda la atención. Lo hace con una vehemencia que es oro, sobre todo en esta época de tanta mediocridad y banalidad. Es por eso por lo que me considero una mujer muy afortunada. En primer lugar, por la hija que tengo, y en segundo término, por mi amigo y ángel de la guarda —confesó Bernarda.

—Pues veo que se deshacen en elogios. ¿De qué me he perdido? —dijo Rodrygo, quien volvía con la copa de vino para Vita.

Luego de entregársela, tomó asiento.

—Pues digo que ser común es signo de sanidad mental. Allá aquellos que pretenden la fama a toda costa. Deben vivir muy atormentados, perseguidos por el fantasma del fracaso —manifestó.

—Esa filosofía... la he escuchado antes —dijo Rodrygo y sonrió.

Malta lo miró. Vita comprendió que aún le interesaba su exmarido. De allí, pensó, el tiempo que había tomado en arreglarse.

—Y yo estoy muy de acuerdo con ella —dijo Bernarda, tajante.

Rodrygo la miró, sorprendido, y luego dio una mirada de soslayo a Jordi.

«Está celoso». «Más bien, indignado de que este hombre esté aquí».

—Hay una teoría referente a que la materia que conforma a las personas en algún momento fue polvo de estrellas. Quiero decir, carbono, oxígeno e hidrógeno. Creo que nada más. Las personas que deciden de manera egoísta, que son antireglas para la armonía del todo, son compuestos anti universo. Su materia está infecta, y es defectuosa. Siempre contribuirán al caos y no a la armonía. Morirán, y su materia siempre formará parte de ese patrón de división, de caos; de ausencia de armonía en cualquier otro cuerpo que formen, en cualquier otro ser vivo con biomoléculas —dijo Bernarda con una entonación como si estuviese brindando una conferencia. Sus ojos brillaban. Fue como si de repente se hiciese más joven.

Vita nunca la había visto hablar de ese modo y notó que sus maneras eran idénticas a las de Malta. Parecían dos gotas de agua, la misma entonación y la forma de pronunciación.

—¿Y qué tiene que ver la teoría del polvo cósmico con que una persona no quiera ser del montón? ¿Con eso que tú has llamado egoísmo? —cuestionó Rodrygo.

—Yo te apreció un montón, querido. Pero eres justamente de los egoístas, de los que rompen la armonía que solo construyen las personas sin las ambiciones de fama que tú llevas a donde vas. Es así. A las cosas hay que llamarlas por su nombre. Pero también he de decir que son los

hombres como tú los que más atraen a las mujeres. No hay remedio.

Esas fueron las palabras de Bernarda.

Entonces, Vita lo vio muy claro: comprendió qué era lo que pasaba allí. Malta aún amaba a Rodrygo Malnati, y eso significaba que siempre iba a amarlo. Bernarda lo sabía, y como era lo que ella llamaba una intelectual, se había dado a la tarea de estudiar a la gente como Rodrygo. A personas que ella llamaba egoístas. Y tal vez por eso hubiese procurado la compañía de alguien diametralmente opuesto a su exyerno. La compañía de Jordi Parras.

A su manera, Bernarda Reyna hacía lo mismo que Anna Burke. No podían estar en el mundo si no era experimentando. Esta lo hacía con los vivos, y aquella con los muertos.

La atmósfera del salón era cargante. Entre el estudio de Bernarda y el deseo de Malta estaba la tirantez de los dos hombres; una que era sobre todo responsabilidad de Rodrygo. Jordi Parras solo se defendía de los ataques de este. No parecía dejarse vejar.

«Tal vez fuese un resentido. Tal vez...».

—CARIÑO..., ¿me escuchas? —preguntó Malta.

—Perdón. Me distraje un poco —respondió Vita.

—¿Que si te ha gustado el vino? No es el mismo que tomamos antes, pero está muy bien —manifestó Malta.

—Está increíble —respondió Vita.

—¿Tú no tomas nada? —le preguntó Rodrygo a Jordi.

—No. No me gusta el alcohol —respondió.

—Tengo cerveza sin alcohol y Ginebra 0,0 también —propuso Malta.

—Una cerveza sin alcohol estaría bien —dijo él.

Malta se levantó a buscarla.

—¿Cómo te va en tu trabajo, querido? —Quiso saber Bernarda—. ¿Has resuelto el problema que me comentaste la última vez? —completó.

Vita se interesó en la conversación.

—No es fácil que la gente encaje los cambios necesarios. Más aún en medicina e investigación. El descubrimiento de las células zombis cerebrales, aquellas que continúan vivas cuando morimos, ha abierto una ventana de observación de nuevas potencialidades. Y para muchos, eso es inaceptable.

—¿Y esa es tu investigación? —preguntó Vita.

—Sí. Los alcances se pierden de vista. Todo comenzó con el análisis de la expresión génica en un tejido cerebral fresco, recogido en una cirugía cerebral rutinaria en Barcelona. Se simuló el intervalo *post mortem* y la muerte, es decir, las células ya no pertenecían al organismo vivo. Gracias al análisis se halló que esta expresión génica realmente aumentaba tras la muerte.

Hizo una pausa.

—Eso sucedió hace años, y desde entonces estamos tratando de incorporar estudios nuevos en el Instituto de Patología.

—¿Y por qué no hacerlo con tejidos extraídos de las salas de operaciones? —intervino Jordi—. ¿Por qué extraer los tejidos de los cadáveres? ¿Es porque la noticia resulta todavía más sorprendente?

Su pregunta fue un buen golpe de revés.

MALTA VOLVÍA con el vaso para Jordi. Se lo tendió y él lo tomó, agradeciendo.

—El hecho, querido amigo, es que si se hacen los estudios en pacientes terminales que hayan dado su consentimiento, una vez muertos se pueden extraer diferentes tipos de tejidos, no solo el cerebral, y así se pueden establecer comparaciones que nos permitirían conocer a las células zombis mucho mejor. Estas células son las que amplían su capacidad genética horas después de la muerte.

—¿Y eso para qué importa? —preguntó Bernarda, arrugando un poco la frente y tomando con cuidado una copa de moscatel que había en la mesa del centro y que Jordi le ayudó a alcanzar.

—Importa porque en ese momento de la actividad se puede registrar, se puede conectar con un ordenador, si dan los permisos... —sugirió Rodrygo.

—Y esto es más fácil de lograr con células zombis de una persona muerta que con una viva, porque con una viva quedaría el problema ético de haber clonado aunque sea parcialmente a un ser que aún respira. ¿No es así? —cuestionó Jordi.

—Es como una versión actual del moderno Prometeo. ¡Vaya! Cuántas insensateces se cometen hoy en día y cuánto tiempo absorben. Deberíamos estar todos disfrutando, haciendo el amor, acariciando animales, respirando aire puro o bañándonos en el mar en la Polinesia Francesa, y en lugar de eso, hay en este momento un sinfín de almas encerradas en laboratorios tratando de exprimir las últimas células vivas de tejidos muertos —se quejó Bernarda y pidió a Jordi que por favor pusiera su copa de nuevo en la mesa.

—Bueno, ya está bien de charlas. Vamos a cenar. No crean que he preparado yo la cena. La he encargado a un lugar que me han recomendado. Es una cena de lujo, mamá. Aquí digo delante de todos que para mí también ha sido una fortuna haber compartido tantos años de mi vida contigo; me has hecho una persona justa. Además, una no sabe nunca lo que vas a opinar, y en eso consiste tu encanto —confesó Malta.

Todos levantaron sus copas y vasos y brindaron por Bernarda.

—Pues yo brindo porque los enemigos, porque nuestros enemigos, nunca sean tan felices como nosotros lo somos hoy.

LA CENA TRANSCURRIÓ como era de esperarse, al menos para Vita.

La tirantez entre Rodrygo y Jordi continuó; los comentarios de Bernarda dando la razón a uno y a otro alternativamente también continuaron, y Malta en muchas ocasiones miraba a Rodrygo como si quisiera desaparecer a todos menos a él.

Vita deseaba quedarse a solas con Rodrygo para hablarle de Damián Busto. Necesitaba determinar qué era lo que había entre ellos, cuál era la relación entre la última víctima del asesino y Malnati.

Llegó el postre.

De repente Bernarda se sintió mal. Malta se preocupó y le reclamó haber tomado mucho vino. Bernarda la abrazó y se excusó. Pidió a Jordi que la llevara a casa. Así que Jordi y Bernarda se fueron.

Malta, inquieta, dejó marchar a su madre con la condición de que se mantuviera en comunicación con ella durante todo el trayecto y hasta que estuviese en la cama.

Lo que parecía una acción sobreprotectora para ella era lo más normal del mundo. Así que Malta tomó una copa de vino y le dijo a Vita y a Rodrygo que la aguardasen en el salón, y se quedó en la cocina hablando a través del móvil con su madre mientras esta se desplazaba en el coche de Jordi a casa. Para Vita fue perfecto porque así dispuso de tiempo para estar a solas con Rodrygo.

—Me ha dicho Malta que estuviste preguntando por ese asunto de los «azules», por las prácticas necrófilas en el instituto —dijo Rodrygo apenas se quedaron solos.

Vita no se lo esperaba, sin embargo, disimuló su asombro.

—Sí. Es cierto. ¿Tú conociste a Carlos Grimmer? Dice Malta que con frecuencia era invitado al instituto en la universidad para brindar charlas a los estudiantes —respondió.

—Claro. Todos conocíamos a Grimmer —respondió y sonrió.

A Vita le pareció que ese «todos» llevaba consigo una connotación especial. ¿Es que Rodrygo sabía que Renart conocía a Grimmer?

Se dijo que estaba imaginando cosas...

—Y TAMBIÉN CONOCÍA A CLAUDIO FALLAS. Y te voy a decir una cosa más. Ninguno de ellos murió como dicen que murieron. Esos hombres no se hubiesen suicidado ni en mil años. Y los dos estaban metidos en algo turbio en las salas de anatomía patológica. Yo lo denuncié en una oportunidad, pero no tenía pruebas, pero tampoco dudas. Hice lo que pude. A pesar de que Bernarda me ha tildado de una suerte de egoísta sin remedio, no me agrada que ande la gente por allí abusando de cadáveres. Es más, me parece algo bastante decepcionante en relación con la especie humana.

Hizo una pausa.

—Verás, me parece que algunos sistemas están hechos para ser parte del problema y no de las soluciones. Yo hablé con el director del instituto en ese momento, el gran Johan Kuri, y simplemente me miró, me escuchó, dijo que se encargaría y luego supe que no hizo nada. Ahora murió, así que si sabía algo más, se lo habrá llevado a la tumba.

—¿Le dijiste a Kuri que Fallas y Grimmer estaban haciendo lo que hacían en las salas de autopsias?

—Así es. Y por eso pienso que algún familiar o simplemente alguien que quería a una de esas personas muertas que reposaban sobre las mesas de autopsias mató a Fallas y a Grimmer. Tal vez el mismo Kuri estuviera en el ajo y por eso no hizo nada. Eso me lo he planteado después.

—¿Tú crees que Fallas y Grimmer abusaron de muchos cuerpos?

—Creo que sí. Eso debió empezar cuando estudiaban y se quedaron en eso, se convirtió en un vicio. Esa es mi opinión —concluyó.

Vita se vio tentada a decirle a Rodrygo lo que sabía, que había una conexión entre la muerte de ellos y las de Pía Vallejo y Damián Busto, pero calló. Se reclamó a sí misma ese impulso, ese deseo repentino.

Que Rodrygo Malnati denunciara a Fallas y a Grimmer no significaba nada en realidad. Tal vez era el asesino y lo hacía para despistar. Quizás Damián descubrió algo que Pía sabía que lo inculpaba a él y por eso lo asesinó también. Y el manifiesto no era más que una distracción, un arenque rojo.

Entonces, en ese momento una mujer joven desnuda, con la piel azul, apareció en el salón. Se acercó a Vita y le habló, de pie tras el lugar donde Rodrygo estaba sentado.

—¿Qué clase de especialista eres? ¿Cómo es que no te has dado cuenta de que soy yo la clave de todo?

EL PERSONAJE imaginario era Pía Vallejo. Luego desapareció, y en cambio apareció Malta.

—Pues ya está. Bernarda está en la cama. Por suerte vive a cinco minutos de aquí. Ahora sí estoy tranquila —manifestó y se deshizo de los zapatos de tacón que llevaba puestos.

Sin duda se sentía como en casa con Rodrygo y con Vita.

Vita comprendió que había llegado la hora de irse, pero necesitaba hacer una última pregunta. Se jugaría todo o nada.

—¿Alguno de ustedes conocía a un chico llamado Damián Busto? —preguntó sin más.

Malta y Rodrygo se miraron entre sí.

—Te dije que lo descubriría más pronto que tarde —dijo Malta a Rodrygo.

—¿Podrían explicarme qué está pasando...? —comenzó a decir Vita, pero fue interrumpida.

—Es el chico que hubiese podido tener las pruebas de que Grimmer estaba como un cencerro, pero nunca dijo nada. Y yo creo que no lo hizo porque se asustó cuando ellos asesinaron a su novia. Y ahora, tengo entendido, también lo mataron a él —dijo Rodrygo con aire de preocupación.

—Lo que ha pasado, Vita, es que hoy a mediodía he hablado de esto con Rodrygo, y él ya se había enterado de la noticia del asesinato de Damián y me contó que cuando alertó a Kuri de los actos de Grimmer y Fallas, de lo cual yo no sabía nada por cierto porque eso fue hace más de tres años y nunca me lo dijo, también le dijo que Pía Vallejo, una chica que ofrecía servicios como fotógrafa artística, debía tener las pruebas de lo que ellos hacían. Rodrygo lo supo porque la vio salir del instituto una madrugada, llevando una cámara de filmación con ella, y venía de reunirse con Fallas.

Vita recordó la filmación que Anna Burke dijo que había visto.

—... Rodrygo indagó un poco y descubrió quién era la chica, es decir, su nombre y los «servicios» que prestaba. Entonces, al leer la noticia del asesinato de Damián Busto y conocer que el chico había sido novio de Pía Vallejo, lo relacionó todo. Igual a mí me parece que no hay nada comprobado...

Malta seguía hablando, pero Vita se encontraba aturdida.

Ahora recién acababa de descubrir la relación de Pía con los necrófilos Fallas y Grimmer. Pero su subconsciente parecía saberlo desde antes. Por eso vio su personaje aparecer allí en el salón.

—¿SIGNIFICA que crees que hay una persona que está acabando con quienes abusaron de los cadáveres, y con los que de alguna manera u otra lo sabían y se hacían la vista gorda? —preguntó Vita a Rodrygo.

—No hace falta ser muy inteligente para darse cuenta. Dos forenses con prácticas insanas y poco éticas en su lugar de trabajo, una chica que filmaba y fotografiaba lo que a ella debió parecerle algo fuera de lote, gótico o bizarro, no lo sé. Una chica oscura y desorientada que se vio mezclada en eso y por último su novio, que tal vez también sabía algo de lo que pasaba y no hizo nada. Eso es lo que yo creo —sentenció Rodrygo.

—¿Por qué esperaron tanto para matar a Grimmer y a Damián? —cuestionó Vita.

—Eso no lo sé —dijo Rodrygo. Lo hizo con una entonación particular que ella recordaba. Cuando Rodrygo Malnati no sabía algo, dejaba claro con sus entonaciones que aquello era algo sin importancia.

—¿Y por qué Damián Busto tenía en su pantalón un papel con la dirección escrita de tu casa? —preguntó Vita y miró con fijeza la expresión de Rodrygo.

—¿Qué? —exclamó Malta.

Entonces fue Rodrygo quien respondió.

—Porque me quedé esperando que viniera a verme. Con la muerte de Carlos Grimmer, supuse que las cosas volverían a ocurrir. Que habría más muertes. Lo que en realidad creo es que los azules no solo eran Fallas y Grimmer. Debe haber más, que hacen las mismas cosas cuando nadie está allí fingiendo que están investigando. Y al morir Grimmer de la misma manera que Fallas, me dije que el vengador había aparecido de nuevo. Voy a explicártelo todo para que lo comprendas bien. Hace poco más de un año me enteré de que un joven que estudió en la universidad Ciencias Forenses había sido novio de la chica que tomaba las fotos artísticas, y que murió meses atrás. Fue en una fiesta de estudiantes.

Malta lo miró con una mirada fulminante.

—A Malta nunca le gustó que fuera, pero es allí donde uno accede a la verdadera forma de pensar de los estudiantes, es allí donde se toma el pulso de la época que vivimos... Y todo comenzó porque los chicos empezaron a hablar de las aplicaciones para encontrar pareja, y entonces una cosa llevó a la otra y alguien dijo que había escuchado que un exestudiante de la escuela había sido novio de una chica muy rara que había muerto...

—¿Por qué te has tomado tantas molestias en todo esto? —preguntó Vita, capciosa.

—Por egoísmo. Estoy concursando para un gran proyecto de financiamiento para mi

proyecto de las células zombis. Y nada de estas cosas pueden seguir pasando si quiero obtenerlo. Es mala publicidad para el instituto. Al morir Grimmer, me preocupé. La acción del vengador, quien quiera que sea, no me conviene.

Aquello si era consistente con la personalidad de Rodrygo Malnati.

Vita suspiró. Aunque ese hombre no le agradaba, todo lo que había dicho tenía sentido. Cada pieza calzaba en su lugar.

—¿Es decir, que contactaste con Damián Busto? ¿Y qué le dijiste?

—Así es. Cuando murió Grimmer, me puse manos a la obra y contacté con ese chico que desde hace año y medio sé que fue novio de Pía Vallejo. No me fue difícil conseguirlo. Lo llamé y le dije que quería hablar con él. Al principio me dijo que no le interesaba hablarme. Le ofrecí dinero. Bastante.

—Y un boleto a Italia... —completó Vita.

—Sí. Solo si me daba algo en concreto que pudiese desentrañar algo más sobre los azules. Porque mi interés no es hacer justicia, es que nadie arruine mi proyecto. Y si esto sale a la luz pública, que en el instituto y en la morgue hay gente haciendo cosas a los cadáveres, podré decir adiós a mi proyecto. ¡Por mí que cacen a todos esos malditos que no son capaces de conquistar a una mujer o a un hombre, me da igual!

Hizo una pausa.

La luz de la casa volvió a titilar.

—Pero en realidad tenía la impresión de que ese chico no sabía nada de nada. Creo que estaba alardeando para que le diera el dinero y nada más. La que sí sabía era Pía Vallejo, la única que podía tener las pruebas de los actos, las fotos, las filmaciones. Supongo que Fallas le pagó buen dinero.

—Pero debió encontrar algo entonces. Algo que hizo que lo asesinaran..., como —comenzó a decir Vita y luego calló.

Lo hizo porque recordó algo que había dicho Oriana, la madre del chico. Él había estado moviendo cajas, buscando cosas para mudarse a la habitación del bar que había heredado.

«Era una posibilidad...».

Tomó el móvil y llamó a Gorka. Se levantó y abandonó el salón. Se detuvo en medio del corredor que antes había tomado para llegar allí.

—Gorka, ¿has ido al bar? ¿Has encontrado algo? —preguntó apurando las palabras.

—Justo acabo de terminar de explorar. Nada de nada. Pero alguien estuvo aquí antes. La puerta lateral estaba violentada. Lo que fuera que este chico tenía, también ha sido de interés para el asesino. Hemos llegado tarde —lamentó.

PASARON varios días sin resultados ni avances en el caso.

Vita y Gorka habían visitado el lugar donde vivió Pía Vallejo, en el barrio de Arganzuela. De ella solo quedaban unas pocas pertenencias en el trastero del edificio.

Vita compartió con Gorka lo descubierto por Rodrygo Malnati. Las piezas encajaban y todo conducía a pensar que había un vengador buscando justicia, y que estaba dispuesto a acabar con todas las personas que habían estado implicadas en las horrendas acciones de abusos sobre los cadáveres.

No era fácil continuar el caso. Eran cientos de cuerpos los que habían sido analizados en el instituto, y tampoco sabían desde qué época comenzar la pesquisa. Ni siquiera sabían si alguien más del instituto o de la escuela forense continuaba abusando de los cuerpos.

Así llegó el 24 de diciembre, con Vita y Gorka sumergidos en expedientes y documentos. Separaron como material de interés las autopsias que Fallas y Grimmer habían firmado, tanto de hombres como de mujeres. Sobre todo los que fueran de personas jóvenes. Esa era la prioridad.

Vita se devanaba los sesos intentando construir un perfil de Fallas. El perfil de Grimmer sí lo tenía claro, pero a Fallas ni siquiera lo había conocido. Buscó en su pasado. Solo sabía que trabajó varios años en Barcelona, pero no había ninguna mancha en su reputación.

Aquella tarde del 24 de diciembre cayó sobre la ciudad de Madrid una nevada increíble.

Vita se hallaba en su piso mirando por la ventana. Podía ver a las personas que caminaban y a los chicos que disfrutaban al sentir la nieve caer. Su casa estaba en desorden, con papeles por doquier. Gorka acababa de irse. Ella no tenía ningún plan para la cena. Malta la había invitado a cenar en casa, pero ella rechazó la invitación.

Se puso un abrigo, el primero que vio, un gorro y una bufanda. Salió a la calle.

Anduvo deambulando sin rumbo por la ciudad hasta llegar al centro. Caminó por la plaza de Oriente, entre los reyes visigodos y los primeros reinos cristianos. Ese lugar le gustaba, y más aún lleno de nieve. Recordó que de niña iba corriendo entre las figuras de los reyes. La sensación de pisar la arena de ese lugar siempre le había parecido especial, y hacerlo al lado de las esculturas imprimía una sensación de surrealismo, como si estuviese en otro planeta rodeada de personas con vestimentas distintas.

Ahora la fina arena de la plaza se mezclaba con la nieve que no paraba de caer. Caminó y pasó frente al Teatro Real y continuó avanzando. Encontró muchos grupos de jóvenes celebrando lo que se dijo era el preámbulo de la cena en casa, aprovechando de salir con amigos porque luego la compañía sería la familia. Pero ella no tenía familia, y podía decirse que tampoco tenía

un grupo de amigos.

Solo podía contar dos. A Gorka y a Malta.

Ya había rechazado la invitación de Malta, así que decidió ir al piso de Gorka.

No deseaba ser eso: una persona sin nadie a quien querer, sin nadie a quien desear una «feliz Navidad», fuera lo que fuera eso. Lo haría por Eloise. A ella le encantaba la Navidad de pequeña, como a todos los niños.

LA ESTACIÓN DEL METRO DE GRAN VÍA estaba a reventar. En condiciones normales, la gente le molestaba, pero en ese momento resultó agradable estar allí.

Salió en la estación Ventas.

Caminó bordeando la plaza y continuó avanzando unos minutos más.

Al poco tiempo, llegó al edificio donde Gorka había rentado mientras duraba el caso. Una mujer salía del edificio y ella aprovechó para entrar. Subió al piso número tres, y cuando iba a tocar a la puerta, se dio cuenta de que esta estaba abierta.

No le gustó lo que su cabeza imaginó.

«Debe estar todo bien», se dijo para tranquilizarse.

—¡Gorka! ¿Estás bien? —preguntó.

No obtenía respuesta.

Entró y vio una figura que parecía un caballo hecha añicos en el suelo.

—¡Gorka! ¡Soy Eva! ¿Dónde estás? —insistió.

Sintió un latido en la sien.

Caminó y atravesó el salón y el comedor.

No había señal de lucha, solo el caballo de vidrio roto. Regresó y tomó una de las partes del caballo que le pareció más filosa.

—¿Gorka? —volvió a decir.

Escuchó un ruido, provenía de la habitación. Miró a la cocina y fue a buscar un cuchillo. Guardó la pieza filosa en el bolsillo y lo tomó.

Se armó de valor y caminó hacia el cuarto.

«¿Por qué alguien le haría algo a Gorka?».

Cuando llegó a la habitación, vio las sábanas de la cama revueltas.

En ese momento descubrió lo que había pasado, pero fue demasiado tarde para poder reaccionar, o dar vuelta atrás e irse.

Debió haberlo sabido antes, tenía todas las señales delante de sus ojos.

Pero no supo verlas.

—VITA BELL, ¿qué diablos estás haciendo aquí? ¡Casi me matas del susto!

Esas fueron las palabras de Gorka, que estaba desnudo saliendo de la ducha.

No pudo sino reclamarle esa intromisión en su casa, de primeras. Y luego darse cuenta de su desnudez.

—Haz el favor de voltearte —le pidió.

Ella lo hizo, soltó el cuchillo y luego comenzó a reír.

Gorka se puso una toalla sujeta a la cintura y luego se acercó a ella.

—La puerta estaba abierta, y un objeto roto, en el salón...

—Pues ella debió haberla dejado abierta. Lo del salón fue un accidente... Al menos, avísame cuando vengas. Un poco más y me consigues... Está bien, ¿qué ha pasado?

—Nada en realidad, Gorka. Solo que pensé que no estarías haciendo nada, y yo no tenía nada que hacer tampoco. Creo que fue una mala idea. Me iré a casa de Malta.

—¡Que no, mujer! Espera a que me vista y cenamos cualquier cosa. Mi hermana se ha ido a Galicia con unos tíos. Así que ando como un alma errante, igual que tú. Ahora mismo pedimos comida japonesa, que me encanta y hoy me ha provocado —dijo él, haciéndose cargo de la situación, dándose cuenta de que Vita se sentía sola aquella noche.

Ella se percató de que era posiblemente la primera vez que era objeto de atención, o más vale decir, de consideración por parte de alguien y no era ella la que debía cuidar el ánimo de otra persona. Como psiquiatra forense, daba por descontado que ella debía ser siempre la terapeuta. Lo que Gorka acababa de hacer iba a valorarlo por mucho tiempo.

Gorka pensaba que no le costaba nada estar para ella. Distinto hubiese sido de haber llegado una hora antes. Gorka habría estado teniendo sexo con la chica que ella acababa de cruzarse.

—Muy bien —respondió.

Al cabo de cincuenta minutos, los dos estaban hablando en la mesa, en medio de cajas de *sushi* y platos con pato laqueado y cebollino.

Antes habían salido a buscar dos botellas, una de cava y una de vino. Pensaban pasar una cena navideña bastante *sui generis*.

Pero antes de la doce de la noche, se dieron cuenta de que algo muy grave había sucedido.

EN UN PORTAL llamado Toro Crime apareció la noticia que hasta ese momento habían sabido guardar en secreto; era posible que las muertes tuviesen que ver con actos de abuso necrófilos de los especialistas del Instituto de Estudios Forenses de Madrid. El portal de noticias mencionaba a Claudio Fallas y a Carlos Grimmer. Además, y eso era lo peor, copiaba textual el manifiesto que había aparecido bajo el cadáver de Damián Busto.

—¿Cómo diablos lo han sabido? —se preguntó Gorka, quien al tomar el móvil para escribir un mensaje a su sobrino dio con la noticia en X.

Luego mostró el portal a Vita.

—Debió ser Vilchis. Creo que ese hombre sería capaz de hacer cualquier cosa por adquirir notoriedad, y esto, aunque no lo creas, se la brinda. Ya verás que ahora le perseguirán decenas de periodistas, porque él está allá en Burgos, y es el encargado del caso. Voy a llamar a Maurice...

—No creo que haya sido Vilchis —dijo Gorka y luego calló.

Pasó sus dos manos por la cabeza y luego, con un movimiento brusco, se revolvió el cabello con ellas. Luego las apartó y levantó el mentón. Había desconcierto y rabia en sus ojos.

—Eso era lo que estaba haciendo aquí cuando dijo que debía ir a la sala de baño. Estaba mirando la carpeta del caso. Allí hice unas anotaciones sobre los forenses y estaba el manifiesto. ¿Lo recuerdas? Yo llevaba impresas las imágenes de las hojas. Lo peor es que ella me gusta. Sí, me gusta, pero se ve que no tengo buen tino para darme cuenta cuando me utilizan. ¡Soy un idiota! —exclamó.

—Esa chica..., ¿de dónde...?

—Te dije que soy usuario de varias aplicaciones. De allí la saqué, si es lo que te preguntas. Y no la conozco de nada. Tuvo que ser ella.

—Esto será un desastre. Mañana no se hablará de otra cosa. Aunque tal vez hayamos tenido suerte, y como es 25 de diciembre, la prensa y los medios están un poco a media máquina, tal vez el golpe no sea tan duro —razonó Vita.

—Esto podría acabar con mi carrera, doctora —dijo Gorka con voz grave y luego la miró con un brillo de reproche.

Sabía lo que pensaba, que si ella hubiese llamado unas horas antes y le hubiese dicho que se vieran aquella noche, él no habría buscado compañía.

Vita, con sus años de experiencia, era capaz de reconocer cuándo una persona, empleando un típico mecanismo de defensa ante algo que podía lucir como una catástrofe, repartía culpas de su propio error.

—No va a ser ningún fin de tu carrera, Gorka. Sé cuánto significa para ti. No diremos nada. Solo a Maurice. Lo dejaremos pasar.

—¿Y cómo sabes que Maurice no lo dirá?

—Porque Maurice me debe algo. Ahora lo que tenemos que hacer es hallar al culpable de los asesinatos. Nada más.

AL DÍA SIGUIENTE, Vita y Gorka hicieron control de daños. Si bien la noticia fue comentada en redes sociales, y un canal de televisión intentó una comunicación con Enrique Vilchis de manera infructuosa, sucedió un poco lo que previó Vita. Aquel era el día siguiente a la Nochebuena y la ciudad estaba adormecida.

A las once de la mañana, Vita recibió una llamada de Malta.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Yo apenas abriendo los ojos. Anoche nos acostamos supertarde, vino Rodrygo y Leandro. ¿Recuerdas a Leandro? Leandro Pisani estudió dos años después de nosotras. Es mi compañero de trabajo y un gran tipo. En fin, no te llamo por eso, sino porque desde ya te invito a pasar la Nochevieja con nosotros. Así no podrás negarte, porque tienes seis días por delante para desembarazarte de cualquier otro compromiso.

Hizo silencio.

—Pues está bien, Malta —respondió Vita, pensando que llegado el día inventaría algo si no le apetecía ir.

—Sabes, estuvimos hablando anoche... Rodrygo... Recordamos que hubo un caso hace muchos años, fue el primero que sonó con más fuerza, de una niña que murió, una chica de quince, y Fallas hizo la autopsia. Fue un caso de alguna forma célebre porque la causa de la muerte no estaba muy clara. El hecho es que sus padres acusaban a Fallas de haber hecho algo insano con el cadáver de su hija. El hombre parecía enloquecido de dolor, y por eso nadie lo tomó en serio. Por eso y porque ya sabes que en ambientes científicos como este, así como en el clínico, las solidaridades automáticas no se hacen esperar...

Vita escuchaba a su amiga, que hablaba sin parar, y de repente recordó al personaje imaginario, a la mujer que la visitó en la habitación del hospital. Ella acusaba algo similar a lo que ahora le decía su amiga. Vita pensó que, al estar hospitalizada después del disparo, ella misma había percibido ese ambiente de tapadera, de solidaridad a toda costa que Malta mencionaba. Era como si el sistema de la salud, de la ciencia que estudia los cuerpos, pudiera ser de los más cómplices cuando algo se sale de control. No sabía por qué pensaba eso, pero lo hacía.

—¿Cómo se llamaba esa chica? ¿Lo recuerdas?

—Quien lo recordaba con más claridad era Leandro. Ella se llamaba Verónica y su padre Esteban Sanabria. Eso sucedió hace por lo menos cinco años. Pero la familia se fue de Madrid, creo que a una casa familiar en la sierra. He visto las noticias, las redes están que arden. ¿Tú crees que alguien está vengándose de lo que, parece que es cierto, realizaban Fallas y compañía?

Yo me sigo resistiendo a creerlo... Ayer gran parte de la cena estuvimos hablando de esto. Mi madre opinaba que estaba muy bien hecho que alguien estuviese acabando con esas lacras, por lo de la teoría que lleva ahora a todos lados, la de la armonía, el caos y el polvo de estrellas.

—Gracias, Malta, por la invitación. Nos veremos. Te llevo una botella de vino —alcanzó a decir Vita.

Hubo algo en la conversación que la dejó intranquila, pero en ese momento no supo ver por qué. Tampoco comprendía por qué en las pesquisas de ellos no habían dado con el caso de Verónica Sanabria. Tal vez porque alguien convenientemente había sacado de vista el expediente.

VITA CONTÓ sobre Verónica Sanabria a Gorka. Se pusieron manos a la obra para dar con el paradero de Esteban, su padre, o de alguien de su familia.

El portal Toro Crime ahora había nutrido la información sobre el manifiesto con entrevistas de opinión a expertos en psicología criminal. Todas le parecían a Vita carentes de confiabilidad. Ella, la chica que había tomado la información del piso de Gorka y que se llamaba Ariadna Terán, se había encargado de entrevistar a los «expertos».

Eran las doce del mediodía cuando Vita se miró al espejo en su habitación. Se disponía a salir a caminar. Estar encerrada en casa le resultaba un tanto desesperante, porque deseaba avanzar en el caso y no lo lograba. Estaban como en un punto muerto. También se había planteado volver a activar las consultas en su nueva oficina, pero no deseaba arruinar los días de fiesta a Eugenia. Había recibido un mensaje de ella deseándole felices fiestas y también informándole que Belén, la chica que entró al consultorio afirmando que había matado a alguien, le envió un mensaje al móvil, ya que ese era el número registrado para la solicitud de las consultas con la doctora Eva Bell. Belén solo quería agradecer la orientación que ella le brindó, y le pidió su número de móvil para hacerlo. Vita respondió a Eugenia que podía confiárselo.

Allí, mientras miraba su imagen en el espejo y se decía a sí misma que era una sobreviviente, apareció Pía Vallejo detrás de ella.

—Los hombres de hielo solo toman lo que desean. Es natural y forma parte de la naturaleza humana hacerlo. Yo también lo hice —dijo Pía.

La imaginó vestida de negro con encaje, pero vestida con un traje de época. Luego ese traje cobró vida. Las mangas y la falda comenzaron a entorcharse y se dio cuenta de que era una especie de serpiente lo que la envolvía. Una negra.

La serpiente parecía haber engullido a Pía y solo había dejado afuera su cabeza. Así que Vita se imaginó las dos cabezas juntas; la de la serpiente mirando a la de Pía, que no parecía afectarse porque la bestia se la estuviese tragando.

—¿Por qué hombres de hielo?

—Eso son. Yo misma los he sentido dentro de mí. Su piel es fría como un témpano. Incluso más que yo misma. ¿Has visto mis fotografías? Son geniales. Sabes que en el siglo XIX los muertos éramos geniales para las fotografías por los largos tiempos de exposición que se necesitaban. Como sabes, los muertos no nos movemos. *Memento mori*, doctora Eva, no lo olvides. Nunca lo olvides —dijo Pía Vallejo al tiempo en que la serpiente que había cobrado vida de sus ropas la terminaba de engullir.

El personaje desapareció. Vita quedó mirando su propio reflejo en el espejo.

«Recuerda que eres mortal. Eso significa *memento mori*. ¿Por qué el personaje de Pía Vallejo me recuerda eso?».

VITA SALIÓ DE CASA.

Caminó en la plaza que quedaba cerca. Casi estaba sola en ella.

Hacía frío. Se sentó en un banco y se puso a mirar la copa de un árbol.

Recordó que de niña le gustaba hacer eso. Los árboles eran sus amigos en su fantasía. Incluso imaginaba que eran seres que podían moverse, pero que no lo hacían para engañar al resto de los seres vivos, y que en su inmovilidad despistaban a quienes los admiraban e ignoraban de lo que eran capaces. A todos menos a ella.

Unos chicos pasaron a su lado. Hablaban de la nevada y de que alguien llamado Arturo se había lanzado por la colina del parque Tierno Galván con la paellera de casa. El otro dijo algo que ella no comprendió.

Recordó que en medio de la nevada había visto personas sacar a pasear a sus perros. Comenzó a pensar en los móviles que hacen que las personas hagamos cosas, en esa fuerza interior, la libido que había estudiado en la universidad durante varios meses, que algunos de sus pacientes manifestaban desde el principio y otros no. Ella la tenía, esa energía, pero se había ido apagando... Hasta que casi se sintió como un árbol fingiendo inmovilidad. Hasta que llegó Maurice Scott con la propuesta de investigar los sucesos en Ávila.

«¿Por qué Pía Vallejo, la que imaginé, me dijo que recordara que era mortal? ¿Por qué dijo que los había sentido dentro de ella?».

Una ráfaga de viento levantó unas hojas secas que habían permanecido bajo los pies de Vita en ese momento.

«¿Es que el cuerpo de Pía había sido objeto de abuso de Fallas o de Grimmer?». «Pero no tenía sentido, porque a Pía la había matado, creía, la misma persona que había matado a Damián. Una que también la había sometido a bajas temperaturas en vida. A menos que... que el asesino no fuera un vengador, sino alguien que también era necrófilo, alguien que había matado a Pía Vallejo para abusar de ella en la sala de autopsias, la misma persona que además mató a Fallas y a Grimmer porque estos eran sus cómplices y por alguna razón comenzaron a significar un peligro».

Vita razonó que había diferentes *modus operandi* implicados; a Fallas y a Grimmer los empujaron, pero no los sometieron a bajas temperaturas en vida. En cambio, a Pía Vallejo y a Damián Busto sí. «A la chica también la empujaron, pero a Damián no».

Era todo muy confuso.

Se levantó y unas hojas quebradizas bajo sus pies crujieron.

«Todo es muy confuso. Si es un cómplice, ¿para qué un manifiesto? Es como si tuviese doble personalidad. ¿Será eso?».

En ese momento, tal vez muy tarde, se dio cuenta de que una persona que conocía se había acercado sin hacer ruido y ya se hallaba junto a ella.

—¡GORKA! ¡Vaya susto me has dado! ¿Cómo supiste que estaba aquí? —preguntó Vita.

—No lo he sabido. Toqué a tu puerta y no estabas, y luego te vi tomando rumbo para acá. Si fueras a alguna parte en especial, no habrías tomado camino a la plaza. Quien entra en esta plaza es para quedarse aquí, este tendría que ser su destino final. No se va a ningún lado, y para volver a tomar la vía habría que salir por la misma puerta. Así que me dije que solo venías a tomar un poco de aire, que en este caso es un aire helado..., pero cada quien es cada quien. Lo que vengo a decirte es algo... malo.

Vita se alarmó.

—La chica de la aplicación, Ariadna Terán se ha anotado otro punto. El asesino le ha enviado el segundo manifiesto. O al menos, eso dice ella. Lo han publicado. Esto se está yendo de las manos, Vita.

Al terminar de decir eso, le mostró la pantalla de su móvil:

### *Manifiesto para ti. Segunda parte*

*RECUERDA que el miedo es más silencioso que la muerte, y yo ya no tengo miedo. Tú tampoco deberías tenerlo. Poco a poco nos vamos liberando de los infelices. Yo soy el obrador, pero tú eres mi inspiración. ¿O es que no has pensado muchas veces que las personas con las que te tropiezas cada día, las que no saludan ni se interesan por ti, no deberían respirar ni consumir el oxígeno de la Tierra?*

*Sé que sabes que soy yo, pero es de humanos dudar. Las letras, sí, las letras en el cadáver, por supuesto que significan mi obra. Los investigadores del caso lo entenderán. Y es una obra que apenas comienza. Nada podrá detenernos. Tenemos la verdad de nuestro lado. Estamos en el lado correcto de la historia.*

*Es todo tan claro y simple que algunas veces espanta. El banco de sustancias está allí, para ti y para mí. Y cuando uno lee la historia se da cuenta de que siempre había dos caminos; la aceptación y el entusiasmo. Solo deja de errar quien se lanza a la aventura entusiasmada de la vida, sin ataduras. Eso es lo que hago, y mi aventura particular es ser la luz, iluminar los actos para que la maldad se extinga y solo nos quede la libertad.*

*Más muertes vendrán. Hoy mismo. Una muerte que dará que hablar.*

—¡TIENE que ser él! Nadie sabe lo de las letras en el cuerpo de Damián. Y eso no estaba reportado en los materiales que debió leer Ariadna. Recuerdo que eso estaba solo en el informe en línea, a menos que tú lo hubieses impreso... —razonó Vita.

—No lo hice. No me gusta talar árboles y puedo arreglármelas leyendo en las pantallas. Ariadna ha demostrado ser una chica lista, pero no ha podido acceder a mi ordenador ni a mi móvil. No sabía las claves de acceso. Así que yo también pienso que el asesino escribió ese manifiesto al enterarse de que Toro Crime estaba dándole «publicidad» —respondió Gorka.

—Este manifiesto lo siento más superficial, como si al escribir el primero hubiese estado movido por una mayor emoción y ahora esta se hubiese esfumado. ¿No lo crees así? No sé, es como un lugar común...

Cuando Vita acabó de decir eso, comenzó a caminar hacia la salida de la plaza.

Gorka lo hizo también.

—A mí todo lo que escribe me luce artificial —confesó él.

—¿Crees que es mentira? Que nos está haciendo creer que el móvil es la limpieza social o religiosa, o mística. Como sea, pero en verdad estos asesinatos responden a otra razón. Algunas veces yo también pienso eso. Es que hay como agua y aceite mezclados en este caso; tengo esa idea en la cabeza y no logro despejarme ni saber por qué.

—Creo que nos quiere confundir, Vita. A nosotros y a Vilchis, a todos. Me pregunto, ¿el asesino sabrá que estamos investigando, tú y yo? —se cuestionó de pronto Gorka y se detuvo.

—La verdad es que no tendría por qué saberlo. A menos que...

—En nuestras pesquisas hayamos hablado con él personalmente. Con él o con ella.

—Claro. Nada nos indica que sea un hombre. Y por otro lado, Rodrygo Malnati, que llegó a ser mi principal sospechoso, me ha dicho que tiene la opinión de que a Fallas y a Grimmer los mataron y no se suicidaron. Si fuera el asesino, no habría llamado la atención sobre esos asesinatos.

—A menos que esté disimulando, despistándonos...

GORKA Y VITA llegaron a la salida de la plaza, frente al edificio donde ella había alquilado el piso.

Escucharon varios perros ladrar y a uno de ellos emitir un sonido como si estuviera adolorido.

—Antes de enterarme del manifiesto, venía a decirte otra cosa: Sanabria no pudo ser el asesino. También está muerto. Me refiero al padre de la chica Verónica. Y la madre se fue a París para olvidar. Así que no creo que por allí debamos tirar. ¿Y tus personajes de ficción no te han revelado nada interesante?

—Nada. Creo que tampoco saben qué pensar —reconoció ella y sonrió.

Gorka se encogió de hombros y luego metió sus manos en los bolsillos de la chaqueta.

En ese momento, Vita tuvo una idea inquietante.

—Gorka, eso de una muerte que dará que hablar... me parece atemorizante. ¿A qué crees que se refiera? Además, es como si pretendiera jugar con quienes intentan dar con él, quizás con nosotros mismos. Supón que sabe que de alguna manera estamos tras sus huellas.

—¿Cómo podría saberlo? —cuestionó.

—Una muerte que dará que hablar... Gorka, creo que la chica, ella, Ariadna, está en peligro. Es la periodista del momento con lo que hizo. Además, puede tal vez parecerse un poco a Pía, una chica con las ideas muy claras sobre lo que quiere y sin detenerse ante nada para conseguirlo. Pía Vallejo, supongamos que en medio de sus sesiones de fotografías o filmaciones artísticas descubriera la patología de Fallas o de Grimmer, y lo pasara de lado, porque vio allí una posibilidad de lograr fotos artísticas únicas. Eso en su mente un tanto inmadura. Y Ariadna, en su estilo, también hizo lo mismo; en lugar de moverse por una moral superior a la de su propio beneficio, actúa de manera egoísta. Y la muerte de Ariadna daría...

—De qué hablar. Tienes razón. Pero... ¡Dios! Espero que no. Una cosa es que me haya usado, y otra que quiera verla muerta. No volvería a salir con ella jamás, pero me encantaría que siguiera con vida... Voy a llamarla en el acto.

Una vez que dijo eso, Gorka marcó el número de Ariadna.

Saltó la contestadora.

VITA LLAMÓ A MAURICE. Le pidió que enviara a una unidad policial a casa de la periodista Ariadna Terán. No le dio muchas explicaciones y le pidió que confiara en su juicio.

Los minutos siguientes fueron de espera.

Vita y Gorka entraron al piso y tomaron algo para calentarse.

Además, Vita tomó un ibuprofeno. En veinte minutos Maurice llamó y ella puso el altavoz:

—¿Vas a decirme qué diablos ocurre, Eva Bell? Han encontrado a la chica muerta. Una limpia herida en el corazón con un arma punzocortante. Vivía sola. Cerca de su cuerpo dejaron su propio iPad con el portal de noticias abierto. ¿Por qué diablos sabías que algo malo pasaría? —preguntó Maurice.

—¿Solo eso? ¿No dejó una señal de que había sido el mismo asesino de Damián? —Quiso saber Vita.

—No. Nada. Hasta ahora no han descubierto nada —manifestó Maurice.

—Esto no me gusta. Creo que fue él, pero nada lo conecta con los crímenes anteriores. Es como si el asesinato de Ariadna Terán no hubiese estado contemplado desde el principio, como un giro de guion. Como si fuese solo un efecto colateral. Además, me remuerde el hecho de que haya tantas formas de asesinar diferentes; precipitaciones, congelamientos, heridas punzocortantes —dijo Vita.

—Tal vez la chica se enteró de algo que no debió. Sé que lo último que hizo fue visitar a Malta Shepard, la doctora Malta Shepard. Al menos eso es lo que han descubierto de manera preliminar. Los agentes miraron el móvil de la chica...

Vita sintió una punzada en el estómago.

No supo cómo, pero se desconectó de la situación. Dejó de escuchar a Maurice Scott, se quedó en blanco. Cuando volvió en sí, Maurice decía algo como que ya la llamaría nuevamente si tenía más noticias, pero que le recomendaba no aparecer en la escena del crimen porque los periodistas la tendrían tomada y no era conveniente.

Se despidió como pudo y luego se quedó en silencio.

—Es un maldito. Por qué matarla... No crees que haya sido mi culpa, ¿verdad? Claro que fue mi culpa. Si no hubiese leído el expediente de Damián Busto y mis notas, no hubiese podido publicar nada y no hubiese llamado su atención —comenzó a decir Gorka, pero luego calló al ver la cara de Vita.

—Malta Shepard, Gorka, es mi amiga. Casi la única amiga que tengo y ahora mismo pienso que tal vez sea...

—Una asesina. Que está vengándose de los monstruos de las autopsias —completó Gorka con voz queda.

VITA Y GORKA decidieron de inmediato ir a casa de Malta Shepard.

En la medida en que lo pensaban las piezas encajaban. Damián Busto pudo haber anotado la dirección de Rodrygo no solo por lo que el propio Rodrygo había dicho, sino porque Malta podía haberse comunicado con él. Además pertenecía al mundo forense, y podía saber lo que Fallas y Grimmer hacían, y conociendo lo que ella misma había llamado solidaridad mecánica, haber creído que la mejor manera de acabar con las mentes insanas del instituto forense era acabar con ellos, quitarles la vida.

Vita conocía a su amiga, era una mujer valiente, y de repente la concibió capaz de asesinar si no había otra opción. Y desde chica siempre estuvo orientada por la justicia.

Pero el estilo de escritura de los comunicados no le parecía propio de Malta.

«Tal vez tuviera un cómplice. ¿Pero quién?».

Gorka conducía su coche con rapidez y habilidad.

Cuanto más rápido llegaran a la casa de Malta, más posibilidades existían de que hallaran algo que la relacionara con el crimen, porque Ariadna Terán no tendría mucho tiempo de asesinada.

Si sus sospechas eran infundadas, luego lo verían. Pero tanto para Vita como para Gorka el tiempo no era un aliado.

Cuando llegaron a la plaza de Santa Gema, Gorka apagó el dispositivo policial. Se desplazó un poco más hasta llegar al número diez, frente a la casa de Malta.

No parecía haber nadie en casa.

Se bajaron del coche y caminaron en dirección a la puerta.

Vita tenía en su interior varias emociones encontradas. Quería a Malta, siempre la había querido, pero eso no evitaba que se diera cuenta de que ella podía ser la asesina, una que al saber que no había más remedio, decidió acabar con esos hombres.

Ella misma se lo había dicho a su madre, Bernarda, que había hecho de ella una mujer justa. Algo así habían dicho en el brindis que apenas unos días atrás había tenido lugar en esa casa.

Ahora los árboles y la enredadera estaban diferentes. A Vita le parecieron cómplices de Malta.

Sacudió la cabeza. No era momento para imaginar cosas.

Gorka iba armado. Vita lo sabía.

Pero ella, en el fondo, pensaba que si Malta era la asesina, se lo confesaría sin remedio. Que no iba a hacer nada para dañarla, ni tampoco a Gorka.

Intentó pensar como Malta. Había que deshacerse de los hombres dañados, caóticos como Grimmer y Fallas, tal vez de Pía porque en cierta manera fue cómplice, y de Damián porque debió descubrir algo entre las cosas de Pía, de su tiempo de novios, e intentó sacarle provecho. Y de Ariadna Terán porque ella tampoco había sido ética. Tampoco había pospuesto sus intereses por algo más importante.

Pero a ella no le haría nada.

Su amiga podía ser una asesina, una convencida de que había que hacer que los malos dejaran de respirar, pero no la asesinaría a ella.

LA PUERTA ESTABA ABIERTA.

Vita recordó a Malta la última vez. Estaba allí vestida de rojo, con una apariencia radiante, movida por el amor. Por el amor que todavía sentía por Rodrygo.

Gorka avanzó primero luego de mover la hoja de la puerta.

Entró y Vita también.

Todo se hallaba en silencio.

Había una mancha de sangre en el corredor.

Gorka sacó el arma.

Entonces, escucharon un sollozo.

Una mujer lloraba.

La vieron. Era Malta. Tenía las manos bañadas de sangre. Estaba en el piso.

Sobre el sofá había alguien. Era un hombre y estaba muerto.

—¡Me atacó! ¡Él me atacó sin más! ¡No lo podía creer! Esto es una pesadilla... ¡No...!

Malta se levantó y dejó caer el cuchillo a sus pies. Luego corrió a abrazar a Vita.

Gorka caminó al sofá y tomó el pulso del hombre.

No lo encontró.

—No sabía que yo estaría en casa. Creo que por eso vino aquí. Su ropa estaba llena de sangre, se quitó la chaqueta y me di cuenta. Estaba en la cocina y le pregunté qué había pasado. Entonces se abalanzó sobre mí, pero yo me defendí. Lo herí. Y me fui a la sala para escapar. Me alcanzó y forcejeamos. Entonces, perdí el cuchillo. Él lo tomó y casi me mata...

—Tranquila, Malta. Ya ha pasado. Ya está todo bien.

Malta pareció calmarse un poco.

Gorka se acercó a ellas.

—Pero lo golpeé. Así como nos enseñaron en defensa personal. Tomé el cuchillo otra vez y lo maté. ¡Lo maté! Oh, Dios... Y no sé, me sentí observada. Como si hubiese caído en una trampa. ¡Oh..., he matado, lo he matado! ¿Por qué querría él matarme a mí? ¿Por qué se sorprendió al verme?

Vita miró a Gorka.

—Sí. Ese hombre está muerto. ¿Es...?

—No. No es Rodrygo Malnati. Es Jordi Parras —respondió Vita.

LAS HORAS siguientes fueron decisivas para la investigación.

Malta, un poco más calmada, accedió a irse a casa de su madre y aguardar allí.

Maurice se encargó de que Vita y Gorka tuviesen carta blanca para investigar la escena del crimen.

Los forenses estaban haciendo su trabajo. Vita y Gorka fueron a casa de Bernarda, a unas calles de allí, para inspeccionar la habitación de Jordi Parras.

Hallaron lo que resultaron pruebas demoledoras en su contra.

En su ordenador estaban los manifiestos y un *e-mail* en donde enviaba el segundo a la dirección electrónica de Ariadna Terán.

Además, había varios libros que de acuerdo con el perfil que Vita había podido prefigurar del asesino encajaban.

Las ideas que Bernarda había pronunciado en la cena de su cumpleaños parecían haber sido sacadas de esos libros. Vita pensó que las conversaciones de Jordi Parras con Bernarda habían rendido frutos en su psiquis. Bernarda era una mujer enamorada de la vida, de la pasión, de la emoción. Al compartir ideas con un sujeto como Parras, había mimetizado aquellas ideas que él de seguro supo contagiarle.

Vita recordó cómo era Jordi; un hombre que parecía sencillo, claro, pero no dispuesto a dejarse vejar por alguien como Rodrygo, con una personalidad alfa, invasiva. Eso era lo que ella había escuchado aquella noche en el umbral de la puerta a través de la ventana.

El hecho era que Jordi se había fijado una cruzada de limpieza entre los forenses.

—Vaya..., sí que estaba mal de la cabeza este hombre. No puedo creer que haya cenado contigo hace unos días —expresó Gorka aún en la habitación de Jordi.

—De seguro escuchó del propio Rodrygo o de Malta los rumores de los hombres necrófilos, y así como Anna Burke pensaba encontrar en la villa de Grimmer el mejor laboratorio para estudiar, así Jordi debió haberse visto como el ángel vengador de las acciones de Fallas y Grimmer. Aunque no es así... Tuvo que saberlo desde antes, porque no tiene tres años de acompañante de Bernarda. No lo creo —se corrigió a sí misma Vita.

—Más bien debió haber buscado ser compañía para Bernarda de alguna manera. Tendremos que preguntar cómo llegó aquí. Pero creo que estando aquí, tan cerca como dices de Malta Shepard y de Rodrygo Malnati, era el mejor puesto de observación para enterarse si otro forense hacía lo mismo que Fallas. Supón que desde hace tres años supiera lo de Fallas y lo matara, también a Pía porque la consideró su cómplice —comenzó a decir Gorka.

—Sí, supongamos eso. Luego cree que hasta allí llegaba su papel. Se acerca a Malta y de seguro la compañía de Bernarda le agradaba, se sentía feliz aquí. Yo creo que Jordi Parras parecía un hombre feliz. Creo que apreciaba en realidad a Bernarda. Entonces, por algo se entera de que Grimmer también era de esos seres caóticos, y lo mata. Y entonces, para mala suerte de Damián, este da con algo de Pía que lo hace darse cuenta de que Grimmer podría ser alguien a quien poder chantajear. Tal vez Jordi supo que Damián se comunicó con Grimmer, y por eso, además de matar a Grimmer, mató a Damián. Al pobre, las ganas de abandonar el bar y a su madre lo llevó al despeñadero. Pero no debió haber tenido nada que ver con las prácticas necrófilas —concluyó Vita.

Luego prosiguió.

—Y la dirección de la casa de Rodrygo tal vez no se debió a lo que creímos, sino a que el propio Jordi lo convocó allí para verlo. La verdad es que Bernarda siempre se ha mantenido en contacto con Rodrygo a pesar de la ruptura del matrimonio de su hija con él. Y uno no se imagina los detalles de horarios que conocen las personas que como Jordi conviven o entran en la vida diaria de las familias, de cualquier familia. Jordi debía hasta tener llave de la casa de Rodrygo y saber sus horarios de estadía en casa. Una copia de una llave se saca en pocos minutos...

—Así es. Siempre hay una manera de entrar en una casa... —repitió Gorka como recitando un poema—. Lo vi en una película. No se refería a entrar materialmente, sino que siempre había una manera de darse cuenta de los puntos débiles de quienes conforman un hogar, y desde allí se puede idear la forma de conquistar los corazones de sus miembros.

—Pues el corazón de Bernarda sí que lo tenía conquistado. Pero no el de Rodrygo Malnati. Entre ellos había tirantez, una profunda antipatía —manifestó Vita, y luego se quedó pensativa.

—Ese tal Rodrygo Malnati resultó ser el más inteligente entonces. Tanto Bernarda como tu amiga hospedaron y apreciaron al asesino que buscábamos —culminó Gorka.

PASARON SEIS DÍAS.

Llegó la Nochevieja.

En casa de Vita celebraban Malta, Bernarda y Vita. Decidieron cambiar de aires aquella noche, ir a un lugar que no les recordara a Jordi.

En su habitación también se hallaron varias prendas de vestir que pertenecían a Pía Vallejo, a Carlos Grimmer y a Damián Busto. En el caso de la chica, se trataba de una media; en el de Grimmer, de una bufanda; y de Busto, un anillo de ónix que su madre reconoció. Además, todas las prendas contaban con ADN de las víctimas, y la sangre en la casa de Malta era de Ariadna Terán. No cabía duda de que Jordi Parras era el asesino.

Bernarda aquella noche lucía un tanto envejecida, pero intentaba animarse, y a ratos lo lograba con la conversación.

Malta iba con unos vaqueros y un suéter cuello alto blanquísimo que le favorecía. Ella, en cambio, le parecía más joven. Había superado bastante rápido la muerte de Jordi, el hecho de haber estado tan cerca de un asesino serial. Malta no podía salir de la comunidad de Madrid mientras cerraban el caso, pero todo terminaría a su favor. Había actuado en defensa propia ante un asesino.

Las tres charlaron y disfrutaron de una exquisita cena que Vita había preparado. Hacía mucho tiempo que no cocinaba, pero aquella noche se dijo que si alguien tenía algo que celebrar, era ella: había vencido a la muerte en la ermita, y habían resuelto el misterio de la muerte de Grimmer y de las demás víctimas. Además, había retomado el contacto con una buena amiga, una que de seguro necesitaría a su lado ahora que quería recomponer su vida y olvidar su pasado con Renart.

Casi a las doce de la noche, Vita recibió un mensaje en su móvil. Era de Marina Pesce, de la Fundación Santo Tomás de Villanueva. Le deseaba un feliz Año Nuevo y le agradecía que, gracias a lo que fuera que había hecho, habían encontrado el cadáver de Magnus. «Todas las personas merecemos un lugar donde se nos pueda recordar». Eso había escrito Marina. Ese principio de igualdad dicho en el mensaje hizo que Vita se emocionara. Ella también creía eso, al menos lo creía para el *homeless* a quien su marido y sus cómplices habían matado. Una lágrima rodó por su mejilla. Jamás sería como Anna Burke, jamás callaría el abuso. Se reconcilió consigo misma.

—¿Qué te pasa, amiga? ¿Mucho vino? —preguntó Malta y luego la abrazó.

—No. No es eso. Creo que me vuelve a gustar mi vida —respondió Vita.

—Vamos a brindar por eso —invitó Malta, levantando su copa.

MALTA Y BERNARDA se fueron del piso de Vita muy contentas. Antes conocieron a Eugenia y su novia, quienes pasaron a desearle un feliz año a Vita.

Cuando Vita se quedó sola en casa, recibió una llamada de Gorka. Se había vuelto a Ávila, pero ya era casi un hecho que se había ganado un puesto en el Departamento de Investigaciones Criminalísticas en la ciudad de Madrid.

Aquella noche, Vita durmió como nunca. Incluso había olvidado el episodio de la ermita.

En la mañana llegó una invitación de Malta para que la acompañara a la casa de la sierra al día siguiente. Invitaba a varios amigos del instituto, que llegarían en dos días. Así que si Vita deseaba quedarse cuando ellos llegaran, sería bienvenida, pero si deseaba solo pasar una noche en la cabaña, también podía hacerlo.

Vita pensó que Malta siempre había hecho gala de una gran inteligencia emocional. Sabía muy bien que a ella no le gustaban los grandes grupos y que era más de estar sola y con pocas personas, y por eso le había dejado abierta la invitación con libertad para que decidiera si pasar con Malta varios días en compañía de otros o solo un par de días más tranquila.

Decidió ir a la cabaña de Malta un par de días.

Partió el 2 de enero a mediodía.

En menos de dos horas llegó a la cabaña de Malta. Se trataba de una bonita casa ubicada cerca del Arroyo del Gargantón, un poco alejada de la carretera de Rascafría.

Vita no había ido a ese lugar antes. Estaba bastante apartado de la población de Miraflores de la Sierra.

De repente, sintió que no había sido una buena idea ir allí. Se sintió en peligro, pero luego desechó la idea.

Comenzó a nevar.

Tocó a la puerta.

Rodrygo Malnati abrió.

—Hola, Eva. No sabía que vendrías. Pensé que eras menos sociable. Adelante. Bienvenida —le dijo, dio la vuelta camino al interior de la casa y dejó la puerta abierta para que ella pasara.

Vita sorprendida, entró. Había pensado que solamente se encontraría con Malta en la cabaña.

—Estoy en la cocina. Malta llegará en breve. Ha salido un momento junto al arroyo. Esa mujer no se cansa de ejercitarse o de cazar pichones —dijo Rodrygo en voz más alta para que ella le escuchara.

Vita pensó en ir a buscar su pequeño equipaje, pero lo dejó para después. Siguió a Rodrygo

hasta la cocina y se dio cuenta de que estaba preparando una tabla de fiambres y quesos.

—Puedo ofrecerte algo de tomar, ¿vino? ¿blanco o tinto? —preguntó.

—Tinto —dijo Vita.

Gorka intentó llamarla. Pero en ese lugar el móvil de Vita no tenía cobertura y ella no lo había notado.

—Hoy será noche de cine. He convencido a Malta de que veamos por enésima vez la que para mí es la mejor de las películas de Hitchcock.

—¿A cuál te refieres? —Quiso saber Vita, al tiempo en que Rodrygo Malnati le ofrecía la copa de vino.

—A *La soga*, por supuesto. Sé todos los diálogos, creo que la he visto al menos cien veces desde muy joven —completó y volvió a tomar el cuchillo con el cual cortaba el jamón.

Vita tomó un sorbo de vino y decidió ir a buscar el equipaje en el coche.

Lo anunció a Rodrygo. Pero cuando iba a hacerlo, al mismo tiempo él dijo algo que la inquietó.

—Ahora me he quitado un peso de encima, sabes. Creo que mi subconsciente me estaba jugando una mala pasada. Me estaba intentando convencer de que Malta tenía algo que ver con las muertes de Claudio y de Grimmer. Es que ella puede llegar a ser muy contundente y radical en sus pareceres. En parte creo que por eso lo nuestro no funcionó. Y aunque creo que todavía la quiero, es difícil convivir con alguien así... No sé por qué te digo todo esto. Es... nada. No es nada —culminó.

VITA SE QUEDÓ PENSANDO en las palabras de Rodrygo. Fue al coche y sacó el equipaje. Sin pensar, lo tomó y volvió a la casa.

Se dirigió a la cocina.

—Rodrygo, ¿por qué pensabas que Malta podía haber tenido algo que ver? ¿No te parece absurdo?

Eso preguntó.

En ese momento, se dio cuenta de que Rodrygo había desaparecido. Ella había empezado a hablar justo antes de entrar en la cocina y había dado por hecho que él estaba allí.

Pero escuchaba voces. Dos hombres hablaban. Se trataba de una película que se desarrollaba en un iPad que estaba puesto sobre la encimera.

Allí estaban dos asesinos que acababan de cometer un asesinato. Los hombres de *La soga*. Uno, el dominante, acababa de decir: «La oscuridad te ha puesto nervioso. Nadie se siente seguro en la oscuridad. Pero ya no somos niños...».

Esas fueron las palabras que Rodrygo dijo a Jordi. Las mismas. ¿Por qué emplearía las mismas palabras que sabía salían de una película de dos cómplices de asesinato? ¿Casualidad? Y lo que había dicho sobre los gatos: «Los gatos son animales que matan por diversión, o mejor dicho, se divierten cuando matan...»; y la araña con la criatura velada, y la idea de Frankenstein, el monstruo y el doctor... ¿Y por qué una ventana abierta en pleno invierno? No tenía sentido a menos que fuera para dar la impresión de mal rollo, de antipatía entre ellos, cuando en realidad no debía ser así...

Vita sintió la cabeza más fría que el resto del cuerpo.

Tomó el móvil de su bolsillo, de la chaqueta, y aunque no tenía cobertura, se dio cuenta de que hacía minutos había entrado un mensaje de Gorka.

«Debió ser cuando fui a buscar el equipaje al coche...».

—Vilchis me ha llamado. Hallaron bajo una pantalla de una lámpara en la habitación de Damián unas fotos y una memoria de cámara fotográfica. En ella puede verse a Fallas abusar de un cuerpo, debe ser la chica Sanabria. Pero no está solo, lo acompaña Rodrygo... Creo que esa chica tomó esas imágenes escondida.

Vita no pudo terminar de leer el mensaje de Gorka. Unas manos bordearon su cuello.

Rodrygo Malnati estaba tras ella y se había dado cuenta de que sus secretos corrían peligro. Ahora tenía poco tiempo antes de que volviera Malta...

VITA INTENTABA APARTAR las manos de Rodrygo de su cuello, pero él era un hombre fuerte.

Entonces, recordó la pieza rota, la de la casa de Gorka. La había guardado en la chaqueta y no recordaba haberla sacado de allí. Era filosa, no sabía si lo suficiente, pero ya no podía intentar otra cosa.

La sacó y, empuñándola, clavó la pieza de vidrio en donde imaginó estaba el cuello de Rodrygo.

El hombre quitó de inmediato las manos del cuello de Vita y las llevó a su propio cuello.

Vita cayó y comenzó a respirar de nuevo. Tosió y tomaba el aire con dificultad.

Rodrygo había logrado quitar el trozo de vidrio de su cuello, pero la sangre brotaba a borbotones. Era imposible detenerla.

Comenzó a sentirse debilitado.

Las piernas no pudieron soportar su peso y cayó sobre sus rodillas.

Intentó hablar, pero lo que emitió fue un sonido como de una fiera herida.

Vita temblaba. Como pudo, se levantó y se detuvo en el umbral de la puerta de la cocina.

Desde allí miró a Rodrygo. Solo esperaba que perdiera el conocimiento para intentar detener el sangrado.

No quería que muriera. Después de todo, ella no era una asesina.

Luego, al darse cuenta de que ya él no podría hacerle daño, se acercó y tomó un trapo que colgaba de la encimera. Envolvió el cuello de Rodrygo en él. Se dio cuenta de que se estaba ahogando en su propia sangre. Le detuvo la cabeza hacia atrás. Escuchó pasos y la voz de Malta.

Luego sus gritos.

—Llama a Emergencias, Malta. ¡Llama ya! —le ordenó.

Los siguientes minutos fueron decisivos para la vida de Rodrygo Malnati.

A duras penas se mantenía respirando.

—¡Ya vienen! ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —preguntaba Malta gritando y llorando. Llevaba un arma de caza en su mano.

—Él ha tratado de matarme, Malta. He tenido que defenderme. Así como tú lo hiciste de Jordi —respondió Vita.

Malta la miró y se tomó tan solo un instante para discernir.

Aunque amaba a Rodrygo, conocía a Vita. Sabía que decía la verdad.

—Creo que en el fondo siempre lo supe, Vita. Siempre supe que era un monstruo. Por eso nos separamos. Me decía a mí misma que amar a un monstruo sin vivir con él era menos dañino

—confesó.

RODRYGO MALNATI NO MURIÓ. Después de los sucesos en la cabaña, fue atendido con celeridad y salvó su vida.

Él había asesinado a Fallas porque significaba un cabo suelto, aunque fueron cómplices, Rodrygo no quería que nadie conociera su secreto. Estaba dispuesto a pasar a un siguiente nivel, en donde actuaría solo, sin testigos. Pero Fallas, antes de que lo lanzara al vacío, le dijo que de nada valía que lo matara, porque la chica, la fotógrafa, Pía Vallejo, sabía lo que hacían.

Rodrygo entonces fue al bar de siempre, una vez que mató a Claudio Fallas, a idear un plan para matar a Pía Vallejo. Esa misma noche conoció a un joven nervioso y tímido que se sentó a su lado, a Jordi Parras. Se dio cuenta de que era un sujeto moldeable que buscaba formar parte de algo, alguien influenciable, alguien útil para él. Mató a Pía cuidando cubrir con ella un rito, meterla en un refrigerador, y luego lanzarla al vacío. Y tuvo mucho tiempo para hablar durante días con Jordi, para «crearlo» a su provecho. Le habló de lo que otros forenses hacían a los cuerpos desnudos de chicas muertas. Le convenció de que había que acabar con ellos y sus cómplices, le habló de la materia y del polvo de estrellas, de una teoría de limpieza universal loca pero creada a la medida. Jordi se enamoró de lo que oía y se hizo su más fiel servidor. Lo único que tenía que hacer era escribir los manifiestos y él se encargaría de las muertes.

Así Rodrygo se procuró un salvoconducto. Si descubrían algo de las muertes de Fallas y Pía, culparía a Jordi. Era un juego para él. Pero no fue necesario hasta que Grimmer lo llamó, otro de los cómplices, pero uno que a Rodrygo le parecía inofensivo. Damián Busto había conseguido algo revelador, algo peligroso, y Grimmer entró en pánico. Rodrygo lo mató y luego mató a Damián Busto.

Y luego, Ariadna Terán fue como traída del cielo. La carnada. Le pediría a Jordi que diera un paso más, que la asesinara. Era una enemiga de la cruzada que llevaban ambos. Sabía que Jordi se llenaría de pruebas incriminatorias. No pudo prever que Malta lo mataría. De hecho, quien pensaba matarlo era él. Había pedido a Malta que le prepara una cena para dos. Y le dijo a Jordi que fuera a resguardarse en casa de Malta, porque allí sería más seguro, una vez que matara a Ariadna. Procuró el encuentro, era como un experimento. Lo que deseaba hacer era llegar y matar a Jordi cuando él atacara a Malta. Sabía que iba a perder los estribos al verse descubierto lleno de sangre de la periodista. Pero no tuvo que hacer nada de eso. Observaba todo lo que estaba pasando en casa de Malta desde la ventana del salón. Las cosas se dieron bien para él. La propia Malta mató a Jordi Parras, a quien fue su particular monstruo de repuesto, por si algo salía mal.

Y él también lo había disfrutado. El poder sobre los débiles como Grimmer, como Parras, era lo mejor que había experimentado jamás. El mismo placer que experimentaba cuando manipulaba cuerpos muertos, cuando experimentaba con sus células zombis, cuando penetraba los cuerpos azulados. Era, pensaba, el hombre más poderoso del mundo.

UNA SEMANA DESPUÉS, Vita se hallaba saliendo del consultorio.

Acababa de recibir la llamada de Malta. Todo estaba bien entre ellas. De alguna manera, Malta había sentido una liberación. Haber descubierto con pruebas que el hombre que siempre había querido era un asesino y un monstruo, ya no poder dudarlo, le había otorgado una gran tranquilidad. Una paz que desde hacía mucho tiempo buscaba.

Eugenia acababa de irse del consultorio.

Cuando Vita iba a salir, alguien tocó a la puerta.

Se trataba de Belén Villanueva, la chica que Vita había conducido a que se tratara con un especialista en fobia de impulso. La de los sueños, víctima de excesivo control por parte de su padre y su novio.

—Eres tú. Entra. ¿Cómo estás? —preguntó Vita, sonriendo.

Pensó que no podría llevar con ella una consulta porque había quedado con Gorka tomar unos tragos en su bar preferido en la calle Juan Bravo. Pero al menos podría conversar unos minutos con ella.

Belén minutos antes, a un paso de subir al ascensor, escribió el siguiente mensaje y lo había enviado desde su móvil:

«En minutos estará hecho. No sospecha de mí. La secretaria se ha ido. Hoy saldrás de este gran problema».

—Hola, doctora Bell. Solo venía a agradecerle haber sido tan amable conmigo aquella mañana... —dijo la asesina contratada.

## FIN

Si te perdiste a Eva Bell resolviendo el primer caso de la serie; lee: *Crimen místico*. Obtenla aquí:

<https://geni.us/CrimenMistico>



CALLY MAJUNA

# CRIMEN MÍSTICO

CONSULTORIO CRIMINAL 1

## NOTAS DEL AUTOR

Gracias por sumergirte en esta historia con nosotros. Espero que hayas disfrutado cada página tanto como hemos disfrutado dándole vida.

Si la novela logró emocionarte, sorprenderte o simplemente acompañarte en un buen momento, nos encantaría que compartieras tu experiencia en Amazon. Tus palabras pueden ayudar a otros lectores a descubrir esta historia y, para nosotros, significan más de lo que imaginas.

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

[Amazon.com](https://www.amazon.com)

[Amazon.es](https://www.amazon.es)

[Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)

Nuestros mejores deseos,  
Cally Majuna  
Raúl Garbantes



# ÍNDICE

[La historia del cuaderno negro III](#)

[Parte I](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Parte II](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Parte III](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Parte IV](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Notas del autor](#)